

10ª

**edición
Concurso
de Relatos
2018**

Edición especial



Obra Social "la Caixa"

RELATOS
FINALISTAS
2017-2018
Y GANADORES
2009-2018

Índice

EDICIÓN:

Fundación Bancaria "la Caixa"

Diseño gráfico:

Cèl·lula, Acció Creativa

Ilustraciones:

Cèl·lula, Acció Creativa

CORRECCIÓN LINGÜÍSTICA:

SdC Solució de Continuitat

IMPRESIÓN:

TF Media y Editorial S.L.

© de la edición, Fundación Bancaria "la Caixa", 2019

Pl. Weyler, 3 – 07001 Palma

D. L.: B 28468-2018

Presentación, por Obra Social "la Caixa"	7
Presentación, por Radio Nacional de España	9

Primeros premios de 2009 a 2018

El niño y Selva.....	15
Sucedió en Villariño.....	21
La casa de enfrente.....	27
Cabeza vacía.....	35
El viaje.....	41
Habitación con vistas al mar	49
Gotas de lluvia.....	57
Interior con ascensor.....	65
Blanco.....	73
Esperando la muerte.....	77

Historias finalistas de 2017

Boda con retraso.....	87
Conejos.....	91
El árbol de la vida.....	99
El fin.....	105
El trato de los siglos.....	111
Empezar de abuela.....	119
La aguja.....	123
La galería de arte.....	127
La huida.....	131
La portera.....	137
La residencia.....	141
La vida entre hilo blanco.....	147
Pánico.....	153
Redención.....	157

Historias finalistas de 2018

El compromiso.....	165
El hombre del traje azul.....	171
El reloj.....	177
Esperando en el aeropuerto.....	183
Huellas.....	189
Jacobo.....	191
La «anécdota» de Martín Cienfuegos.....	195
Me caso.....	203
Nieve.....	207
No te entiendo.....	213
Noche blanca de mayo 1960.....	219
Perfiles.....	225
Román Martín Rueda. 1907-1936.....	231
We'll meet again.....	233

PRESENTACIÓN, por Obra Social "la Caixa"

Este libro, que editamos con especial afecto para conmemorar el **10º aniversario del concurso de relatos escritos por personas mayores**, reúne algo más que los *Relatos finalistas de 2017 y 2018 y ganadores de 2009 a 2018*. Recoge los testimonios, las vivencias, los recuerdos y, sobre todo, una gran cantidad de ilusión en cada uno de ellos.

El concurso empezó en 2009 con la participación de 375 relatos y en su décima edición, en 2018, ha alcanzado la cifra de casi 1.500, habiendo recibido, en toda la trayectoria del concurso, relatos desde todo el territorio español. Se trata de una participación que dice mucho de la creatividad de las personas mayores, que se animan a imaginar y contar historias y experiencias vividas acumuladas a lo largo de los años.

Son textos que reflejan experiencias propias o cercanas sobre el amor y la ternura, el olvido, la soledad o la enfermedad, los recuerdos y añoranzas, la pérdida de la memoria, pero tam-

bién inquietudes sociales y, en ocasiones, buen humor y positivismo. Además, observan nuestra historia y nuestro tiempo, expresiones también de las múltiples maneras de envejecer, y de atender, apoyar y cuidar a los que más lo necesitan.

La publicación de este libro supone un reconocimiento al trabajo de todos los participantes, finalistas y ganadores en esta década. También supone un agradecimiento a aquellos que nos han acompañado durante este tiempo, expresando su ilusión por cada nueva edición del concurso, animándonos, de este modo, a mejorar en cada una de ellas.

La Obra Social "la Caixa" quiere agradecer la colaboración de Radio Nacional de España y de *La Vanguardia*, que permite difundir el concurso por toda la geografía española, así como destacar muy especialmente el papel de las personas mayores: autores y lectores, los verdaderos protagonistas del concurso.



PRESENTACIÓN, por Radio Nacional de España

Diez años, toda una vida. O casi.

Diez años no son nada, o lo son todo.

Para nosotros lo han sido todo. Diez años de participación, de ilusión, de toneladas de letras derramadas sobre el blanco del papel. Alineadas con el mimo del maestro artesano, acariciadas con una sonrisa en la mirada.

Miles de ilustres plumas desconocidas, anónimas. Solo quince cada año luciendo nombre y apellido. Solo una cada año vistiendo las galas del ganador.

Todas animadas por el arte de la radio, su magia evocadora, su enorme poder. Conscientes de la dificultad del triunfo, y radiantes por la dicha de la participación. No son cien, ni quinientas, ni mil. Son miles. Y es que diez años lo son todo.

Vidas narradas, verdades escritas, sufrimientos vividos. La imaginación al poder, o la verdad para el recuerdo propio

y de extraños. Historias de dolor o de gozo. Sencillas, reales, increíbles, veraces, imposibles, o llenas de caminos angostos.

Historias que nos han llegado, durante esta década, desde los rincones más inhóspitos de España, desde todas las comunidades autónomas, desde todas las provincias. Desde las pequeñas localidades donde los mayores se reúnen todas las tardes para el juego o la charla. Y desde las grandes ciudades, donde la soledad agrava la tristeza de muchos.

Miles de relatos que encierran la realidad de muchas décadas de nuestro país, y que han mostrado la evolución de nuestros mayores durante este tiempo. Han cambiado las preocupaciones, el nivel literario y los argumentos. Y ha permanecido siempre la ilusión por participar en la iniciativa, y por dedicar su tiempo al noble arte de escribir.

Diez años en los que una entidad pública y otra privada han unido esfuerzos en pro de los mayores. La radio pública Radio Nacional de España y la Obra Social "la Caixa" han demostrado que se puede aportar mucho a la sociedad, en un largo periodo de tiempo, con una iniciativa sencilla y amable. Y que tanto han agradecido los miles de mayores que han participado en ella. Y los cientos de miles de oyentes del programa *Juntos paso a paso*, de RNE, y de todos los que participan de los centros de la Obra Social "la Caixa".

La radio forma parte de las vidas de los mayores desde hace décadas, siempre ha sido una compañía cercana, amena y fiel. Una compañía dispuesta a ofrecerles información, formación y entretenimiento. La radio de entonces y la radio de

ahora, la que busca dar respuesta a las preguntas que se hacen nuestros mayores, la que muestra su nuevo estilo de vida, la que da a conocer sus opiniones de manera directa y la que incentiva un envejecimiento activo y saludable.

Desde el programa *Juntos paso a paso* hemos vivido cada etapa de estos premios junto con los mayores. Los autores han acudido a nuestros estudios para contarnos cómo escriben, qué placeres encuentran al enfrentarse a una cuartilla, qué ilusiones y motivaciones los llevan a fabular, a imaginar una vida o a recordar y evocar otra. Un programa en el que cada semana recogemos sus opiniones y les ofrecemos una radio cercana, una compañera amena y fiel.

rne

*P*RIMEROS
PREMIOS
DE 2009 A 2018

Primer premio 2009
EL NIÑO Y SELVA
Paulina Rojas



La familia de Ramón vivía en una quintana asturiana. La casa, que un amplio portalón separaba de la cuadra y la tenada, era blanca, con un corredor de madera, colgado de maíz. Al lado de la casa, el hórreo. Delante, la vara de hierba bien curada, el montón de estiércol y el rozo para la cama del ganado. Sobre el camino, siempre encharcado, una alfombra de cañas de maíz. Alrededor de la quintana, los prados, las pomaradas, los maizales y las huertas.

La cuadra era un lugar oloroso y cálido. De frente, separadas por mamparas de maderas, estaban atadas las vacas: Selva, Alegre, Careta, Pinta, Gaitera y Morica, bien cepilladas sobre sus camas de rozo y juncos que Ramón y sus hijos renovaban dos veces al día.

A la izquierda de la puerta, la pocilga de tablas, en la que gruñían una pareja de cerdos enormes, gruesos y sucios,

con sus ojillos diminutos y oblicuos y la jeta húmeda, que resoplaba y hociaba sin parar.

A la derecha, los terneros; estaban separados de las madres para impedir que mamaran todo el día. Las gallinas picoteaban entre las patas de las vacas; a veces hasta se subían sobre ellas cloqueando y revoloteando. También corrían libres por la cuadra una familia de conejos y dos o tres gatos. Desde las vigas del techo las arañas colgaban sus telas transparentes que el polvo iba tupiendo en los rincones a los que no llegaba el escobón de raíz. Todos estos animales vivían felices en la cuadra calentita de Ramón...

...¡Qué digo! No todos eran felices. Selva estaba furiosa. Selva era una vaca joven que aún hacía poco era novilla. Pero ya le había nacido un ternero. ¡Estaba tan orgullosa de su primer hijo! Lo acariciaba, lamiéndole el lomo, le daba de comer la leche de sus ubres rebosantes.

—¿Qué os parece mi hijo? —preguntaba a menudo a sus vecinas, la señora Pinta y la señorita Alegre—. Es fuerte, ¿verdad? ¿Se parece a mí? Va a ser un buen toro, ¿no es cierto?

La señorita Alegre, que era una novilla muy frívola, protestaba:

—¡Uf! No comprendo cómo puedes estar tan contenta. Los críos no causan más que molestias.

En cambio la respetable matrona Pinta, que ya había tenido muchos hijos y sabía la alegría que se siente al mirarlos, la felicitaba amablemente:

—Sí, Selva, tu hijo es el mejor plantado que he visto. Y mira si habré conocido yo terneros en mi larga vida...



Selva le daba las gracias y seguía mimando a su hijo.

Pero un día Ramón se vistió de domingo y se encasquetó la boina; la chaqueta negra, armada con mucha guata, puesta sobre sus hombros fuertes de labrador, le hacía parecer gigantesco de puro ancho. Se había vestido de domingo para ir a la feria. Llevaba a vender algunas reses y entre ellas vendió el ternero de Selva. Así que la pobrecilla tenía motivos para estar tan furiosa. Mugía tristemente llamando al hijo y maldecía a quien se lo había quitado. La señora Pinta trataba de calmarla:

—Querida amiga: así es la vida y no está en nosotras cambiarla. Te nacerá otro ternero y otro más y acabarás por acostumbrarte a las separaciones. Además, los hombres no son malos con nuestros hijos...

(Esto no sé si Pinta lo decía por ignorancia o para consolar a su vecina.)

Pero Selva no atendía a razones. Maduraba la venganza, lanzando mugidos lastimeros y amenazadores que parecían poder derrumbar la cuadra.

Fue en este momento cuando entró el niño.

El niño no andaba aún. La parálisis lo mantenía atado a una silla de ruedas, aunque ya empezaba a dar los primeros pasos. Al ir la madre a comprar la leche lo había traído con ella y, mientras se entretenía charlando en la cocina, el niño se bajó de la silla y, gateando a lo largo del portalón desierto, empujó la puerta de la cuadra. El calorcillo animal, el olor a heno, a leche y estiércol le dio la bienvenida. El niño cruzó, siempre a gatas, el pasillo central de cemento, bien barrido y seco. Iba mirando

una a una las vacas, hasta que se paró frente a Selva. Agarrándose a la mampara de madera con las dos manos consiguió trabajosamente ponerse de pie. Alegre, Careta, Pinta, Gaitera y Morica, volviendo las cabezas, contemplaban al niño y lanzaban mugidos de preocupación. ¿Iba a tomar Selva venganza en aquel cachorro de hombre? El cerdo y la cerda, con las pezuñas en lo alto de la pocilga, mirando también, habían dejado de gruñir. Y los conejos, gallinas, terneros y gatos (yo creo que hasta las arañas), muy quietos, observaban.

El niño avanzó a lo largo de la pared de madera y, de un paso trabajoso, apoyó las manos en el cuerpo de la vaca. Volvió Selva la cabeza hacia el niño. Los habitantes de la cuadra contuvieron la respiración. ¿Qué iba a ocurrir?

La vaca miró al cachorro de hombre. Lo vio tan dulce, tan indefenso sobre sus piernecitas delgadas, tan confiada la cara que le sonreía y tan temblorosas las manos que le acariciaban el lomo, que una gran ternura se le desbordó del corazón, asomándose a sus grandes ojos pardos.

—A lo mejor los hombres también son buenos con mi hijo, como me decía Pinta...

Cuando la madre, asustada, entró corriendo en la cuadra contempló una escena muy tierna: el niño estaba al lado del pesebre de Selva, la fiera Selva a la que nadie se atrevía a llegar, y le iba dando de comer el heno con sus torpes manecitas.

Primer premio 2010

SUCEDIÓ EN VILLARIÑO

María Cristina Espinosa Coppola



En Villariño el tiempo solo marca el transcurrir de la nada. Excepto cuando el mar viste de luto a sus habitantes. O cuando algún acontecimiento especial desempolva su letargo, como la llegada de Eulalia. Eulalia a secas, sin historial ni apellido.

Apareció un día aferrada a la cintura de Paulino, con su delgadez insolente, los ojos azules insumisos y la cabellera roja acariciando el viento. Desde entonces se les veía pasear juntos, abrazados con codicia, ajenos a la estela de rumores que suscitaban. Solían llegar hasta el final del malecón y desde allí contemplar los atardeceres hasta que el sol hacía morir el día. Después regresaban a su casa para apagar las estrellas encendidas en sus cuerpos.

En el pueblo la tenían por bruja. Había hechizado al chico, decían. Un mozo fuerte y curtido, codiciado en vano por las más jóvenes.

Cuando él zarpaba, Eulalia acudía al rompeolas. Allí pasaba las horas contemplando el horizonte con su mirada vencida de tristeza. Solo cuando veía aparecer el *Alfonsina* su rostro volvía a iluminarse, mientras su corazón alborotado daba saltos de impaciencia.

Nadie le dirigía la palabra a su paso por las calles. Incluso cambiaban de acera si era necesario para no encontrarse con ella. La temían. Con el miedo irracional de lo desconocido.

Hasta que ocurrió la tragedia...

«El mar, siempre el mar...», suspiraban los vecinos. En aquella ocasión casi todos los barcos habían logrado regresar al puerto venciendo el temporal. Solo el *Alfonsina* con sus cuatro jóvenes tripulantes se resistía a aparecer. Apiñados en el puerto como racimos de uvas negras, los habitantes de Villariño aguardaban. Como tantas veces. El aire cargado de ayes y de plegarias, las esperanzas diluyéndose entre las gotas de lluvia a medida que crecía la tormenta bajo un cielo cubierto y hostil.

Los rumores acostumbrados empezaron a extenderse: «Parece que los han visto...» «Dicen que han encontrado los cuerpos...» Pero la noche se cerraba pespunteada de angustia y los vecinos emprendieron el regreso silencioso a sus hogares. Solo Eulalia se negaba a abandonar el puerto. «Vete a casa, mujer. Mañana será otro día.» El dolor, ¡el maldito dolor!, consigue derribar barreras imposibles y deja atrás rencores y supersticiones. Y la joven se dejó arrastrar en su camino a casa por una multitud de brazos ahora cálidos y solidarios.



«Él volverá», repetía una y otra vez como una autómatas bajo la mirada compasiva de los lugareños. «Yo sé que volverá.»

Los cuerpos sin vida de Tonino, Ángel y Sebastián fueron encontrados al día siguiente flotando sobre las aguas del océano. El pueblo enteró lloró sus muertes y acompañó a las viudas en sus lamentos. Ella también lo hizo. Otra mancha oscura entre el deambular de la tristeza.

En el entierro todos la confortaron, como si fuese una viuda más. «Tienes que ser fuerte», le decían. Eulalia agradecía en susurros con la mirada extraviada en el vacío.

Cuando abandonó la ceremonia, sus pasos la llevaron al malecón. El mar descansaba su resaca mientras que la lluvia seguía cayendo en gotas muy finas. A lo lejos un horizonte vacío y ondulado. Con las manos aferradas al chal que la protegía del viento, entrecerró los ojos y pronunció su nombre. P-a-u-l-i-n-o. Una y otra vez. Sus palabras eran arrastradas con fuerza por las olas en su viaje sin retorno.

En vano intentaron los vecinos convencerla de que él ya no volvería. Hasta que al cabo de unos días desistieron de su empeño en la creencia de que había perdido la razón. «Pobrecilla», decían las comadres al verla pasar rumbo al rompeolas. «Tienes que resignarte», le aconsejaban las mujeres mayores, «como hacemos todas.»

«El mar me lo devolverá», insistía ella cada vez con más firmeza.

Y Paulino volvió. Una madrugada, apenas insinuada la raya del alba. Dicen los pocos habitantes de Villariño que

lo vieron llegar que el chico parecía un fantasma. Vestido de harapos, caminaba arrastrando con dificultad su cuerpo delgado bajo un rostro pálido y ojeroso. Dicen también que cuando Eulalia lo vio no se sorprendió. Que fue como si aquel día lo hubiera estado esperando. Y que el abrazo duró hasta el amanecer del día siguiente.

Nadie en Villariño creyó la versión del joven: golpe en la cabeza, corriente que lo arrastra hacia una orilla desconocida, pérdida temporal de la memoria...

Unos dicen que fue Eulalia y, aunque ya no la temen, están convencidos de que en sus idas al rompeolas selló un pacto con el mar. Otros, los más románticos, prefieren creer en la fuerza del amor. Lo cierto es que ellos siguen paseando juntos, abrazados con codicia. Llegan hasta el final del malecón y desde allí contemplan los atardeceres hasta que el sol hace morir el día. Mientras tanto, en Villariño, el tiempo continúa marcando el transcurrir de la nada.

Primer premio 2011

LA CASA DE ENFREENTE

Juan Díaz de Azaña



Al principio no había más que un campo pequeño. Quedaba entre la calzada y el mar, que, por lo general, llegaba suavemente hasta las rocas planas que desgarraban unas olas mínimas. Crecían entre el cascajo unas hierbas ralas, mezquinas, resistentes al aire y al salitre. La mayoría de las tardes se quedaba mirando desde la ventana la lenta pesadumbre con que el agua acariciaba el pedregal. Cuando el sol calentaba un poco, bajaba con una silla de lona a escuchar el crujido del agua mientras paseaba la mirada desde las líneas negras de un periódico hasta la mancha abigarrada de blancos diferentes del pueblo que asomaba detrás del malecón. Dormitaba distraído hasta que el relente lo echaba a la casita adosada que había alquilado un año antes, al otro lado de la calle, cuando lo jubilaron del Ritz de Madrid.

Luego cerraron el campo; pusieron una valla de tablas mal ensambladas con una puerta grande de tela metálica y, hasta

que levantaron el primer piso, siguió viendo el mar desde su ventana; tampoco le importó mucho dejar de verlo cuando levantaron la casa; casi al mismo tiempo limpiaron de piedras el terreno de la parcela de al lado, lo rellenaron, pusieron césped y unas palmeras; solo tenía que desplazarse unos metros para volver a ojear el periódico junto al mar, pero la casa que ocupó el espacio de delante de la suya le supuso una fuente de interés. Al principio fue solo el proceso de edificación, más tarde la casa misma creció también dentro de él. El primer atisbo de aquellas transformaciones lo tuvo una tarde tibia de invierno. Estaba sentado en su silla de lona cuando llegaron. Vinieron en un coche inmenso, plateado. Ni la mujer ni el hombre cumplirían ya los cuarenta. Ella se movía con movimientos bruscos, un poco sincopados. Midió a grandes pasos la parcela, braceando, hablaba con pasión al hombre, que se mostraba más a la expectativa, callado. No se enteró de lo que decían porque se había retirado a su casa cuando los vio bajarse del coche. En los siguientes cinco meses no ocurrió nada, salvo algunas visitas al terreno de la mujer sola. Llegaba en el mismo coche del primer día, recorría el terreno a grandes pasos, dibujando habitaciones en el suelo; se detenía, miraba a un lado y a otro, en ocasiones se quedaba muy quieta como meditando, pero por poco tiempo. Siempre se marchaba súbitamente, acometida por una prisa repentina. Empezaron las obras a finales de aquella primavera. Fue ella quien las vigiló. El hombre aparecía solamente de vez en cuando; paseaba distante con el casco en la cabeza, o en la mano, que sacaba de

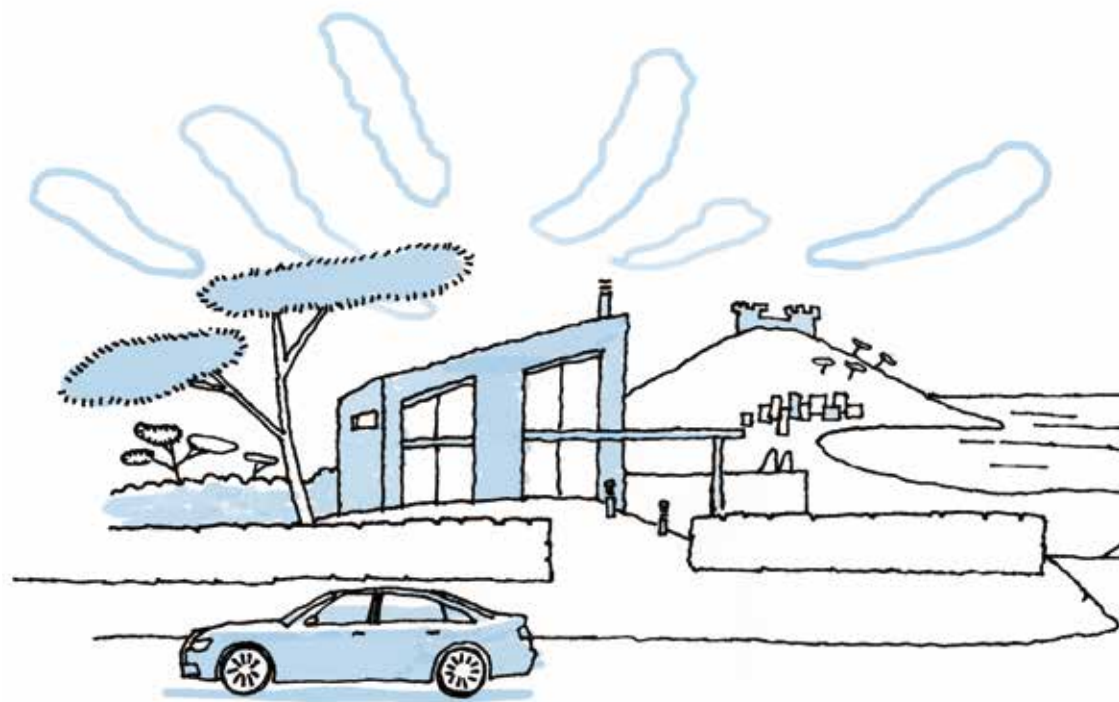
la parte de atrás del coche (un coche que era muy parecido al que llevaba ella o era el de ella) con cierta ceremonia, como si se tratara de un instrumento precioso o una prenda de lujo. Ella cambiaba entonces; sustituía aquellos ademanes de seguridad y dominio con que trataba a los obreros por otros que a él, que atisbaba desde su casa, le parecían más mansos, más sometidos. Alguna vez discutieron; le pareció que era sobre la construcción misma, porque ella señalaba con insistencia casi violenta el plano que sostenía en la mano, pero después cambiaba, los motivos debieron derivar hacia otros asuntos; desaparecía, entonces, toda mansedumbre de la actitud de la mujer: gritaba, aunque él no oyó nunca los significados de las voces, sino solo el estruendoso rumor de la ira.

Estaba ya la casa cimentada y hecho el sótano con una entrada ancha —seguramente el garaje— y se alzaban los pilotes que sustentarían los pisos siguientes, cuando le salió un trabajo temporal en un hotel de Orihuela. Aunque se sentía bien instalado en su condición de pensionista, le gustaban aquellos trabajos esporádicos, le sacaban de su cómodo orden de vida, de su ocio bien organizado y de su casa de sesentón célibe. En los días previos vivía en una tenue excitación, como si pudiera suceder algo desconocido. También le gustaba Orihuela, su aire de ciudad antigua y su solidez burguesa levantina, tan diversa de la desarticulada inconsistencia de los pueblos costeros. Mientras estuvo fuera, recordó muchas veces la casa en su progreso; no sabía cómo, pero le inquietaba que fuera creciendo delante de él, casi para él —no la casa, sino su crecimiento—; también

recordaba con afecto, como si le tocara en algo, el desamparado dinamismo de la mujer supervisando la obra. Cuando volvió, estaban poniendo la cubierta. Era un tejado raro, mucho más volado que los que se solían ver por los alrededores. Un día, al caer la tarde, cuando ya se habían ido los obreros, la mujer y el hombre tuvieron una discusión —quizá motivada por el tejado—, hubo gritos, gestos violentos; en un momento pareció que iban a agredirse físicamente; poco a poco se fueron calmando; ella le acarició en la cara; se sentaron tras el antepecho de una ventana y él dejó de verlos.

Le gustó la casa cuando estuvo terminada. Tenía grandes ventanales, que no cerraron con persianas, de forma que, desde su ventana, podía ver los distintos cuartos de la casa. En la parte de abajo había uno grande que ocupaba todo el fondo y se abría en otro ventanal a la parte trasera; a la izquierda de este había otras dependencias que no podía ver, quizá un comedor y una cocina. La parte trasera, o delantera pues era la que daba al mar, también se abría en paredes de vidrio a un jardín breve; luego estaba la mancha azul de una piscina que unía sus reflejos acuosos con los del mar más allá.

No tardaron en empezar a vivir allí. Supo sin quererlo —en todas las vecindades se sabe casi todo enseguida— que estaban casados; también supo más cosas a las que prefirió no dar crédito. De vez en cuando recibían la visita de algunos jóvenes: o bien dos chicas, o bien un chico, rara vez los tres juntos, pero no se quedaban mucho tiempo. Se solía crear una tensión especial —o así le parecía a él— con la llegada de los que imaginó hijos



de anteriores matrimonios: veían la televisión en silencio y, de vez en cuando, el hombre se levantaba y servía bebidas.

Una tarde que había bajado al jardincillo de las palmeras a leer el periódico, descubrió que desde el extremo de este podía ver la habitación de arriba. Intuyó un cuarto espacioso comunicado con un baño esquinero; en las dos esquinas había ventanas grandes. Habían calculado muy bien la altura de los antepechos y era imposible ver desde fuera más que las cabezas de los que se movían dentro. En el crepúsculo de la noche, cuando alguien iluminó el interior con el vacilante resplandor de alguna vela, imaginó a la mujer bañándose mientras contemplaba el mar.

Fue desde aquel mismo jardincillo desde donde presencié una —quizá hubo más— disputa violenta: pudo ver los brazos moviéndose en busca del otro y, en un instante, el choque de la cabeza de la mujer contra el vidrio de la ventana. En los días siguientes, la distancia de trato entre ellos, que ya había percibido, se hizo más manifiesta y permanente: miraban la televisión en silencio, cada uno desde un sillón diferente; se contestaban con gestos bruscos, despectivos, y algunas veces discutían.

De vez en cuando recibían visitas. Daban cenas a las que asistían hasta diez o doce personas. Él los veía, seguramente después de haber cenado, instalados en el cuarto acristalado, en el que otras veces miraban la televisión; en aquellas ocasiones se mostraban obsequiosos y sonrientes. Solían beber mucho, gesticulaban, hablaban, a veces se bañaban en la piscina desnudos —él apenas entreveía los cuerpos moviéndose más

allá de las dos cristaleras. Una de aquellas noches, después de que se fueran la mayoría de los invitados y solo quedaran en la estancia ellos dos y otras dos mujeres, hubo una disputa definitiva. Se dio cuenta por la actitud del hombre, que insultaba violentamente a la mujer; pudo ver cómo ella estallaba en llanto y cómo las otras dos mujeres se enfrentaban al hombre, que dejó el cuarto impetuosamente. A los pocos minutos salió en el coche haciendo chirriar las ruedas. Ya no le vio más, aunque una vez, pasados unos meses, que volvía a su casa de un paseo vespertino creyó ver su coche que se alejaba de la casa.

En los meses siguientes vivió sola en la casa; procuraba pasar poco tiempo en ella —él la veía mucho menos—, estaba ensimismada y a veces lloraba. El chico joven vino una o dos veces en sábado, pero se iba enseguida, el domingo por la mañana. Dio algunas fiestas —unas tres o cuatro— más bien tumultuosas, dos de ellas solo de mujeres. En todas ellas se manifestó sumamente activa, sirviendo a unos y a otros, riendo ostensiblemente, y bebió mucho.

No había pasado un año desde que el hombre se fuera, cuando ella también se fue. Un día vio un camión de mudanzas: estaba vaciando la casa. Al poco tiempo la demolieron. Pero él ya no vio más; nada le ataba allí, ni siquiera aquel mar desolado entre jirones urbanos. Se fue a Orihuela. Más tarde supo que habían edificado una línea de casas de seis alturas a pie de playa.

Primer premio 2012

CABEZA VACÍA

Luisa Horno Delgado



Estoy empezando a desorientarme, a tener vacíos. Siempre he sido muy despistada, como casi toda mi familia, pero esto es otra cosa. Algo desaparece dentro de mi cabeza de súbito, sin avisar. Luego vuelve y ya está. No hago más que pensar en el dichoso alzhéimer. A veces me mareo, como si fuera a perder el equilibrio. Pero no me he llegado a caer. Puede que sean tonterías, aprensiones. Manías de mujer de mediana edad con mucho tiempo libre. Desde luego no es estrés, como le encanta decir a todo el mundo. Veremos.

Esta plaza tranquila y soleada me suena. Sus árboles diferentes, el monumento a una mujer guerrera. ¿De qué la conozco? Me gusta. Escojo un banco cercano a la cabina telefónica. Por si tengo que hacer una llamada urgente. Nunca se sabe. He olvidado el móvil en alguna parte.

No sé muy bien qué hago aquí, pero tampoco quiero ir a ningún otro lugar.



Me derrumbo en el banco sin mirar a un chico de aspecto extranjero sentado en el otro extremo. No le digo ni hola y enciendo un cigarrillo. Con aire autosuficiente, saco de mi enorme bolso el cenicero portátil y lo coloco en el asiento, a mi lado. Percibo que el chico me mira con curiosidad, pero me importa un bledo.

Aquí y ahora estoy sentada en un banco al sol, y punto.

Miro a mi vecino de asiento. Unos ojos francos, profundos, me observan con amabilidad bajo una onda de pelo oscuro. Apago el cigarrillo, tapo el cenicero y le ofrezco el paquete abierto. Sonríe negando con la cabeza. *Gracias, no fumo*, me dice con un acento que no puedo identificar. No parece árabe, ni europeo del norte. Desde luego no es chino, africano ni latino. Pero me resisto a pensar que sea estadounidense por su atuendo sencillo, incluso elegante. Pantalón gris oscuro, camisa blanca, americana de tweed, zapato y calcetín negros. *¿Canadá?*, le pregunto como una boba, articulando mucho. Vuelve a negar. *Australia*, sigo en mis trece. *No, yo de Krypton*, me contesta con bastante claridad. Otro que me quiere tomar el pelo. Pero no importa, acabo de decidir que este es el primer momento del resto de mi vida.

Me giro hacia él cruzando las piernas y enciendo otro cigarrillo. *No serás Superman...*, le pregunto algo irónica. De nuevo una sonrisa estupenda. *Sí*, dice, *soy Superman*, ahora sin acento ninguno. *¿Y qué haces aquí? Espero por si alguien me necesita*, contesta en voz baja. Sigo mirándolo y el cigarrillo me abrasa los dedos. Doy un pequeño grito, lo tiro y me acerco

la mano a la boca. Él dice *Disculpa*, me coge por la muñeca y roza mis dedos con suavidad. El escozor desaparece. Bueno, tampoco me había quemado mucho. Para no perder el control de la situación, sigo preguntándole: *Entonces te llamarás Clark Kent, aquí en la Tierra*. Me mira como con reconocimiento. *Clark Kent, sí. Y eres periodista*. Ríe abiertamente: *Eso fue hace tiempo, al principio*.

Los árboles de la plaza han empezado a moverse, las hojas susurran. Se está levantando viento. Él se sube las solapas de la chaqueta y continúa, más serio: *El Sunday Planet ya no existe, Lois tampoco*. Me sale la vena cruel: *Pues tú estás de lo más lozano; si fueras Clark Kent ya tendrías que estar muerto o casi*. Me mira como por primera vez: *Pero tú no sabes, los superhéroes...* Ahora río yo: *Sí, lo sé, pero vamos...* Me remuevo incómoda, de pronto el banco es duro y estrecho. La verdad es que no sé qué hacer, si seguir con la broma o marcharme a casa ahora mismo.

Dice *No te vayas aún* y me quedo quieta, estupefacta. Vuelve a sonreír: *Seguro que te podré demostrar que soy Superman*. No sé qué decir. Me quedo callada, pero él no parece sentirse molesto. Tan normal, tan guapo, con la oscura onda sobre la frente, las solapas alzadas, las manos en los bolsillos, largas piernas estiradas, pies cruzados. Me fijo en los impecables mocasines de piel negra. Pienso que Superman no llevaría esos zapatos. Me mira de reojo: *Los he comprado esta mañana en Independencia*, musita. El interior de mi cabeza comienza a girar. Casi desesperada, se me ocurre que a lo mejor Superman

puede curar enfermedades (si los vacíos de mi cabeza son una enfermedad). No creo que se moleste si le pregunto. Mira que si me cura... Y ahora es mi corazón el que galopa.

Sigue haciendo viento, pero no es desagradable. El sol calienta con suavidad. La plaza no está muy concurrida, aún no han salido los niños del colegio. Me acelero de nuevo: van a llegar los niños. ¿Lo conocerán cuando lo vean? Con lo listos que son, sabrán que es Superman. Imagino una escena maravillosa, muchos niños boquiabiertos rodeando nuestro banco. En ese momento, tras los edificios de enfrente se oye un gran estallido, y segundos después el alboroto de sirenas.

Antes de que me quiera dar cuenta, mi nuevo amigo se ha incorporado y ha corrido a la cabina telefónica. Se mete en ella y cierra la puerta. ¿A quién llamará?, pienso tontamente. ¿A quién conocerá Superman en Zaragoza?, ¿quién sabrá su verdadera identidad? Yo, descubro con un orgullo nuevo. Me conoce a mí. Y despacio, como a oleadas, me va invadiendo la ilusión. La ilusión perdida.

Al cabo de un rato, me levanto y me acerco a la cabina. Tras los anuncios pegados a los cristales, parece vacía. Abro la puerta. Sí, está vacía. Pero yo lo he visto entrar. Yo he hablado con él. Yo... A punto de volver el terrible vértigo, me apoyo sobre el teléfono. Intento cerrar los ojos y descubro en el suelo un reluciente mocasín de cuero negro. Lo levanto con cuidado y lo introduzco en mi bolso enorme. Ya muy tranquila me dirijo hacia mi casa. Ahora recuerdo perfectamente el camino.

Primer premio 2013

EL VIAJE

Rola Sanabria García



La tarde anterior metió y sacó la ropa de la bolsa de viaje varias veces, desasosegada, no conforme con lo que había decidido llevarse. Pero siempre, encima de un jersey o una blusa, como una piedra sobre papeles para impedir que vuelen, la brújula. Se la regaló su padre cuando la enfermedad le ganó la partida postrándolo en una cama para siempre. Él la solía llevar en sus largas caminatas por el campo, caminatas que el médico le prescribió y que retrasaron el final inevitable. Ella nunca entendió para qué la llevaba si no se alejaba de senderos conocidos y cercanos al pueblo. La dejó con el brillo de haberla lustrado mucho con el sudor de la mano. Y después de años olvidada sobre el estante, entre libros empolvados, se acordó de su padre sin saber por qué y decidió llevarla en el viaje.

Se levantaron muy temprano, cuando el amanecer asomaba con una luz pálida entre las ondulaciones de la sierra.

Durante el desayuno, él estuvo mirando el mapa en la cocina, uniendo distancias con un rotulador rojo, entre sorbo y sorbo de café. Un viaje corto, no más de tres horas, como mucho cuatro. Eso dijo cuando volvió a plegarlo por los cuatro dobleces de costuras avejentadas.

Cerraron ventanas, bajaron persianas y se aseguraron de dejar los grifos bien cerrados, antes de dar varias vueltas a la llave de la puerta de la casa. Ya en la calle, ella soltó la bolsa en el suelo y él, antes de meterla dentro del maletero del coche, hizo el primer comentario. «Seguro que la has llenado», dijo con la acritud que mostraba siempre que iban a hacer un viaje.

El sol daba de frente en el parabrisas cuando él comentó que iba a detenerse a echar gasolina. Ella giró la cabeza para mirarlo y, entre sorprendida y enojada, le reprochó que no hubiera llenado el depósito antes de salir, como quedaron. Mientras el empleado ponía la gasolina al coche, entraron en el bar de carretera y se tomaron otro café. Ella, con un mollete con tomate y aceite de oliva, y él, con un Donut de chocolate.

Volvieron a la carretera. El viaje transcurría con la pesadez de un día de verano que ya mostraba su lado más duro en los campos de tallos cortos, amarillos, secos. Él puso la radio. Ella torció el gesto. La música disco le levantaba dolor de cabeza, pero no dijo nada. Buscó en el bolso, sacó el MP4 y se puso los auriculares. Aun así, el sonido se colaba entre los intersticios de las orejas machacando la voz de Leonard Cohen.

La despertó el ruido de la gravilla bajo las ruedas del coche, el tránsito de deslizarse por la carretera de manera uni-



forme, la reducción de la velocidad hasta detenerse frente al restaurante. Miró el reloj y comprobó la hora. «¿Aún no llegamos?» La pregunta quedó flotando en el aire, sin respuesta, durante unos segundos que parecieron de alquitrán; luego él contestó algo enfadado con un «No» seco que atajaba cualquier posibilidad de seguir hablando.

Comieron en silencio. Él desplegó el mapa sobre la mesa y, entre las judías con chorizo, el churrasco y la tarta de chocolate, estuvo estudiando, como si fuera un laberinto, aquella línea quebrada y roja. Ella lo miraba entre irritada y temerosa mientras se llevaba a la boca unas judías verdes, una porción de lubina a la espalda y un trozo de manzana, pero no hizo ningún comentario.

La tarde fue un sinfín de asfalto gris metalizado, pájaros en bandada abandonando árboles, nubes estiradas y rojas alejándose con la monotonía de la marcha uniforme del coche. Tres horas. Cuatro como máximo. Y sin embargo, ¿cuánto



tiempo había transcurrido desde que salieron de casa? Para llevar la cuenta exacta debía mirar la esfera del reloj, pero sabía que él estaba atento, aunque tenía los ojos clavados en un punto fijo de la carretera, y que detectaría esa mirada, y seguramente acabarían discutiendo. Una de esas discusiones agotadoras, sin salida. Y ella estaba muy cansada. Así que lo dejó correr.

«Dame un chicle, anda», pidió él cuando ya la línea del horizonte se había cargado de sombras. Ella buscó en el bolso. Lo vació sobre su falda. «No tengo», dijo con un suspiro de resignación. «¿Cómo que no tienes? Tú eras la encargada de comprarlos.» Al fondo, entre las lomas, se abrió un camino de luz quebrada. «Tormenta», dijo ella con un tono triste de voz. No quería hablar de chicles. En realidad, era mejor no hablar de ninguna cosa porque lo sabía, sabía que él estaba muy irritado y que necesitaba descargar su furia. «Así que no has comprado», dijo rechinando un poco los dientes. «Yo creo que sería mejor parar el coche y coger la brújula», dijo ella de repente, buscando alivio a aquel ahogo que sentía al final del esternón. «¿Y para qué te has traído la brújula? No se te ocurren nada más que tonterías», dijo él lanzándole una mirada de soslayo. Sin embargo, ella detectó algo que no era el desprecio de otras veces, algo que se parecía mucho al miedo. «Para orientarnos.» Él abrió la boca como para contestar, pero no dijo ni una palabra. Una lluvia de granizos repiqueteó en el parabrisas. «El fin del mundo», comentó ella. «Tonterías», dijo él. Los granizos engordaron

y el golpeteo en los cristales fue una amenaza firme de ruptura. Él sacó el coche de la carretera y lo detuvo en el arcén. Enseguida se vieron acorralados por los trozos de hielo que arreciaban y repicaban furiosos. Una cortina blanca los aislaba del exterior. No veían nada que no estuviera dentro del coche. No oían otra cosa que el batir incesante del agua congelada. No olían nada que no fuera el miedo que los mantenía rígidos en sus asientos, esperando. Pero ¿a qué esperaban?, se preguntó ella en aquel tiempo muerto, detenidos en cualquier arcén de cualquier carretera. A que escampara, se dijo para tranquilizarse. Sin embargo, no había ni la más mínima señal de que el cielo se fuera a despejar en mucho rato. O tal vez nunca dejara de caer granizo. «Nunca», pensó, y sintió de repente el aleteo de la muerte batiendo sus alas en aquel espacio tan pequeño, como una tumba para dos. «Sería estupendo», se dijo, «girarme, girarnos, y fundirnos en un abrazo. Lo sería si eso pudiera, de alguna manera, desnudarnos de la mortaja con la que cada uno se ha ido vistiendo en los últimos años.» De repente él se volvió y dijo: «Estamos perdidos.» Lo dijo con resignación, con algo de pena. «Lo estamos», confirmó ella. «Podemos coger la brújula», sugirió él, bajito. «Podemos. Habrá que esperar a que escampe», concedió ella.

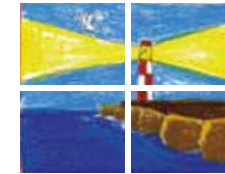
Fuera, el granizo se amontonaba sobre el capó y ya había ganado medio cristal del parabrisas.



Primer premio 2014

HABITACIÓN CON VISTAS AL MAR

Maria Elena Sanchez Alvarez



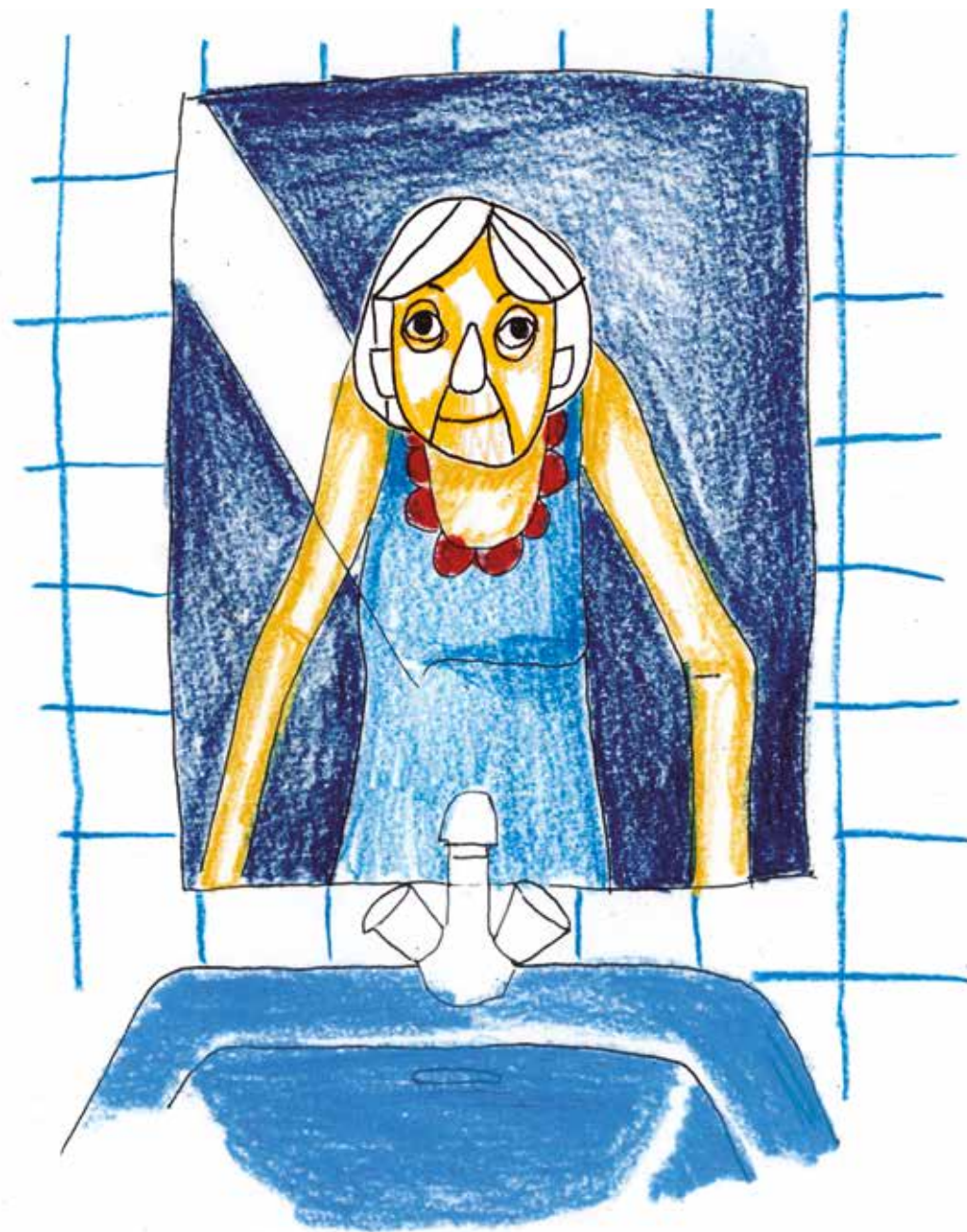
Con la monotonía que viste sus días, se dirige con pies de pato a la cocina, coge la leche, la echa en el hervidor y la pone a calentar sobre el fuego de uno de los quemadores. Se asegura de que el cazo quede bien asentado. Su base bombeada ha perdido estabilidad, como le ocurre a ella. Sus piernas ya no obedecen a sus deseos. Extiende sobre la mesa una servilleta de tela, con los flecos deshilachados, a modo de tapete, compañera de otras cinco que hacen juego con la mantelería que ya no espera invitados. Todavía conserva, en los cajones del viejo aparador, un par de manteles pequeños que ya no usa, no porque le importen las manchas que sobreviven en ellos, sino por desidia. Un plato, una taza, una cuchara, el azucarero, un frasco de café descafeinado y dos galletas de avena, huérfanos de nombre propio, es todo lo que tomará para comenzar el día. Eso, y las pastillas para el corazón, la tensión, el colesterol... Hace tiempo que prefiere

los desayunos, comidas y cenas que le sirven cuando se aloja en otras habitaciones que no son la suya.

Se acerca a la cocina, apaga el fuego, coge el puchero, se sirve la leche, después lo deposita en el fregadero para que acompañe al resto de los platos sucios que quedaron de la noche anterior, quizás también de la comida. Se sirve una cucharada de azúcar, otra de café, lo remueve y moja la primera galleta, después la segunda y última. Una amarga y eterna soledad pone el sabor a sus menguados desayunos.

Cuando termina, mira el reloj que cuelga de la pared, donde una nueva grieta parece buscar su destino: las nueve y media. ¡Qué lento acontece el tiempo! Va hacia el cuarto de baño, se enjuaga la boca, se pone la dentadura, se mira al espejo. No ve nada nuevo, todo le es familiar, sus cabellos canosos, las arrugas de su cara, la mirada velada. Prefiere no acordarse de aquella joven alegre y extravertida, de pelo castaño ondulado, de cuerpo redondeado que disfrutaba nadando en las frías aguas junto al dique, frente al Castillo de San Antón.

Se quita la bata, el camisón y el resto de la ropa. Ya desnuda, coge la esponja, la sumerge bajo el grifo del lavabo, la escurre, después la enjabona y asea su cuerpo lo mejor que puede. Se seca con la única toalla que encuentra a su alcance. Se vuelve a vestir. Descorre las cortinas que cuelgan sobre la bañera y arroja las prendas sucias, que caen fuera del cubo que yace sobre su fondo. Dos años, quizás tres, es el tiempo que ha transcurrido desde que no la utiliza. La artrosis le impide salvar ese infranqueable muro que la priva de sumir



su cuerpo bajo el agua. Por eso, aprovecha los días que pasa, a veces meses, fuera de casa, donde disfruta de un amplio plato de ducha con asideras que le hacen perder el miedo a su fragilidad; de toallas blancas, recién lavadas; esponjas desechables y de un gran espejo, donde su mirada se vuelve transparente, sus cabellos se rehabilitan y las arrugas de su rostro se tornan invisibles.

Sale del baño, vuelve a la cocina y mira el reloj de nuevo: las diez. ¡Qué lento se desliza el tiempo!

Con pasos cortos se dirige a través de un largo pasillo, que contrasta con las pequeñas dimensiones del resto de la casa, hacia la salita. Una mesa baja, un minúsculo sofá y una librería es toda la decoración que arropa el invierno de sus días. Sobre la mesa: adornos, reliquias del pasado. En la librería, colocados aleatoriamente tres marcos de plata: la foto de sus padres; la suya, el día de su boda, y la de su hija. El resto lo ocupan una decena de libros, que ha leído una, dos y hasta tres veces. Ellos han ido llenando esos huecos que la vida se encarga de cavar.

Una puerta, que rompe la uniformidad de la pared desamparada de cuadros, conduce a su dormitorio. Una cama, una mesilla de noche y un sillón de reposo llenan la estancia. La cama, todavía sin hacer, muestra unas sábanas arrugadas, que delatan el tiempo que llevan abrigando el mismo colchón. Sobre la mesilla, un vaso con agua donde pequeñas partículas reposan sobre la superficie y numerosas cajas de medicinas apiladas desordenadamente.

Se acerca a la ventana, retira los visillos. En frente, otras casas. Asoma la cabeza, mira al cielo. Otro día anublado. Siente sus huesos entumecidos. Tendrá que hacer un esfuerzo para salir. Sesenta peldaños se interponen a sus días de paseo. Antes, sus caminatas eran más largas, le gustaba subir por la estrecha calle de San Nicolás, para llegar hasta San Andrés, ascender por la calle Sol y culminar en el Paseo Marítimo, frente a los arenales del Orzán, donde el mar sigue embraveciéndose con cada ola y sus ímpetus renacían, como en un sueño, abrazados con vehemencia a las caprichosas mareas.

Hace más de un año, quizás dos, que la brújula de sus pasos no la guían hasta el océano. Pero ella no quiere morir sin ver el mar de nuevo. La última vez fue hace dos meses, durante su estancia en la habitación 703. A través de sus grandes ventanales, traspasaban los destellos de la vetusta torre herculina que le recordaban que aún seguía viva.

Mientras espera a que ceda la niebla, estira la ropa de la cama sin hacerla y se hunde sobre el sillón, enciende la radio y la apoya sobre sus castigados muslos faltos de musculatura. A los pocos minutos el sueño va venciendo el hastío. Las once de la mañana. ¡Qué lento transita el tiempo! Se duerme.

Las campanadas de la iglesia la despiertan, se incorpora despacio, cae la radio al suelo, la música no deja de sonar. Se aproxima a la ventana, luce un sol tenue. Va hacia el armario, se viste con un vestido cualquiera y se calza los viejos zapatos. Coge el monedero y arrastrando los pies se dirige hasta la

puerta. Un portazo basta para abandonar por un corto espacio de tiempo su aislamiento.

Es domingo, la ciudad está desierta, sus labios se han abierto solo para pedir una barra de pan y despedirse con un adiós.

De regreso a casa, siente un vuelco en el corazón. Se asusta, no quiere estar sola. Con esfuerzo, sube las escaleras. Cuando llega al primer piso se detiene frente a una puerta, su fatiga aumenta; llama, nadie responde. Vence el tramo de peldaños que conducen a la segunda planta; otra puerta, pulsa el timbre una vez, dos, hasta tres veces. No contestan. Va perdiendo las fuerzas, las palpitations son más rápidas. Como puede consigue superar el último intervalo hasta su puerta. Introduce la llave en la cerradura, su mano tiembla, hasta que logra abrirla. Se olvida cerrarla. Camina todo lo deprisa que su desaliento le permite hasta llegar a la sala, se aferra al teléfono y marca los tres dígitos que dirigirán su destino. Pocos minutos más tarde, vienen a recogerla. Cierta ánimo se vislumbra en su rostro. Comienza un nuevo viaje. Nadie sabe que reza por unas sábanas limpias, agua caliente y mesa puesta. Tras la puerta la radio continúa sonando.

Después de los primeros auxilios, la suben a la habitación, no está sola, otra paciente compartirá días de estancia.

Las ráfagas de luz del faro herculino llegan hasta su cama. Se encoge, llora, se emociona, se alegra. Se olvida del tiempo. Se siente afortunada. De nuevo se zambulle en el océano desde su apropiada habitación con vistas al mar.



Primer premio 2015

GOTAS DE LLUVIA

Luisa Fernández Miranda



Mi padre y yo solíamos ir a pescar en los amaneceres de primavera, cuando el sol tarda en despertar, mostrándose, de pronto, a un lado de la carretera.

Pero aquel día no era primavera. Me desperté envuelta en sudor en medio de la noche y oí a un pájaro golpearse contra la ventana. No llegué a verlo, me lo imaginé negro en medio de la noche. Fue más tarde, mucho más tarde cuando encontré su cuerpo ya sin color. El aire era caliente, las sábanas estaban húmedas y yo estaba esperando.

Esperando sus pasos silenciosos, cada ruido, cada movimiento de la casa me despertaba. Pero siempre era ella, mi madre, la que se movía antes del amanecer. Sabía que recorría la casa, sintiéndose dueña absoluta, cuando él dormía, al otro lado de su cama. Caminaba descalza. Yo contenía la respiración, mientras me llegaban los sonidos de la puerta del cuarto de baño, al abrirse y cerrarse, de la cocina; los grifos, el del

vaso posándose en el fregadero. Debí de quedarme dormida, sin dejar de oír sus pasos adentrándose en mis sueños.

Él nunca entraba a verme. Pero aquella noche entró.

Por la mañana me desperté al oírle andar con paso firme pero ligero. Llamó con los nudillos en la puerta de mi dormitorio. Yo solía contestar con la voz aún de sueños y luego le oía alejarse hacia la cocina; pero esa noche, casi mañana, sin escuchar mi respuesta, entró. Me quedé quieta, con los ojos cerrados, esperando que me dijera algo. Debí de contemplarme en silencio durante unos instantes y sentí su mirada a través de mi cuerpo cubierto por la sábana. No me dijo nada, salió y nos encontramos en la cocina. Me vestí rápido. Me puse pantalones cortos. Tenía carne de gallina en las piernas, pero no me cambié. Deseaba salir en seguida.

Tal vez la blusa, la blusa es demasiado, demasiado... me dijo, pero se paró de pronto, nunca supe demasiado qué. Durante mucho tiempo pensé en lo que le hubiera gustado decirme y no me dijo. No volví a ponérmela después de ese día. Tenía un encaje en el cuello, quizá por eso le pareciera cursi, o solo inapropiada para ir a pescar. Pero yo me sentía favorecida llevándola. Me miró mucho o quizá me lo pareció. Desayunamos en silencio, con urgencia.

Miramos los dos al cielo. Sabíamos que el sol aparecería en el momento y donde tendría que aparecer. Salimos de la casa y puso la caña y todas las demás cosas de pesca en el maletero del coche. Justo cuando lo abría no me dejó ayudarlo, como en otras ocasiones. Me mandó sentar en el asiento

delantero, como siempre, a su lado. No me di cuenta hasta mucho después —cuando tuve que reconstruir una y otra vez todo lo que sucedió aquel día, para conservarlo intacto—, que no me había dejado ver qué más había en el maletero.

«Entra en el coche», me dijo, y yo me recosté, a gusto, entrando en calor.

Mientras conducía me gustaba mirarlo y sentir su olor. No olía a colonia, ojalá hubiera olido, la hubiera buscado por todas partes. Era un olor a piel morena, a piel al sol, a luz, a calor.

Me extrañó que condujera callado, cuando normalmente iba hablándome de cualquier cosa para que no me durmiera, para que aprendiera a ser una buena copiloto. Yo le miraba de reojo la arruga que acaba de descubrirle junto a los labios. Después, al recordarlo, me imaginé que allí, en aquel pliegue, había dejado prendidas todas las palabras que tenía que haberme dicho y no me dijo. No hubo canciones, ni confidencias, tampoco le conté nada, como en otros días de pesca, solo canturreé alguna canción sin que él me acompañara.

Por fin, detrás de una curva vimos la explanada de siempre. Aún era de noche.

Al salir él no prendió el cigarrillo que llevaba en la mano. Lo retuvo durante un buen rato, dándole vueltas en la mano, mirando al horizonte, aún oscuro. Caminamos juntos, mirando hacia delante. Fue justamente cuando oí el clic del mechero cuando aparecieron los primeros destellos del sol. Vi su cara, sin palabras, llena de pensamientos, cada vez crecían más sus gestos, donde depositaba el silencio. Ese silencio que se llevó lejos.



Aquel día no me aproximé a él. Tuve miedo de que le dijera algo que no le gustara, de que mirara el reloj y moviera el aire tibio, de que me dijera ya está, como otros días, vámonos, se nos hace tarde. Tal vez nos quedamos más rato del normal, allí sentados, hasta que el sol salió del todo y ya no había más secretos. O quizá lo recuerdo así.

«Algo tendría que decirte», me dijo de pronto y luego se calló de nuevo.

Aquella frase se me ha quedado gastada de tanto recordarla, aunque tal vez se quedó en mi memoria, mutilada, rota, quizá no la dijera nunca, o fue otra frase. O tal vez no llegó a decir nada.

Todavía era muy de mañana cuando llegamos a nuestro sitio. Había una pareja con el cuerpo mojado, se les notaba alegres y enamorados. Me fijé en las gotas de sus cuerpos que el sol hacía brillar. La visión de aquellas dos personas, ajenas a nosotros, me produjo un escalofrío, como cuando uno se acerca a algo que desconoce y a la vez le atrae.

Él los observó mucho tiempo, sin decir nada. Su cara se apagó, como si contemplara una escena triste. Pero de pronto, sonrió cuando empezaron a recoger sus cosas. «Los hemos echado», me dijo en un susurro. Pensé que quería estar a solas conmigo. Yo no dejaba de mirarlo y él de mirar más allá, a través de alguna ventana abierta en el paisaje.

«Estamos solos», me dijo con una mirada brillante, cuando se marcharon. La voz le sonó ronca. Luego la excitación de la pesca me condujo solo al fondo del agua, donde trataba de divisar algún movimiento.

Aquella mañana pescamos muchos peces, más de lo habitual, y yo veía cómo nuestras cestas se iban llenando.

No descansamos como otros días, para tomar bocadillos. Esta vez debió de olvidarse hacerlos, o no quiso. No le dije que quería comer o tal vez ni lo deseara. Fue ya algo tarde, cuando el sol hacía rato que había dejado de estar en lo alto, cuando empezó a recoger, diciéndome que nos íbamos a comer. Tampoco me di cuenta hasta mucho más tarde, cuando todo había pasado, de que de nuevo me impidió acercarme al maletero.

Paramos a comer en un restaurante cercano, al otro lado del río. Allí habíamos estado otras veces para que él tomara café o un *whisky*.

Aquel día, mientras comíamos, me miró mucho y me acarició la mano, poniéndose cada vez más serio. Apenas comió, yo sí, tenía hambre y me concentré en la trucha, que iba cortando, plateada, casi viva. La imaginé nadando por el río, y me pregunté cómo se habría dejado pescar. La fui abriendo despacio, como si dentro escondiera algún secreto. Separé, como él me había enseñado, la raspa de la carne rosa, rosa asalmonada, y de la piel crujiente. Fue la última trucha que comí en mi vida.

Él pidió dos *whiskies*, uno después de otro; nunca me olvidé del ruido que hacía el hielo en el vaso. Bebía despacio, muy pensativo, sin dejar de mirarme y sin dejar de acariciarme la mano y la mejilla, con el revés de la suya, «quizá imagine la gente que somos novios», se me ocurrió pensar.

Al beber, sus ojos se le iban encendiendo y yo sentía la trucha revolviéndose en mi estómago. Casi se volvió a hacer de noche allí, él haciendo ruido con los hielos, y yo con ganas de vomitar el pescado que se deslizaba a través de todo mi cuerpo.

Luego todo pasó deprisa. Regresamos por otro camino distinto al de otras veces. Cuando llegamos a una estación desconocida bajó del coche, sacó un billete, solo uno, para el autocar que me llevaría a casa. Me ayudó a subir en el autobús y me besó en las dos mejillas, apretándome contra él.

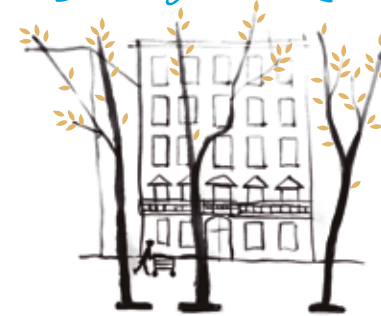
«Hija», me dijo, «algún día iré a buscarte. No dejes que tu madre...», no continuó la frase. Lo vi alejándose, mientras lo miraba por la ventanilla.

O tal vez no pude verlo porque la lluvia me lo impedía.

Primer premio 2016

INTERIOR CON ASCENSOR

José Luis Robles



Cuía lenta la tarde de este jueves desapacible de abril, cuando le vi venir, como siempre por la acera de los impares: gabán raído, pantalón de pana gastada, gorra de marino con ancla bordada en la visera impregnada en sales de todos los mares. Se acercaba con su andar característico de péndulo cansado, secuelas que le han ido dejando tantos relentes, escarchas y amaneceres al raso. Su patrimonio cabe en el carro de la compra convertido en baúl rodante del que nunca se separa. Es Isidoro, decano de los sintecho de Chamberí. Nos conocimos hace años y desde entonces mantenemos una arraigada amistad. Enigmático, me dijo aquel día: «Llámame Isidoro, no es mi verdadero nombre, pero esa es otra historia que ya te contaré.»

Nos presentó el conserje de este noble edificio de la calle Génova, de fachada renacentista, amplio paso de carruajes



y ascensores bien diferenciados: el principal, por hueco de escalera, protegido por soberbia cerrajería artística, cabina en madera noble, asiento revestido de terciopelo rojo y metalistería en latón. El otro, más humilde, va a la intemperie por el patio de luces y da servicio a la escalera interior. En el rellano de la última planta, pernocta Isidoro. Allí guarda el resto de su ajuar: saco de dormir, mantas, cartones... y libros, muchos libros. Sus autores preferidos: Poe, Verlaine, Mallarmé, Lorca, San Juan de la Cruz, y todos nuestros clásicos. De música, por encima de todos, Aretha Franklin, Lady Soul, y además...es del Atleti.

A ambos nos extrañó el encuentro, precisamente hoy y a esta hora. Será el azar, le dije, sin darme cuenta de que es una de las palabras que tiene tachada en su diccionario. Porque Isidoro, hombre extremadamente sensible y culto —carrera superior, máster, y otrora con despacho en edificio inteligente de La Castellana—, lleva siempre en su carro un diccionario abreviado de pastas color tabaco en el que va tachando las palabras que ya no le sirven. La última vez que nos vimos iba por la letra p. Me fue explicando el porqué de cada condena y el sentido que para él tenían las palabras indultadas. Aquella tarde quedaron sentenciadas: pasado, pena, palmada, Papa, papá, pantomima, paseo...

—Por qué tachas *paseo* si es una de tus distracciones diarias?

—Lo nuestro —siempre usa el plural de los humildes—, lo nuestro no es un paseo, es solo un «paseacalles». El paseo es campo abierto, emoción de atardeceres mirándose en los remansos, caminar lento y charla reposada. Lo nuestro no es

eso, somos, con nuestros pasos, medidores de aceras, y sus bancos y los de los parques, nuestros aliados y confidentes en las siestas, en los cansancios y soledades, y palcos preferentes desde los que no tenemos nada que hacer, vemos pasar la vida.

Aquel día quedaron indultadas: pájaro, penumbra, pico, pícaro, pobre, poesía, poeta... Isidoro escribe, y muy bien. He tenido el privilegio de leer sus poemas, relatos y prosa poética que guarda en cuadernos de hojas cuadriculadas y pastas verdes.

Tenía prisa y me pidió que le acompañara a dejar el carro. Hacía frío y rezumaban melancolía los desconchones del patio interior. Patios de luces, más de sombras, a los que se asoma poco el sol, donde el dolor parece más dolor y la risa menos risa detrás de sus ventanas, y a los que van a dejarse morir las palomas viejas, enfermas de años y alocadas de ruido. Patio, este, con fuente escosada hace mucho, epicentro en otro tiempo de veladas interminables de comadres, sentadas en sillas bajas de enea, apurando noches de canícula.

El ascensor nos deja en el último piso. Mientras Isidoro acondiciona su estancia para pasar la noche, salgo a la terraza, atalaya privilegiada para, en un *flashback* vertiginoso de secuencias cortas, empaparme de recuerdos hoy solo buenos. ¡Cuántos edificios, patios y corralas que me son familiares! Aquí, Luchana, Covarrubias, Almagro... Más allá, Chamberí, Malasaña, Dos de Mayo, Correderas —Alta y Baja. Y también sus gentes, muchos ya amigos: Paquita, Salvador, Rodrigo, Estrella, Pilar, que ya no está... y tantos de los que no me olvido

en este momento: D. Ángel Benito, lutier mayor de Malasaña, de cuyas manos salen guitarras para medio mundo, auténticas obras de arte con cuerpos de geisha y cuerdas de seda en las que se balancean el duende y el embrujo. Y Diego, maestro broncista; y José Luis, almoneda él también en su tienda de objetos inimaginables; y la señora Marina, acompañada siempre de la perra Laika, su lazarillo inseparable.

De mi ensimismamiento me saca Isidoro. Tiene que irse, pues aún le esperan dos entreactos antes de bajar el telón a este día. Volvemos a cruzar el patio, vacío ya de tendales y golondrinas. Nos despedimos con un abrazo más prolongado de lo habitual.

—¿Nos seguiremos viendo?

—Por supuesto. Y con más tiempo. Nos debemos muchos ratos, cafés y manzanillas paladeados sin prisas, para tamizar y pulir nuestros escritos y poemas. Y no te olvides que me debes una explicación a tu querencia por las aceras de los impares, al enigma de tu falso nombre y también del verdadero.

—Pero aunque te lo cuente, me seguirás llamando Isidoro.

—Claro, no te imagino con otro nombre.

—Hasta siempre, amigo.

—Hasta siempre, Isidoro.

Se aleja cachaveando por la acera. Le sigo con la mirada hasta que su silueta, bamboleante, dobla la primera esquina.

Llegará a la cola del comedor social, donde es una institución. Cenará con sus colegas, le contarán sucedidos, pedirán consejos y reparará, como cada noche, palabras repletas de



esperanza. Luego, ya de vuelta y siempre en solitario, se acercará al árbol plantado con la fecha que reza en el mosaico que está al lado: «Sara, 4 marzo 1981», día en que se iniciaron a la par dos vidas. Es entonces cuando un estallido de nostalgia —el único del día— explotará en su pecho. Es breve el ritual. Luego, el andar lento y el penúltimo cigarrillo aliviarán su ánimo, alabeado por un instante.

Subirá en el ascensor que hará, por hoy, el último viaje. Queda la cabina acurrucada allá arriba al asubio del cuarto de máquinas. Todavía permanecerá encendida la luz un buen rato mientras pone en orden las notas que ha ido tomando durante la jornada. Cuando todo quede a oscuras, será el momento que el duende y la paloma están esperando para acomodarse sobre el techo de la cabina a pasar la noche. Y comenzarán los sueños...

...Soñará el viejo ascensor con alta velocidad y cabina panorámica en forma de omega, deslizándose por fachadas interminables revestidas de vidrio azul cobalto.

...Soñará la fuente con surtidores de jardín palaciego cimbreados por el viento entre parterres y rosaledas.

...Soñará el duende con bosque umbrío, sábanas de helechos bajo la zarzamora o al abrigo del acebo de los frutos colorados.

...Soñará la paloma con Tierra de Campos, en vuelo rasante sobre océano de trigales y nido propio en palomar recién enjalbegado y ya moreno de resoles.

...Soñará Isidoro... no, perdón, Isidoro ya no sueña.

—Sabes —me dijo un día—, me han abandonado hasta los sueños.

Prosa árida y dura es la vida de Isidoro, y lirismo que le sale a borbotones cuando entreabre la trastienda de su alma.

Primer premio 2017

BLANCO

Aurora del Amo Hernández



La señora Agustina era nuestra bibliotecaria. Tenía un quiosco, a pocos metros de mi calle, lleno de golosinas apetecibles y montones de tebeos.

Las ventanas estaban empapeladas con ellos, colgados de una cuerda y prendidos por una esquina con una pinza de madera, para que le cupieran más, para publicitar sus títulos: *El Capitán Trueno*, *Azucena*, *Hazañas bélicas*, *Pulgarcito*, *Dorita*... Había tantos que, de ella, solo asomaban sus manos por la pequeña ventanilla para coger los céntimos y, por el pequeño vano que quedaba entre la cuerda y los tebeos, se entreveían sus ojos.

Si algo más supe de su cuerpo, era porque abría la puerta para echar cisco al brasero o para regañarnos, por las trampas que le hacíamos.

—¡Aquí se lee cuando se alquila y nada más!

La advertencia estaba cargada de tan mal humor, que su



voz autoritaria y su figura, que llenaba toda la puerta, hacía que giráramos a un lado la cabeza y la agacháramos, por si nos soltaba un bofetón.

Alquilar un tebeo nos costaba veinticinco céntimos, pero como eran varias las filas y muchos los lectores que rodeábamos el quiosco, pues nos los intercambiábamos y podía pasar toda una tarde, de lectura empedernida, con un solo gasto.

Al llegar la anochecida y retirarse la luz, salía de su caseta con el moño despeinado y sudando, oliendo a humo, medio atufada. Nos recontaba y recogía el mismo número de ejemplares que había alquilado y, con una media sonrisa, nos decía hasta mañana.

Aún merodeábamos, por allí, cuando echaba la trampilla y la veíamos marchar con su toquilla negra, sus medias de lana y unos zapatos con las media suelas gastadas y de medio tacón que sonaban rotundos, como un cascabel que le hubieran puesto a la luna.

Primer premio 2018

ESPERANDO LA MUERTE

Hernán Morgenstern Hyderman



Borges saludó al mozo y se sentó en su mesa habitual de la confitería Sant James de la calle Maipú. Le sirvieron lo de costumbre y esperó hasta que María llegara para escribir lo que le iba rondando en su cabeza desde la conversación con Kafka en el cementerio de Zizkov.

María cruzó la puerta con su habitual elegancia, pero ante la ceguera del escritor y el trabajo de Remigio detrás de la barra, nadie pudo contemplarla. Borges, que ya conocía los pasos y el perfume de su ayudante, esperó sin impaciencia el beso en la frente. Después le contó brevemente, pero con intensos detalles, su encuentro con el escritor checo.

María, mientras acomodaba su libreta y el bolígrafo y encendía la grabadora de cinta, lo escuchaba con interés. Ya no le sorprendía fantasía alguna, y que su jefe hubiera estado hablando con Kafka, muerto hacía años, y con el que había

quedado en escribir un cuento con dos versiones diferentes, no la inmutó, aunque sí le divirtió la idea.

—Usted nunca me deja impasible —le dijo María.

—Y usted me alegra el día —le respondió.

Aunque la confitería de la calle Maipú comenzó a llenarse de clientes habituales y de un ruido apagado, todos sabían que cuando Borges estaba con María, nadie podía acercarse a saludarlo o a hablar con él.

—Cuando quiera empezamos —le dijo la ayudante.

Borges se quedó en silencio con la mirada en el infinito, mientras poco a poco iba dando cuenta del café con leche que tenía delante.

Como todos los 18 de marzo desde hacía quince años, y después de que una mujer le tirara las cartas del tarot en una esquina cerca del puente de Rialto en Venecia, Romualdo Antúnez salía de su casa sobre las doce menos diez de la noche, caminaba unas cuadras y con cierta tranquilidad se sentaba en el banco de la plaza Güemes.

A las doce menos tres minutos encendía el cigarro y a partir de las doce en punto del día señalado, esperaba la inevitable muerte, pese a que la hora correcta eran las once y treinta y seis de la mañana.

Quince años antes, cuando Antúnez salió de la pensión en Venecia, era incapaz de saber que le iban a pronosticar el día y la hora de su muerte.

Como todas las mañanas, se levantaba sobre las siete, aunque fuera domingo, se daba una ducha fría, pasaba por el bar de

costumbre a tomar un capuchino con un *panini* de mortadela y caminaba por las orillas de los canales hasta la plaza San Marco, donde vendía maíz a los turistas para que alimentaran a las miles de palomas que campaban y ensuciaban a sus anchas.

Antúnez no se ganaba mal la vida y estaba orgulloso de tener una de las oficinas más bonitas del mundo, aunque de tanto en tanto se inundara.

La mañana de ese domingo soleado de otoño presagiaba un buen día de ventas, y no se equivocó. Y como cada día bueno de ventas, Romualdo Antúnez se daba un pequeño capricho, y esa tarde noche, volviendo a la pensión por el puente Rialto, se dijo que ya era hora de saber cuál sería su destino, aunque la incertidumbre nunca le había quitado el sueño.

Ya había visto muchas veces a esa curiosa mujer que, sentada en un taburete, apoyaba su enjuto cuerpo encorvado contra un muro de piedra, y por delante tenía una pequeña mesa de madera sobre la que había una lámpara de queroseno, un mazo de cartas del tarot, una esfera transparente y un cartelito mal escrito a mano que rezaba «Tu futuro por 5.000 liras».

Aunque Antúnez fue con decisión a sentarse frente a la adivina, tuvo un momento de duda y se quedó observándola desde cierta distancia. La mujer, que tenía la cabeza cubierta por un pañuelo negro, levantó la vista, lo miró a los ojos y, con el índice, le hizo señas de que se acercara. Esta vez sin dudar, se sentó frente a la vieja. Estuvieron en silencio unos largos segundos hasta que ella le preguntó qué quería saber.



ESPERANDO LA MUERTE

Era algo que Antúnez no había pensado. Volvió a dudar.
—Quisiera saber si mi futuro va a mejorar.

La mujer, que pareció encogerse de hombros, barajó las cartas y comenzó a darles la vuelta desplegándolas sobre la mesa. El loco, el ermitaño, la estrella y el colgado invertido quedaron expuestas boca arriba.

Romualdo Antúnez se quedó mirando primero las cartas y luego la expresión de la mujer, satisfecho de que no hubiera salido la carta de la muerte.

—Hará un viaje a una tierra lejana, la fortuna en dinero no le sonreirá más de lo que le sonríe ahora, y amores... ¡bah!
—exclamó de forma despectiva la adivina.

Antúnez pensó que había tirado cinco mil liras. De todas formas, amablemente le dio las gracias a la mujer y cuando se marchaba, la vieja, que había tirado otra carta, lo llamó.

—Algo importante.

Él pensó que al final le daría una buena noticia.

—Dígame.

—El 19 de marzo a las once y treinta y seis de la mañana usted va a morir.

En un primer momento Antúnez se quedó petrificado, pero cuando pudo reaccionar, se sentó de nuevo.

—Usted lo dice para que siga aquí y le pague más.

La mujer lo miró con tristeza y ternura.

—No, hombre, no quiero más dinero, pero mi código deontológico me obliga a decir estas cosas.

Antúnez rio al oír esa frase.

—Estamos en mayo, eso quiere decir que me queda un poco menos de un año de vida. ¿Y cómo voy a morir?

—No sé cómo va a morir, pero tampoco puedo ver en qué año va a morir. Solo veo el día y la hora.

—Ahora sí que me deja desconcertado.

La mujer se encogió de hombros, le agarró la mano y lo bendijo.

Pese a su confusión, incertidumbre y algo de miedo, Antúnez le agradeció la sinceridad. Se levantó y casi como si su cuerpo no fuera suyo caminó durante horas sin rumbo por las orillas de los canales venecianos.

Horas más tarde entró en un bar y pidió una grapa.

Analizó la situación y decidió que eso no tenía sentido y que tal vez fuera una invención de la mujer para que pasara más seguido por su consulta callejera. Pero también recordó que le había dicho que no quería más dinero. Antúnez se angustió en un primer momento, pero después de un par de grapas, una pastilla para dormir y horas de sueño, se levantó sereno y con cierto pragmatismo usó el proverbio árabe «será lo que tenga que ser».

El día que su avión estaba por aterrizar en el aeropuerto internacional Pistarini de Buenos Aires, recordó a la vieja: «Hará un viaje a tierras lejanas...» Se estremeció en el asiento, pero volvió a recordar el proverbio árabe.

Si bien habían pasado más de quince años desde que le tiraron las cartas en las calles de Venecia, no olvidaba ni la fecha, ni la hora, ni la costumbre de ir a una plaza a sentarse en un banco a esperar su muerte.

Hubo años en que había llevado libros, otros fumaba tranquilamente, pero la mayoría de las veces simplemente miraba a la gente que pasaba mientras controlaba el reloj. Un minuto después de la hora señalada, suspiraba con alivio y sabía que podía disfrutar de un año más.

La adivina nunca supo cuando murió, pero a Anselmo Antúnez lo encontraron muerto un día soleado de marzo en un banco de la plaza Güemes sobre la una de la tarde. Estaba sonriendo, y en sus manos aun sostenía un libro de Kafka y un cigarro consumido.

*H*ISTORIAS
FINALISTAS
DE 2017

BODA CON RETRASO

Santiago García Domingo

Mi querida Paquita:

Te escribo estas líneas con la esperanza de reforzar nuestra relación. He perdido el móvil. Te diré que tengo poco dinero, apenas el suficiente para el sello de esta carta, por el cual sabrás en qué país me encuentro. Cosa que yo no sé.

En la despedida de soltero mis amigos apuntaron que me darían una sorpresa, yo me figuré que iríamos a Navalcarnero, pero después de diez horas de avión empecé a sospechar que el destino no era ese.

Cada minuto que pasa te echo más de menos, princesa. Mirar el patio a través de una reja me deprime. Los compañeros de celda no me ayudan a soportar el desánimo que me invade. Llora con frecuencia por lo mal que huelen estos tíos.

Dile a tu madre que llame a una ONG de esas que ayudan a todas las personas del mundo con necesidades de apoyo: a ver si hacen una colecta para sacarme de aquí.

Paquita, pienso mucho en ti y en nuestros delicados besos. Quiero ser libre para dedicarte todo mi tiempo, y poder abrazarte hasta el infinito. Dudo que esta gente me suelte sin recompensa. Dile a tu padre que venda el coche. Ellos no tienen ninguna prisa y les trae sin cuidado nuestro amor.

Cuando vuelva a verte quizá tengas uno hijo o dos. Yo te querré igual y también a los niños. Hace unos días me entregaron un papel. Como no sé leer en este idioma se lo di a traducir a otro preso. El escrito decía que estaba casado con una tal Pinocha. Me puse a llorar, y es que este hombre olía peor que los demás.

Después de las resacas todo lo veo con más claridad, en especial cuando me sacan al patio para sacudirme las chinches del chaleco.

De la comida no te quiero hablar, solo te diré que gasto unas tres tallas menos de pantalones, no sé si he adelgazado o me han dado la ropa de otro, aunque lo dudo porque aquí no se cambia nadie y aguantan los harapos, aunque se caigan de pringue. No se lavan nunca la cara, y la tienen más sucia que el rabo de una vaca.

Recuerdo con ilusión los grandes ratos que hemos pasado juntos besándonos bajo un árbol. Cada día estoy más enamorado de ti. Dile a tu padre que venda el coche.

A veces viene a visitarme una mujer que no conozco, dice palabras extrañas que no entiendo. Puede ser la llamada Pinocha.

No trae pan. Me mira raro. Le falta simpatía. Sospecho que en este país las mujeres y el *whisky* son muy rencorosos.

De mis amigos no sé nada, si aparecen por el barrio llama a la Guardia Civil. ¡Vaya despedida de soltero, la que estoy pasando!

Paquita, añoro las lentejas de tu madre, y de cómo sabe coser la mujer. Cuando llegue a tu casa (si es que llego), me tendrá que arreglar toda la ropa. El clima que soportamos es muy duro: aquí hace un frío de novela. Un día sí y otro no, sin miramientos, me pegan una paliza para entrar en calor. Cuando muere algún compañero le quito la chaqueta y así me apaño. Subsisto solamente pensando en tu cariño. Dile a tu padre que venda el coche.

El sol se ha olvidado de nosotros, no lo vemos ni en sueños. Supongo que estamos aquí retenidos, no por capricho, sino porque algo en nuestro subconsciente ha fallado, complicando la historia. Cada vez tengo menos resacas.

Mi amor, cuando llegue a nuestro barrio no sé si me conocerás. Tengo las orejas rojas por los sabañones, el pelo es escaso y se me ha caído algún diente por rebañar huesos de cabra. Perdona que sea sincero contigo y deseo que me perdones por «sacar los pies del tiesto» el día de mi despedida de soltero.

Cariño, mi amor. ¡Cómo te quiero! Pero dile a tu padre que venda el coche.

CONEJOS

Colin Lyne

Cuando una persona está en coma, ¿qué sentirá? ¿Habrá alguna luz tenue que le entre, queriendo corretear por los túneles estrechos y oscuros de su cerebro? ¿O queda suspendida, ocupando inútilmente una cama y los servicios de un hospital?

Estas preguntas las hacemos en el pueblo desde que fuimos noticia hace unos días. Un desgraciado incidente, culpa —según parece— de unos conejos.

Ah, sí... el pueblo. Citero de Francia. Habitantes, dos mil. Situado a orillas de un afluente del río Ebro. A destacar la iglesia del siglo XIV en el centro y el palacio de los Francia en los alrededores... y esa pobre chica: después de todo es una de los nuestros.

—¡Mamá, los zapatos! —repetía Estefanía. Siempre lo más difícil para la novia. Cuando se pensaba que con los detalles del vestido y las flores ultimados estaba casi todo hecho,

surge el problema de los zapatos: el tono adecuado con un estilo no demasiado llamativo. En la revista *El Día Más Feliz* lo habían corroborado el mes pasado; el artículo se titulaba «Los pies: un verdadero *dolor de cabeza* para las novias». Junto con su madre, Pilar, había recorrido las principales zapaterías de la capital varias (parecían decenas) veces. Con tacón medio-alto y en un marfil discreto, a primera vista no tenía por qué ser una compra tan complicada.

—Pídele las llaves a tu hermano.

El coche pertenecía en principio a ambos hijos, pero como suele ocurrir en estos casos, el hermano varón, Ernesto Francia («Junior», como le llamaban desde su año en Minnesota), lo monopolizaba aunque era el más joven. Pilar también conducía, pero prefería que condujera su hija: se manejaba con más confianza por las calles estrechas y abarrotadas de la capital.

—Tengo un presentimiento —dijo Estefanía. El aire acondicionado estaba puesto pero las ventanillas estaban bajadas. Era una manía de su madre.

«¿Te imaginas a Grace Kelly sentada en un coche con las ventanillas subidas?», decía a quién lo cuestionaba. Algo de Grace Kelly tenían las dos: pelo rubio con alguna ayuda del peluquero, aunque la madre con más arrugas que la actriz cuando esta tenía cincuenta años. En cuanto a los varones de la familia los Francia sí salían ganando, según Pilar. Su marido, Alfonso, era alto, apuesto y guapo, mientras Junior —más de lo mismo— dejaba muy atrás a aquel príncipe Alberto con su aire amanerado.

—¿Qué decías? —Su madre, como de costumbre, estaba distraída. Estefanía lo achacaba a que estaba con sus fantasías de ricos y famosos, aunque en realidad estaba concentrándose en la carretera, puesto que su hija siempre conducía demasiado rápido por estas curvas antes de llegar a la nacional.

—Dije que tengo un presentimiento. Hoy encontraremos los zapatos. A la séptima va la vencida.

—¿Seis veces ya que los buscamos? ¡Vaya! —dijo su madre, a la vez que el coche esquivaba un gran bache a la salida de la fábrica de piensos—. ¡Uy! A ver cuando reparan esta carretera.

Vicente Luna pasaba la mañana con la piedra. Restos de obras por la provincia —conocía a gente de tantos años en el tajo y le salía gratis, o casi, un billete pequeño o un par de *whiskies* en el bar La Recta, donde paraban todos.

Un arreglo que había prometido a Charo, su mujer, durante años, y que ahora, recién jubilado, podía hacer en condiciones. La casa era una preciosidad, y no es que lo dijera él, sino todo el mundo que la veía. Pintada en ocre, un gran tendejón y un patio con pozo natural. Al lado, la pequeña finca con frutales donde trabajaba ahora, construyendo un muro de piedra natural que la rodeaba.

Este trabajo era una especie de autoafirmación. La casa era el mundo de él y Charo y el muro el perímetro que lo delimitaba.

Sí, la verdad es que Vicente se sentía tan dueño de sus dominios como podían ser los Francia allá al otro lado del pue-

blo con su palacio y sus viñedos. Muchos aquí les guardaban rencor, pero él creía que eso era más bien una costumbre, un resentimiento adquirido. Él tenía la idea de que realmente no era mala gente: amables las pocas veces que se había cruzado con ellos y, según decían, buenos pagadores.

—¿A dónde vas? —dijo Charo; la pregunta era una redundancia. Después de la comida (patatas con chorizo y huevos de casa, seguido del puchero de café y media soporífica hora de la Vuelta en la tele), ahora en la puerta con la escopeta en mano, ¿adónde iba a ir? Pero ambos tenían sus rituales y después de cuarenta años casados todavía se hacían las preguntas obvias. Igual, si no (y esto era una de sus bromas particulares), nunca se hablarían por la poca falta que hacía.

—Hace buena tarde... a conejos —dijo.

Por herencia, Vicente tenía dos hectáreas separadas de la casa, a medio kilómetro por el camino del monte. Lo de «monte» era un decir, porque realmente era una pequeña elevación de las pocas que había en la zona.

Esta finca lindaba con la LR441, una de las vías que llevaba a la nacional. En la esquina de la finca había una loma donde una colonia de conejos campaba a sus anchas. Habían excavado una verdadera ciudad conejera. La loma estaba agujereada hasta el punto de que parecía imposible mantenerse en pie.

Pero si la conejera de lejos era una ciudad cuyos habitantes bulliciosos entraban y salían de sus casas sin cesar, cuando él se acercaba de repente parecía la capital al amanecer después de las fiestas de San Bernabé.

Conejos ni por asomo.

Puesto que el buen cazador debía armarse de paciencia además de escopeta, Vicente se posó en una rodilla detrás de un zarzal. Al poco tiempo salieron dos gazapos, presa fácil y succulenta para los ratoneros, pero inservibles para la cazuela. Vicente sabía que en seguida saldría una coneja madura a su búsqueda.

—Hazme un favor.

—¿Qué, mamá?

—Un poco más despacio a la vuelta. Es como si siempre tuvieras prisa.

Pilar echó una mirada hacia el asiento de atrás. Allí estaban. Tres cajas. Llevadas por la alegría de conseguir los zapatos de la boda, compraron, cosa rara, dos pares más en la misma tienda: sandalias para la luna de miel y de remate unos D'Orsays ideales para ella misma.

—OK, mamá. Lo que tú digas. —Esto último lo decía Estefanía mucho, pero hoy no iba en serio. Lo repitió, esta vez entre risas—: ¡Lo que tú digas! —Levantó el pie derecho ligeramente. El indicador marcaba 50 ahora.

Pilar comprobó su pelo en el espejo del parasol con una sonrisa.

El cazador tiene que ser decisivo en el momento de avistar a su presa —de cada cuatro balas igual acertaba solo una. Con un jadeo, entre el barro apareció la coneja y el gatillo ya estaba apretado.

Muerta, la coneja se inclinó y quedó inmóvil. Vicente sonrió satisfecho.

Con el segundo animal apenas le dio tiempo a cargar.

—La bala... levanta el puntal... se mueve, el cabrón... eres cazador... no lo pienses...

La bala —Saga calibre 20— llevaba tiempo aguardada en una caja de 24. Segunda estantería del armario: este cerrado con candado siguiendo la normativa. Volvió a ver la luz aquella tarde. Una de dieciocho insertada en el cinturón. Extremo de acero, funda de plástico verde. Arrancada bruscamente por los dedos algo sudorosos de Vicente. Volvió momentáneamente a la oscuridad al ser metida en la cámara. Luego cumplió su cometido, al viajar a 2.400 kilómetros por hora por el aire diáfano de aquel día cálido de septiembre, llegando en 0,35 segundos a impactar con el interior de la puerta delantera izquierda del VW Golf, después de pasar por la ventanilla abierta, atravesar la oreja y la base del cráneo y rozar la parte inferior del lóbulo temporal de Estefanía Francia.

Dos días de interrogatorios. De los calabozos al juzgado, de vuelta a los calabozos. El abogado era de oficio, no conocían a ninguno. El martes Vicente estaba en casa. El lunes Alfonso Francia ya había llamado al fiscal y el decano de los jueces de la capital, conocidos suyos desde hace años.

—Déjalo ya. Si estaba cazando conejos. No hay nada que hacer.

Pilar dormía donde caía. A las dos semanas las raíces de su pelo ya tenían un centímetro de gris. En el hospital dormía

en el suelo, no había manera de levantarla de allí. Cuando la llevaban a casa contra su voluntad se echaba al suelo también. Hablaba, incluso despierta, como si estuviera soñando:

—A 50 no... más rápido... así lo esquivas...

Estefanía, la respiración contenida pero estable; cambios de posición y masajes regulares; lavados y medidas de higiene tres veces al día. En su reunión semanal de aquel viernes los neurólogos ya lo tenían claro: se preveía EVP (estado vegetal persistente).

Vicente pasaba el día delante del televisor con el sonido apagado. Ya no acabaría de rematar el muro de piedra.

Después del incidente los del pueblo cogemos la LR441 con mayor frecuencia. Curiosidad morbosa, supongo, pero todos somos así, ¿no? Pasando la finca de Vicente miramos de reojo, con algún escalofrío al pensar que allí podía estar un hombre dispuesto a encañonar. Pero sabemos que no le volveremos a ver allí.

En octubre el lomo de los conejos se derrumbó a causa de unas lluvias intensas. La tormenta era de una fuerza inusitada en esta zona.

EL ÁRBOL DE LA VIDA

María Teresa Hoya Jiménez

Su sombra gris venía proyectándose sobre la pared del callejón, el sonido de sus pies al arrastrarlos sonaba con una cadencia armoniosa, a veces interrumpida cuando se paraba y levantaba su mano para coger un jazmín de los que escapaban entre el enrejado de la verja. Daniel, después de olerlo, lo ponía en el ojal de su sahariana y pasaba su mano curtida por las buganvillas acariciándolas como si hablara con ellas; todos los días repetía la misma rutina, deteniéndose unos instantes en esta pared que era un auténtico jardín colgante, y que con su olor a jazmín y dama de noche embriagaba a todo el que pasaba por allí.

Al entrar en la plaza ya estaba Rafael esperándole. Su saludo era siempre el mismo:

—Buenos días, señores. ¿Cómo están ustedes hoy?

Ángel, «el revistero», como le llamaban cariñosamente en su entorno social, esperaba todos los días a las diez en punto que aparecieran sus amigos, pues aparte de clientes eran amigos incondicionales; a veces se inquietaba si veía que se retrasaban algunos minutos. Ángel había visto desaparecer a mucha gente

del barrio y cuando alguien moría, lo hacía muy personal, como si se tratara de un familiar suyo. Su mundo se circunscribía al barrio, era todo para él, ni siquiera en los días de intenso frío o extremadamente calurosos había cerrado su kiosco.

—Ángel, ¿qué dice hoy el periódico? —le inquirió Rafael.

—Pues ya ves, pocas cosas, las rotativas con el calor también están en baja.

—Vamos a sentarnos, Daniel. Este árbol cada vez tiene más enormes sus ramas y se está apoderando de la plaza de una forma majestuosa, ha formado un verdadero techo y gracias a eso disfrutamos de este frescor de la mañana; parece como si nos quisiera cobijar debajo.

El alcorque en el centro de la plaza, donde se albergaba el centenario ficus, estaba deformado por las grandes raíces y le daban aún más sensación de poderío, estaba claro que se había hecho el dueño de la plaza y por las noches impresionaba aún más en la oscuridad. En sus ramajes las palomas habían encontrado acomodo, perjudicando a todos cuantos querían disfrutar de la placita, ya que con sus excrementos tenían todo guarreado.

Se dispusieron a hojear el periódico pasando sus hojas con cierta celeridad hasta llegar a las mortuorias, revisaron que no hubiera defunción de alguien conocido y procedieron a arrancar las hojas para cubrir con ellas el banco para no mancharse.

—Hay que ver cómo lo ponen todo las palomas —comentó Ángel—, el Ayuntamiento debería tomar alguna medida.

Entre los dos iban comentando las distintas noticias

y banalidades, y a su vez Ángel también participaba en las disertaciones desde su quiosco. A veces, por alguna noticia derivaban a otros temas realmente interesantes, debido a su saber y experiencias profesionales.

—Hoy dicen que el alcalde inaugura un centro de mayores, Rafael. ¿Tú que preferirías: una asistencia en tu casa o irte a una de estas residencias atendidas?

—Daniel, ya lo hemos hablado muchas veces, no me tienes, hoy no están las cosas para ese tema. Mi hija, anoche, la oí que se quejaba de lo duro que era su trabajo, todo el día fuera de casa, los niños, yo... En fin, que esta noche entre el calor y el tema no he pegado ojo.

—Vaya, lo siento, Rafael.

Cuando ya tenían medio periódico leído, apareció el otro contertulio. Él era más quisquilloso, siempre buscaba un motivo de discusión sobre cualquier tema.

—Mira, Daniel, ya llega el Galeno.

Así le llamaban con cierta ironía cariñosa entre ellos. Tomás había sido médico toda su vida en un pueblo de la provincia y al jubilarse decidió venirse a la ciudad para así poder disfrutar de todo lo que se había privado debido a su profesión, aunque ya un poco a destiempo para ciertos menesteres. Tomás parecía sacado de una estampa cubana, con su guayabera y su sombrero panamá impecable.

—Hoy hay pocos muertos, Tomás, así que arranca la hoja de la bolsa, que esa tampoco nos interesa, y ponla para sentarte. Las palomas tienen los bancos tan asquerosos que no hay donde

poner las posaderas. A nosotros, con que no nos dejen de pagar las pensiones, lo del *brexít* o si sube o baja el euríbor nos da igual.

—Miren, ya viene Rosita para hacer sus mandados.

Ella todos los días, al pasar por la plaza, deparaba con ellos un rato, y según iba acercándose, les saludaba con un contoneo que provocaba graciosamente, para que le dijeran cualquier piropo o chascarrillo.

—¡Buenos días! —exclamó con su musical voz—. ¿Cómo están hoy mis amigos? Ya veo que ustedes tan guapos y oliendo a jazmines a pesar del calor —y se agachaba intencionadamente simulando cualquier cosa para que se asomaran al balcón de sus turgentes pechos—. Bueno, voy deprisa que don Juan está poco bueno y no puedo dejarlo mucho tiempo solo.

Entonces Tomás, lanzando un suspiro y entre dientes, murmuró:

—¿Cómo podrá ponerse malo don Juan teniendo esta inyección de vitalidad en casa?

—Pues a lo mejor es una estrategia para tenerla para él solo y no compartirla con nadie —apuntilló Daniel.

Rosita siempre pensó que no hacía mal a nadie con darles coba, sino todo lo contrario, se sentía en la obligación de charlar con ellos todos los días, solo por verlos sonreír. Ella era todo dulzor con las personas mayores.

Pasaron los años y en otoño, cuando las hojas llenan la plaza, apareció un día triste con un sol tenue, que hacía que la luz fuera grisácea, más bien un día caprichoso de esos que no saben por dónde despuntar. Apenas entraba el sol en el

callejón, lo que hacía que su sombra fuera tenue y débil, semejándose a su propia vida; con andar lento y con gran dificultad, apenas podía alcanzar la plaza.

—Ángel, dame un cartón para sentarme. La prensa ya no me interesa, además no quiero ver las esquelas de Rafael y Juan en su aniversario. ¿Qué será de Tomás?

—Tomás, desde que su hijo vino a buscarlo para llevárselo a vivir con él al pueblo donde le habían destinado, no se supo más. ¡Cómo ha cambiado todo! —suspiró Daniel.

Ángel había recibido una notificación del Ayuntamiento en la que le instaban a desubicar su quiosco de la plaza por motivos de su remodelación y mejoras para el bien común, según ponía en el escrito. La verdad, no sabía cómo comunicárselo a su amigo para que le hiciera el menor daño posible.

—Ángel, pienso que tu negocio se está quedando obsoleto. La gente usa nuevas tecnologías para informarse; o diversificas tu negocio o acabarás cerrándolo.

Entonces fue cuando Ángel creyó que era el momento de decirle a Daniel lo de la notificación. Se lo adornó diciendo que el cierre sería hasta que la plaza estuviera arreglada.

Las obras de la plaza empezaron y fueron tragándose todos los recuerdos y vivencias que habían anidado en ella. Daniel, al principio, siguió la obra con gran interés, pero poco a poco comprendió que allí estaban cambiando demasiadas cosas y la plaza iba perdiendo su identidad, hasta que una mañana vio cómo una gran excavadora arrancaba su gran árbol, ese árbol que los había resguardado tantas veces del

calor y que si hubiera podido hablar habría contado mil y unas experiencias de unas vidas llenas de sabiduría. Sus raíces retorcidas luchaban con la excavadora, pareciendo como si tuvieran vida y se resistieran a abandonar lo que era suyo.

—Ves, Ángel, en la vida echamos raíces igual que el árbol, y más enraizadas quizás. Tenemos un gran bagaje familiar, material, etc., que nos resistimos a abandonar, pero cuando llega el momento nos pasa como al árbol: quieras o no te arrancan de la vida y se acaba todo.

Su deterioro se fue haciendo cada vez más evidente, marcado además por la triste ausencia de sus amigos. Poco a poco, sus piernas fueron negándose a salir, o quizás fuera su cabeza la que no las dejaba moverse. Los días se acortaban para él y ya no encontraba ninguna justificación a su existencia. Ángel, ya libre de toda obligación, decidió que lo que mejor podía hacer por su amigo, aquel que tantos años le había dado compañía, era ir a su casa todos los días para charlar con él y comentar la actualidad. Ángel nunca le volvió a hacer ningún comentario sobre la plaza y ni él le preguntaba, era como si quisiera eludir cualquier recuerdo del pasado. Sus ojos vidriosos se limitaban a mirarlo fijamente y siempre le repetía lo mismo:

—Mis raíces ya no pueden con mi tronco y creo que está llegando el momento de no resistirme.

Un día primaveral fue inaugurada la plaza con nuevas instalaciones y con accesos a un gran aparcamiento. Ninguno de los que la frecuentaban asiduamente en otro tiempo estaban para acudir a su inauguración, ni tan siquiera aquellas palomas...

EL FIN

Juan Antonio Martínez López

Justo un momento antes de apagar la luz, me di cuenta de que aquella noche no iba a ser una noche cualquiera. No era por el cansancio de los cuatro reportajes que había realizado a lo largo del día, ni tampoco por los efluvios de las cinco copas de brandi a los cuales ya estaba demasiado acostumbrado. Era el silencio. Un silencio al que colaboraba la extraña quietud del sauce que estaba bajo mi ventana. Rufo, mi viejo caniche, también lo percibía y estaba enroscado y vigilante bajo la cama justo al lado de mis deportivas. Con un beso imaginario me despedí de Katy, que salía sonriente del agua con su bikini generoso y estaba enmarcada en la pared con bordecito verde y cristal antirreflectante. Lo hacía todos los días desde que tomé aquella foto en las playas de Tampa, cuando empezaba yo a ser reportero gráfico de renombre.

Acababa de cerrar los ojos cuando un fuerte estrépito me sobresaltó. Al encender la lamparita pude ver que el cuadro de

Katy estaba en el suelo hecho añicos, y en su lugar la pared lucía una grieta considerable del techo al suelo. Y de pronto el ruido: un estruendo ronco que parecía venir de los pisos de abajo o quizás de la calle, o más abajo todavía, de la entraña de la tierra. ¡Otro terremoto! ¡Y este es de los fuertes! De un salto me coloqué los descoloridos vaqueros, la camisa usada del día anterior y las playeras que custodiaba Rufo, que me miraba espantado esperando a qué iba yo a hacer. Al vuelo recogí mi vieja compañera Nikon y tres películas de carga que tenía sobre la mesa; ¿podría ser este el reportaje de mi vida? El estruendo subía de tono y el piso parecía ceder por momentos, por lo que, sin más, me lancé a la calle seguido por un Rufo cada vez más tembloroso.

La escalera de los apartamentos era un desfile surrealista de vecinos que atropelladamente querían alcanzar la salida. Ayer más o menos elegantes, lucían hoy sus ropas íntimas, sus pelos desgredados y sus cremas de noche, como actores de una comedia bufa, con las prisas del terror en sus caras. El portero, sargento jubilado de la Guardia Nacional, había aprovechado la ocasión para calarse su gorra militar, y en calzoncillos intentaba dar órdenes que nadie escuchaba.

La calle ofrecía un espectáculo dantesco. El asfalto se había desgarrado a lo largo de esta y del fondo salían extraños humos. «¡Es el gas, es un escape de gas, apártense!», gritaba el sargento. A su orden respondió la grieta abriéndose unos cinco metros y enseñando un fondo de algo incandescente y burbujeante casi a ras de suelo. Muchos cayeron sorprendidos en tan cruel infierno y otros se sujetaban como podían a los bordes del abismo. Con

otro estrépito, la grieta volvió a cerrarse dejando atrapados a aquellos que querían escapar. Por el objetivo de la Nikon podía ver los cuerpos mutilados, algunos cercenados por su mitad, mientras se oían gritos de dolor, angustia y muerte. Junto a Rufo, desconcertado y mordiéndome el pantalón, se hincaba de rodillas el reverendo Watson, murmurando: «No, no es el gas, arrepentíos porque es la mano izquierda de Dios, es... el fin».

Empezaron a arder y derrumbarse hechos trizas varios edificios vecinos, y las alcantarillas vomitaban un humo rojizo y ocasionalmente lenguas de fuego. La gente, enloquecida, corría sin rumbo fijo, unos hacia la iglesia presbiteriana, el edificio más alto y sólido de la ciudad, otros hacia la plaza del consistorio, la mayoría sin saber adónde. La plaza mayor no existía y en su lugar había un inmenso cráter que había engullido el gran quiosco, los árboles, automóviles y sin duda cientos de personas. De pronto me di cuenta de que estábamos solos mi cámara y yo. Los que no habían muerto debían haber huido, pues no se oían gritos, solo el crepitar de las llamas y algún estrepitoso derrumbe. Hasta Rufo me había abandonado, quizá escondido entre alguna ruina o percido con los demás. Por aquí y por allá había bocas de fuego abiertas en el suelo, como crueles chimeneas de un averno que se presume cercano. Subí por el bulevar central y, junto a una farola que aún permanecía en pie, tropecé con el cuerpo de una mujer joven que me tendió una mano suplicante balbuceando algo que no entendí. Su mitad inferior había desaparecido, convirtiendo su cintura en una masa sanguinolenta. Más arriba dos niños estaban abrazados con los ojos

muy abiertos. Sus cuerpecitos estaban intactos, seguramente los había matado el terror. Ante una montaña de cadáveres en las posturas más grotescas, la Nikon no descansaba. Ni ella ni yo habíamos visto nunca nada semejante. Si sobrevivía, tenía en ella el reportaje del año, del siglo. De inmediato me avergoncé de mi codicia ante semejante hecatombe.

Tras dos estrepitosas sacudidas, pareció que todo había quedado en silencio. Un silencio de tumba. Hasta ahora no había percibido el olor: un olor a materia quemada, a carnes chamuscadas, a azufre, a vómitos, a muerte. De pronto empezó a resonar en mi cabeza un cántico religioso que aprendí en mi niñez y que no había vuelto a escuchar, seguramente porque no había vuelto a la iglesia. Parecía que venía del templo presbiteriano, que parecía intacto y solamente iluminado por el resplandor tétrico de los edificios que ardían frente a él. Bajo el arco ovalado abrí el portón y me quedé petrificado por el espectáculo: mil velas encendidas iluminaban a los supervivientes, que se acurrucaban en los bancos de madera. El reverendo Watson gritaba rabiosamente: «¡Arrepentíos, hermanos! El fin está aquí. Dios castiga nuestros pecados y solo nos falta su perdón... ¡es el fin!». Distinguí a la señora Percey, la arisca dueña del colmado, abrazada fuertemente a su sirvienta negra. Los maltratos de ayer se han convertido hoy en caricias. El juez Douglas escondía sus lágrimas en el hombro de un conocido vagabundo borrachín, al que a menudo ordenó encarcelar. El rico se refugiaba junto al pobre, el amo junto al criado, el usurero junto al que le debía. La muerte cercana une sin duda a los hombres, ya que a todos iguala.

Un temblor superior a los demás hizo temblar el templo, que se desplomó por completo sobre la gente como un castillo de naipes de piedra y polvo. Milagrosamente el arco donde estaba se salvó y podía oír los ayes, gritos y lamentos, y después... el silencio.

La calle estaba desierta, estaba solo, terriblemente solo. Había como una espesa niebla muy oscura. Miré hacia arriba y en el cielo negro de polvo y humo vi con estupor tres letras dibujadas en sangre y en fuego: END (el fin). El ruido del motor al rebobinar me avisó de que acababa de disparar la última placa.

El dolor de cabeza me decía que no había dormido bien, con pesadillas que ya no recuerdo. Lucía el sol, pero el viento hacía rozar las ramas del sauce junto a mi ventana. Echando una ojeada vi que la calle estaba tranquila, todo normal. En el colmado de enfrente la señora Percey insultaba y amenazaba como siempre a su negra sirvienta. El juez Douglas se cruzaba con un borrachín vagabundo que miraba para otro lado. Katy, con su bikini, me sonreía desde la pared y Rufo me saludaba moviendo las orejas como cada mañana; sus lanas blancas estaban algo ennegrecidas: tenía que lavar hoy sin falta a ese perro. Sobre la mesa estaba la Nikon y tres carretes fuera de su caja. Seguramente los había utilizado también en los reportajes, aunque no lo recordaba muy bien. Por si acaso los llevé al cuarto oscuro. No hubo suerte: la cubeta de revelado me dio todos los positivos en blanco completamente velados. Curiosamente, en el último se podían ver tres letras rojas algo difuminadas: «END». Algún fallo de la película. Tenía que cambiar de fabricante.

EL TRATO DE LOS SIGLOS

Eduardo Barcelona Otal

Me quedé con la boca abierta cuando en el Museo Romano de Mérida descubrí mi propia imagen en un busto milenario.

Fue en un viaje de unos pocos días a Extremadura, que había podido sacar del trabajo, para tratar de superar el estado de deterioro nervioso en el que me encontraba últimamente.

Elena, conocedora de mi situación, aprovechó también unos moscosos y así, casi sin pensarlo, pusimos el Tomtom rumbo al oeste.

Era una magnífica escultura de mármol bastante bien conservada a pesar del trato de los siglos, con la típica pequeña mutilación en la punta de la nariz, pero esculpida de forma muy cuidadosa con cantidad de detalles del personaje al que imagino satisfecho y bien dispuesto a recompensar al artista.

Diría por el aspecto que podría ser un patricio rico, agricultor y terrateniente, recolector de grandes cosechas

de cereal que, como nos cuentan, bien pudieran llegar hasta Roma, o por qué no, el de un político, *maior urbis*, promotor de acueductos y obras públicas, hombre honorable, benefactor y merecedor de ser recordado por sus conciudadanos para la posteridad.

Lo del parecido conmigo me resultaba difícil de entender a pesar de aquel dicho popular de que todos tenemos un doble.

En este caso el individuo del busto representaba una edad algo mayor que la mía. Como no soy buen fisionomista, no podría definir con exactitud cuáles eran los detalles del parecido, pero sin embargo vi una cosa que me dejó atónito. La verruga que tengo en la mejilla derecha juraría que aparece también en la escultura como una ligera protuberancia, aunque caprichosamente en la mejilla izquierda.

Por exagerar me atrevería a decir que, llenándole las cuencas vacías de los ojos, arreglándole la nariz y con unas gafas, su foto casi me serviría para el carné de identidad.

Mi mujer se partía de risa y no dejaba de lanzarme bromas y puyas sobre mi edad, al mismo tiempo que me hacía posar con mi sosia en un sinfín de fotografías desde todos los ángulos, y con todas las caras de chiste que se me ocurrían.

La gente que visitaba el museo y que pasaba por nuestro lado, animada por el jolgorio de las risas de Elena y mis comedias, se percató del curioso parecido y, contagiada también por lo chusco del caso, se puso a hacer todo tipo de comentarios jocosos. El nivel de jaleo y ruido subió hasta el punto de que un vigilante del museo tuvo que llamarnos la atención para

reestablecer ese silencio aséptico que se supone debe haber en todos estos sepulcros del pasado.

Podría pensarse que el incidente fue una mera anécdota en unos días de vacaciones donde suceden historias y situaciones graciosas, que son luego la munición para contar a los amigos. Sin embargo, a pesar de todo el jolgorio que nos corrimos a costa de la marmórea figura, una cierta sensación de inquietud me rondaba por el cuerpo.

Dormí mal esa noche. Di muchas vueltas en la cama. Soñé que llevaba mi cabeza cortada entre las manos y, luego de hacerla piedra por medio de un haz de rayos cósmicos, colocarla en un pedestal para exhibirla a todo el que pasara. Me desperté inquieto, bebí un vaso de agua y de nuevo al dormir me vino la misma película, como si continuara en la tele después de los anuncios.

No era precisamente dormir mal lo deseable en estos días de asueto, a los que se pide que actúen como una ducha limpiadora de la suciedad que se nos pega en la tensión del día a día.

Las sucesivas dilaciones y pruebas en la puesta en marcha de los generadores electromagnéticos gigantes del CESIC que nos permitirían mantener encerrada la energía obtenida de una fusión atómica me tenían supertenso, por lo que apenas me dejaban dormir y descansar. Disponer de energía abundante, barata y no contaminante, era un tema tan importante para el futuro de la humanidad que la responsabilidad del éxito o del fracaso podía ser demoledora para los implicados en el proyecto.

Sin embargo, en un terreno de experimentación virgen como este, teníamos la sensación de que algo sin control podía aparecer en cualquier momento. Eso para un científico, acostumbrado a clasificar, entender y explicar los fenómenos, era preocupante, pero ya habían empezado a ocurrir cosas que no sabíamos cómo interpretarlas.

Un día sucedió que alguien de nosotros se dejó olvidado un paraguas en la sala de magnetrones y, al ir a recogerlo después de las pruebas, no estaba. Su dueño pensó que tal vez lo había dejado en otro sitio y la cosa pasó sin más.

Otra vez fue la fregona de la mujer de la limpieza, que por sus prisas la dejó allí abandonada en vez de guardarla en su sitio, y no supimos más de ella.

Estos y otros pequeños incidentes que sucedieron a lo largo de los habituales experimentos nos producían cierta perplejidad, aunque podían ser entendidos como hechos naturales fortuitos. Sin embargo, ocurrió algo que aclaró el misterio y que nos dejó, como científicos, asombrados y confundidos, y como personas, acojonados.

Fue durante un día de tantos, un día más de pruebas en el que, según el plan previamente establecido, teníamos que elevar un grado el nivel de potencia electromagnética de nuestros generadores. Se había establecido en el protocolo que en esta fase de la investigación se requería la presencia de un ser vivo, un mamífero, en la sala, para conocer cómo podría afectarle los efectos del magnetismo.

Se eligió una gata, un animal muy dócil a la que, instalada en una especie de jaula, conectaron toda clase de sensores en partes vitales para vigilar sus reacciones desde el acristalado centro de control donde nos encontrábamos.

Empezó la sesión y todo se desarrollaba con normalidad. Los magnetrones comenzaron a trabajar al compás de la potencia que se les suministraba, según lo que ya se conocía de pruebas anteriores. El animal ofrecía una cierta resistencia a esa energía invisible, que se notaba por un incremento de su frecuencia cardíaca y tensión arterial. Sin embargo, no era preocupante.

Llegó el momento de dar el salto energético programado, y es entonces cuando las máquinas mostraron un efecto hasta entonces desconocido. Unas fulguraciones luminosas recorrieron el recinto con tal intensidad que nos cegaron momentáneamente, para luego desvanecerse.

Cuando recuperamos la visión, la gata y la jaula habían desaparecido.

Todos sabemos que los congresos, de cualquier tipo que sean, se componen de una parte seria y otra lúdica. La seria es por la mañana y por la tarde «el congreso se divierte».

Este XVI Congreso de Física Aplicada celebrado en Cáceres me permitió hacer de nuevo una visita a Mérida. Esta vez para entrevistarme con el profesor Hernández, arqueólogo y descubridor de gran parte de los tesoros que se muestran en el Museo Romano.

Disponía de poco tiempo, por lo que apenas tras las presentaciones le planteé inmediatamente el motivo de mi visita.

Le expuse mi extrañeza no exenta de inquietud ante la semejanza del busto exhibido en la galería superior del museo, con mi propia imagen. Quería saber algo más sobre el mismo. Si recordaba alguna circunstancia en su descubrimiento que se saliese de lo normal.

El profesor me dijo que, aunque el hallazgo se produjo hace muchos años, al principio de su carrera como arqueólogo de campo, la pieza se encontró en un conjunto de ruinas con las que un agricultor al arar había tropezado. Aquello debió de ser una villa, situada algo alejada de la ciudad y posiblemente dedicada a la agricultura y ganadería.

Me indicó que en ese lugar se habían encontrado también otros objetos, pero al no ser tan relevantes no se exponían en el museo y estaban en los sótanos, guardados.

Era evidente el nerviosismo en mi cara y manos cuando le rogué que, por favor, me los enseñara.

Allí estaban reunidos multitud de enseres de cerámica y hierro, que debían de formar parte del mobiliario y los aperos de labranza de la villa. Había también alguna arma de hierro oxidada y, junto a todo ello, una especie de tubos también de hierro, huecos, uno de los cuales, más corto, estaba relativamente bien conservado, y el otro, estrecho y de mayor longitud, muy deteriorado, terminaba en una especie de gancho o gatillo articulado. Pequeñas piezas y trocitos de cristal, algunos de ellos incluso tallados en forma lenticular, estaban agrupados en un montoncito.

Pero lo más impactante fue el objeto que tuvo la amabilidad de enseñarme el profesor Hernández. Una pieza exquisita, extremadamente delicada y valiosa, envuelta en un plástico acolchado. Una pintura en madera de unos treinta por cuarenta centímetros, única, que no figuraba en la exposición porque era tan frágil que peligraría su integridad.

Al descubrirla, después de destaparla con mimo, casi me da un vuelco el corazón cuando en esa tabla, que apenas se mantenía entera a lo largo de los siglos, pude ver pintado, casi desvaído pero reconocible, el retrato de Elena, el mismo que llevo en mi cartera.

Acabamos de salir del notario después de poner mis asuntos en regla.

El lunes pasado fuimos a un banco de semen.

Elena se encuentra muy preocupada por este giro repentino de mi forma habitual de ser y de proceder. Quiere saber qué sucede, pero la engaño diciendo que no pasa nada, que es la típica conducta de un científico precavido en la que prima la idea del orden y la organización.

Barrunta, entre sollozos, que nuestro futuro juntos puede tener un próximo final y es esto mismo lo que pienso yo también, especialmente cada mañana.

Al despedirme de ella para ir al trabajo, la abrazo con tanto cariño que cualquiera pensaría que ese día podría ser el último.

EMPEZAR DE ABUELA

Teresa Santiago González de Garibay

Ricardo roncaba en el sofá. Elisa le dio un codazo y subió el volumen del televisor. Él se espabiló, estiró los brazos y dio un enorme bostezo.

—Uh, me he dormido.

—¿Te sorprende? Si siempre haces lo mismo.

—No sé por qué te molesta.

—Roncas y no me dejas oír el programa.

—Para las tonterías que ves...

—Son mi única compañía —añadió Elisa sin dejar de mirar la tele.

Ricardo miró con desprecio a su mujer. Tanteó con los pies hasta dar con la zapatilla. Se tambaleó ligeramente hasta lograr incorporarse. Luego, con paso lento y sin perder el equilibrio, enfiló el pasillo hasta la habitación y se dejó caer desplomado en la cama.

Elisa permaneció inmóvil con la mirada fija en el televisor. Repetían el programa especial de fin de año. Quizá en esto tenía razón su marido. La despedida de 2014 era igual de mala o peor que la de años anteriores. Era imposible evadirse con aquel bodrio. Ella apartó la mirada, hizo un recorrido visual por el salón hasta detenerse en la botella vacía. Era la misma estampa de cada día. No importaba que fuera Año Nuevo u otro día cualquiera. Ricardo no necesitaba excusa para acabar el litro del tirón. ¿Qué había sido de su vida? ¿Dónde se perdieron aquellas caricias? Si él siempre había sido el mismo. Fue ella la tonta que no quiso verlo. Se construyó un mundo inventado que nunca había existido. Lo vio con claridad. Siempre había disculpado sus excesos. «Hoy es un día especial, necesita desahogarse un poco, no todo es trabajo». No había nada especial. Los días para bañar en alcohol eran diarios. Estaba negando lo evidente, su marido era un alcohólico.

El móvil sonó. Elisa se precipitó sobre él.

—Helena, ¿qué pasa?

—Mamá, he roto aguas, vamos al hospital.

—Pero ¡si te falta casi un mes!

—El baile de fin de año ha debido acelerar el proceso.

—¡Qué disparate, en tu estado! Ya te lo dije que no estabas para fiestas.

—¿Qué quieres, que me recluya en casa como tú? La vida sigue, es solo un parto.

—Tienes razón, enseguida me pongo en camino.

—Tranquila, mamá, ya te irá avisando Vicente de cómo va el asunto.

—No me quiero perder la llegada de mi nieto. Besos.

Elisa se levantó rápido. Sin preocuparse del ruido, hizo la maleta con algo de ropa. Buscó un folio y un boli y escribió con decisión: «Ricardo, me voy con Helena. El niño está en camino y yo quiero el divorcio.»

Dejó el mensaje sobre la mesita de noche. Miró con ternura a Ricardo. Se acercó para besarle, pero el vaho de alcohol reconcentrado la hizo retroceder. Sin volver la vista atrás abandonó la habitación. Arrastró la maleta por el pasillo. Se detuvo para coger el anorak del perchero junto a la puerta. Se lo puso, cerró la puerta de golpe y llamó al ascensor.

LA AGUJA

M.^a Asunción Cívicos Suárez

Hace una hora que se quedó frito y ahí sigue, durmiendo una de sus largas siestas. Y aquí sigo yo, dale que te pego a la calceta, tejiendo la segunda mantita para la cuna de nuestra nieta Irene. Atenta, como siempre, para que tenga su camisa a punto y la cena en la mesa cuando llega del despacho. Acomodo su pierna escayolada hasta la ingle, para ahorrarle dolores y molestias evitables.

Duerme como si tuviera la conciencia tranquila. ¿O es que la conciencia masculina tiene particularidades que la hacen diferente de la nuestra? Nunca entendí eso, pero algo debe haber. A propósito del asunto, tengo que decirle a mi hija —ella que sabe de estas cosas— que lo mire en internet, a ver si hay alguna explicación científica. A mí se me escapa. Más de treinta años casados, demasiado tiempo con un infiel, desleal confeso y pillado en faena. A perdón por año de matrimonio, llevo contabilizados. Y aquí sigo,

¡enamorada hasta las plaquetas de este imberbe que a veces me saca de quicio, la verdad!

No entiendo por qué sigo con él. No sé bien por qué lo hago. ¿Por nuestros hijos? ¿Por la hipoteca del apartamento en la playa? ¿Por presión familiar y social? Porque ¿dónde voy a ir a estas alturas de mi vida que esté mejor? ¿Por amor o... por miedo?

Desde que tuvo el accidente se repiten las llamadas. Sé que es ella; llama tres veces y cuelga. Por la mañana, a mediodía, por la tarde... Me pongo en su piel, que huele a desesperación y a interrogante. Es curioso, pero hace tiempo que mis celos dieron paso a una especie de conmiseración y complicidad femenina. Por raro que suene, entiendo su sufrir y no me alegra. El coche quedó destrozado y el móvil de Ernesto, atrapado entre la chatarra irrecuperable de su Mercedes. Después de todo, tuvo suerte, el cabronazo. He pensado tantas veces en el alivio que supondría su muerte que me asusto.

No sé si lo amo o lo odio. Nunca como ahora lo vi tan indefenso, tan asustado por encontrarse, tan de cerca, con la muerte. ¡Ahora para mí sería tan fácil! Saco la aguja del cuadrado de manta que tejo, con delicadeza, los puntos quedan atrapados en el imperdible especial para frenar el destejido. Es una aguja larga y fina, del número 1. Ya la tengo fuera, la levanto a la altura de mis ojos, la miro, observo cómo mi brazo la levanta aún más y la dirige hacia el cuerpo dormido, ausente, que se mueve y, por un momento, acompaña a una mueca de dolor.

Acerco la aguja a su ingle, la introduzco en el fino espacio que separa el rígido material de su piel enrojecida y tan llena de picores, que le abren sus ojos verdemar, en un sobresalto. Le rasco con suavidad y firmeza.

—Buenas tardes, cariño. ¿Has descansado?

LA GALERÍA DE ARTE

Carles Salvador Sales

Voy a la galería de arte de Luisa Hurtado, una buena amiga que conozco desde hace años. Esta semana inaugura una exposición del pintor Josep Pons, un artista emergente que empieza a tener cierto reconocimiento y cuya obra desconozco completamente.

Saludo a Luisa y ella me deja a continuación para atender a un posible comprador. Este es un negocio difícil y muy incierto.

Los cuadros expuestos son, básicamente, paisajes rurales con bosques, praderas y campos de cultivo pintados con tonos luminosos y potentes, con pinceladas vigorosas y trazo seguro.

Todos los cuadros tienen un magnetismo especial que me hace olvidar dónde estoy y que he venido a escribir una crítica de la exposición. En el ambiente, una música suave y relajante ayuda a incrementar mi lasitud.

Llego al fondo de la sala, estoy solo, un cuadro inmenso me contempla desde la pared donde solo hay una única pintu-

ra. Me acerco lentamente escrutándolo atentamente con ojos inquisitivos, tiene un magnetismo especial, de hecho, pienso que tiene una fuerza inaudita.

Es un paisaje rural con un campo de avena listo para la siega, atravesado por un camino que se aleja del espectador, dirigiéndose a un punto más allá del espacio infinito.

Me acerco al cuadro lentamente, sus dimensiones exageradas hacen que mi campo visual quede atrapado. Una fuerza irresistible me empuja a tocarlo, a buscar la textura de su pincelada, acerco la mano, un dedo, intento tocarlo y no puedo, el dedo, la mano, se hunden dentro del cuadro. Miro hacia atrás, estoy solo, ¿he roto el cuadro?

¿Qué puedo hacer? No puedo echarme atrás, no veo la mano, mi brazo se desliza y yo lo sigo poco a poco, adentrándome paulatinamente en el paisaje siguiendo una fuerza desconocida que me hace seguir, seguir adelante.

Ahora todo yo estoy dentro del cuadro. «Esto no puede ser», me digo a mí mismo, pero a mis pies y ante mí tengo el camino bordeado de campos de avena a punto para la siega. Una brisa ligera y un sol de mediodía, luminoso y resplandeciente, confieren al paisaje una frescura insólita, ando, ando y no puedo parar, recuerdo vagamente una galería de arte, un pasado remoto, un mundo escurridizo. Ando, ando y me siento libre...

Barcelona, 10 de mayo de 2017

LA VANGUARDIA

Últimas noticias:

Según datos de la policía todavía no se tienen noticias del desaparecido crítico de arte Lorenzo Comas. La última vez que se le vio fue en la sala de exposiciones de la galerista Luisa Hurtado hace ya una semana. Hoy por hoy no se tienen hipótesis plausibles sobre su desaparición. La familia está destrozada, temiendo lo peor. Se solicita, si alguien lo ha visto últimamente, lo comunique a la comisaría más cercana.

LA HUIDA

Blanca Renzi Abril

Estoy mareada, todo me da vueltas, si no me siento ahora mismo caeré en medio de la multitud. No tengo claro cómo he llegado hasta aquí. Sé que he cogido un taxi y le he pedido que me dejara en la puerta de los almacenes. ¿Por qué no he entrado? ¡Qué fea es toda esta gente que me rodea! Tengo que sentarme y en estas horribles calles comerciales no hay donde hacerlo, están diseñadas para no parar, para comprar, comprar, comprar todo lo que nuestros menguados bolsillos nos permitan. Ahí, en ese bar entraré, me sentaré y volveré a sentirme bien. Control... Sí, el control es lo más importante.

Me llamo María, tengo cincuenta años, dos hijos y un marido que se llama Pedro. ¿Eh? ¿Ah? Sí, perdone, un café con leche, con sacarina, por favor. Mis padres viven en Soria, allí nací, mi hermana se llama Leo, diminutivo de Leonor, y es mayor que yo. Sí... quizá podría volver a Soria..., no, no,

qué estupidez, hay demasiadas tiendas de lapidarios allí y solo fui feliz hasta los diecisiete años; luego empecé a ahogarme a pensar cómo salir de mi casa... Igual que ahora.

¿Qué más? ¿Qué más? Recuerda todo lo que puedas. Peso cincuenta y seis kilos y en mi cuenta corriente tengo cinco mil quinientos euros. Pero ¡por Dios! ¿Cómo se llama mi banco? Sé que tiene la fachada pintada de un azul turquesa que pretende sugerir el mar, como si quisieran decirte que entrando allí vas a flotar, a relajarte, pero no me acuerdo de su maldito nombre.

Estoy sudando, quizá debería haber pedido algo fresco, da igual, lo importante es pensar, recordar más cosas.

Mi mejor amiga es Sagrario, compañera en el hospital. Gracias. ¿Qué te debo? ¿Cómo? Sí, sí, estoy bien, gracias. Debo tener mala pinta, porque el camarero me ha mirado con preocupación. Tiene una cara simpática, debe ser muy joven, más o menos de la edad de Pedro. Pedro, mi hijo. Yo no quería que se llamara Pedro, me parecía muy tonto eso de llamarle como su padre, pero mi suegra daba la lata y me pareció que no valía la pena entrar en guerra con ella.

No ha salido mal, mi hijo, es bueno y cariñoso. Marta... bueno, ella es otra cosa, ella va a lo suyo, y me juzga, siempre me está juzgando. Tengo un agujero en el estómago, no, más abajo, más cerca del vientre. Seguro que es un agujero negro y profundo como los del espacio, vacío, muy vacío. Tengo que llenarlo con todo lo que recuerde. Si consigo llenarlo me encontraré mejor.

Control, sobre todo no puedo llorar aquí, este bar está lleno de gente que habla muy alto, hablan sin mirarme, no existo para ellos, pero si hago algo raro, algo que no sea apropiado hacer aquí, quizá me pregunten algo como el camarero. Control.

Vivo en la misma casa desde que nos casamos. Nos costó muchos años amortizar la hipoteca, sí, nos privamos de muchas cosas, pero ya se acabó. No debemos nada. A ver, ¿cuánto mido? Sí, un metro sesenta y seis... no, no estoy segura, hace mucho que no me mido y dicen que se mengua con la edad. Estaría bien ir menguando tanto que pudiéramos entrar y diluirnos en el útero materno otra vez. Dios, ¡qué estupideces se me ocurren! Creo que tengo ganas de vomitar, no, no, no, voy a recordar.

Nunca aprendí a conducir, me daba miedo que el coche tomara sus propias decisiones y que yo no pudiera controlar su rumbo. Siempre me sorprende que tanta gente conduzca al mismo tiempo por una carretera y sus coches les obedezcan. Voy a ir al baño, necesito lavarme la cara. Ahora me encuentro mejor, pero tengo una pinta horrible; bueno, da igual, nadie va a mirarme, hace tiempo que solo me miran con atención los pacientes, aunque mejor diría que me miran expectantes de consuelo. Seguro que no saben ni de qué color tengo los ojos, ellos miran más adentro buscando respuestas. Y ¿yo cómo los miro? A veces solo los reconozco por la medicación que toman. ¡Claro... Martín! El de la neumonía. Pero ya no me conmueven. Aunque soy amable, eso sí, eso no cuesta mucho.

Algunos, cuando les dan el alta, me regalan plantas que han recibido y me dan un beso. Yo nunca me las llevo a casa, sería como trasladar la enfermedad y el dolor a mi salón.

Por favor, tráeme un botellín de agua fría. Bueno, vamos a ver... Tengo que decidir qué hago ahora, controlar esta situación. Cuando me acosté con Antonio por primera vez, me quedé afónica. Al día siguiente me llamó muy cariñoso y yo no podía contestarle. Debí dejarme en paz en ese momento, no insistir en que nos viéramos en ese horrible hotel cerca de Barajas; las cortinas eran verdes y estaban ajadas y el aire acondicionado competía en decibelios con los aviones. El ruido, sí... el ruido lo recuerdo bien.

Pero no sé cómo era el conserje; como si tuviéramos un tácito acuerdo nunca nos miramos. Un día le pregunté a Antonio que cómo era. ¿Joven? ¿Calvo? Tenía curiosidad, al fin y al cabo, formaba parte de un trozo de mi vida, una ráfaga de aire fresco distinto al resto. Nunca me sentí culpable, esas horas solo para nosotros eran como esos balcones adosados a las fachadas de los edificios, cuelgan de una estructura, están pegados a ella, pero no son el edificio. Antonio es divertido, o ¿debería decir era? Creo que eso fue lo que me decidió a acostarme con él; siempre he estado rodeada de dolor y aburrimiento. Mi casa es aburrida, mis muebles, mi marido, mis rutinas. El aburrimiento me protegía del descontrol. Pero pesaba. Irme con lo puesto, eso es lo que pensé esta mañana, dejar atrás el hastío, huir, esfumarme, olvidar mis partos, borrar las sonrisas de mis hijos cuando eran niños y el tono siem-

pre fatigado de Pedro. Primero llamarían al hospital, luego a Sagrario y a mi hermana y, en último lugar, darían parte a la policía de mi desaparición. Pedro, incrédulo, pero tranquilo, resignado una vez más ante la vida, esperando lo peor. ¿Qué sería lo peor para él? Quizá mi muerte, porque la posibilidad de mi huida con otro hombre no cabría en su estructura mental. ¿Y mis hijos? ¡Bah, qué más da! Eso no ha ocurrido, no va a ocurrir. Debe ser tardísimo, oye, por favor, cóbrame el agua... Pero ¡no, no puede ser! Yo tenía aquí el bolso... aquí al lado de la silla, en el suelo. ¿Dónde está mi bolso? ¡Dios, todos me están mirando! Me han robado el bolso... lo estoy diciendo a gritos... Tengo que irme de aquí, no soporto estas miradas. Contrólate, por Dios. Ahora saldré despacio, cogeré un taxi y Pedro lo pagará cuando llegue a casa.

LA PORTERA
Ángeles Navarro Peiro

Me detuve en el umbral y la contemplé. Tal y como la recordaba, estaba completamente doblada y de rodillas fregando la escalera, esa escalera de color pardo y madera sin barnizar, de irregular relieve, que se mostraba tan poco agradecida con su esfuerzo.

Desde uno de los pisos superiores resbalaban bajando peldaño a peldaño los acordes musicales que, al son de la cítara, componían la melodía tan característica de *El tercer hombre* —siempre que la escucho pienso en norias y alcantarillas. Las notas se mezclaban en el aire con el olor a repollo hervido. Un olor que también impregnaba la escalera cuando yo era un niño.

Observé cómo ella colocaba con la mano izquierda el cubo metálico de zinc y asa de hierro, lleno de agua mezclada con lejía, en el escalón que se hallaba justo debajo del que iba a limpiar. Con la derecha sujetaba un gran cepillo de raíz

provisto de cerdas duras y prietas. Junto al cubo había colocado una pastilla verde, ya medio gastada, de jabón Lagarto. Introducía el cepillo en el agua y luego lo pasaba sobre el jabón, después se dedicaba a frotar durante unos minutos la madera, volvía a meter el cepillo en el cubo para aclararlo un poco y de nuevo lo deslizaba sobre la superficie enjabonada. Así peldaño a peldaño, descansillo a descansillo. Podía pasarse más de tres horas para completar la limpieza de todos los tramos de los que se componía la escalera hasta el quinto y último piso del inmueble. La fatiga de esa tarea se veía incrementada por el hecho de que cada dos por tres debía vaciar el cubo y llenarlo con agua limpia.

Volví la cabeza hacia la derecha y observé la puerta —en ese momento abierta— del chiscón en el que había vivido con mis padres y que daba al inicio de la escalera. Solo contábamos con dos pequeñas habitaciones, una diminuta cocina y un váter camuflado por un biombo. Uno de los cuartos lo ocupaba una mesa camilla con su correspondiente brasero, tres sillas y una alacena de tosca madera pintada de blanco pegada a la pared. En el otro cuarto malamente cabía una cama de matrimonio y un armario ropero. Menos mal que mi padre era sereno y se pasaba la noche al raso. Así es que, de día, él ocupaba la habitación y de noche yo compartía la cama con mi madre. La vivienda no tenía ventanas. En el dormitorio, una puerta comunicaba con el patio interior del edificio donde un grifo nos proporcionaba el agua necesaria para cocinar y asearnos. Para lavarnos mi madre llenaba un par de baldes que usába-

mos en el mismo patio. Aún recuerdo el frío que pasaba en invierno cuando ella me sumergía en uno de aquellos barreños para que fuera limpio a la escuela.

Me fijé en que durante mi ausencia el pelo de mi madre se había vuelto cano. Según su costumbre, lo llevaba recogido en un moñete sobre el cogote. Seguía siendo tan menuda como la recordaba, pero sus movimientos me parecieron más lentos, más cansados.

De pronto ella volvió la cabeza y me encontré con un rostro casi desconocido. Apenas se apreciaban arrugas; sin embargo, parecía que le habían prensado la cara y estirado la piel hacia abajo. Era como si las mejillas hubieran abandonado su lugar dejando un hueco y se hubieran quedado colgando a ambos lados de la boca.

Se levantó despacio apoyando en las rodillas unas manos que percibí nudosas y atravesadas por venas azuladas. Nada que ver con las rojizas, de dedos regordetes, que frotaban mi espalda en el barreño del patio. La bata gris que se ponía para trabajar bailaba en torno a un cuerpo que probablemente se hallaba reducido a la piel y a los huesos.

Se quedó quieta delante de mí, sin decir nada.

—Madre, yo... No me mire así, no podía hacer otra cosa... He vuelto para llevarla conmigo. Me ha ido bien... No pude venir cuando murió padre... —Era consciente de que hablaba a trompicones y de que balbuceaba, de que ni yo me creía mis palabras. Hacía veinte años que me había largado sin despedirme.

Seguía callada, mirándome fijo a los ojos con los suyos que antaño fueron redondos, castaños y vivaces, pero que ahora se mostraban semicerrados, convertidos casi en dos ranuras.

Se acercó más a mí, mucho más, tanto que incluso creí que iba a abrazarme —al fin y al cabo, a los hijos siempre se los perdonaba, sobre todo a los pródigos o, al menos, eso decían los curas.

La melodía de *El tercer hombre*, rápida, vibrante, repetitiva, seguía los pasos de mi madre acompañándola como una sombra perfumada con el aroma de la verdura cocida.

Quizás por la sorpresa, sentí que me tambaleaba, que por poco me caía al suelo. Su inesperada bofetada, a pesar de la escasa fuerza de aquella frágil mujer, ha sido el golpe más lacerante que he recibido en toda mi vida.

Pero lo que rebasó el umbral del dolor en mi corazón fue verla darse media vuelta, subir un par de escalones, arrodillarse y colocar el cubo de zinc un peldaño más abajo junto al jabón Lagarto, coger el cepillo de raíz y continuar fregando la escalera al ritmo que marcaba la cítara.

LA RESIDENCIA

Mariano Vinagra Anaya

Me da pena tener que llevar a José a una residencia de ancianos, pero no me queda más remedio porque no le podemos cuidar en casa. Así lo he concertado con Ángeles, la directora, que me rogaba una decisión pronta para mejorar la gestión de la lista de espera de ancianos que desean ingresar en la residencia.

José ha mejorado mucho, aunque sigue con infección de orina y, por tanto, con sonda y bolsa.

Pasea con dos bastones. Hasta necesitó un andador cuando sufría neuralgias. Del dolor de cabeza participaban todos los miembros y hasta el alma, y José no podía con ella. Pero, ahora que ha pasado aquella dura crisis, podría andar con un solo bastón. Lo que pasa es que yo le había hablado de un anciano de mi barrio que caminaba con sombrero hongo y con dos bastones... Creo que la imagen de ese anciano la visionó muy bien José y la recordaba a la hora de imitarle en lo de los

dos bastones. Pero es que, además, tiene miedo de resbalarse o tropezar con cualquier brizna de hierba. Así que le repuse los tacos de ambos bastones y... ¡a caminar, José!

Es Viernes Santo. Acabamos de llegar al pueblo. Él ya había comentado a los más allegados que me esperaba y que yo le iba a llevar a la residencia Villa del Milagro del pueblo vecino, el más cercano al suyo. En la residencia de su pueblo, en este momento no hay plaza disponible. Me ha sorprendido su adivinación porque yo no le había adelantado nada sobre mi decisión.

En Santa María, al final de la Salve, me he encontrado con Felipe, su amigo. Me cuenta que él ya ha cumplido ochenta y dos años. Me pregunta por José y le extraña que no le hayan llamado ya en la residencia del pueblo porque había fallecido recientemente Tomás, el carnicero. Me cuenta que a él le apuntó su hermano, que él no quería y que, de hecho, la primera noche no pegó ojo y que, al observarlo la cuidadora, le sugirió que se tomase una tila... No quiso tomarse ningún relajante y decidió, desde entonces, hacer las comidas en la residencia, pero dormir, dormiría en su casa. José sabía eso y su conjetura era volver, algún día, a la residencia de su pueblo y hacer lo mismo que su amigo Felipe, dormir en su casa.

Candelas, la hermana de José, ha pasado el Jueves Santo en la localidad. Tiene que volver a Pamplona, donde reside. Al despedirse de José le da un beso:

—Ya verás, José, qué bien vas a estar en la residencia...

José la mira fijamente y con una sonrisa impía, espeta:

—¿Has estado tú allí, ya?

José no quiere ir a una residencia. Tiene setenta y nueve años. Está soltero. Sufrió un ictus, lo superó. Se tuvo que operar de dos hernias inguinales; salió a flote. También se ha operado de próstata y, ahora, parece que se le ha reproducido porque está sondado y debe llevar, día y noche, una bolsa para recoger la orina. Lo más duro es que ha sufrido, durante los últimos dos meses, un dolor terrible del trigémino. Le ha dejado baldado; en buena medida, por los efectos secundarios de una medicación bestial con nolotil, omeprazol, sutril, triptizol..., además del parche versatis que, ya en la cama, su hermana Sátor le adhería en la mejilla dolorida.

Así que no le convence lo de la residencia, pero la familia, siguiendo la prescripción médica, le ha empujado hacia esa salida. No tiene hijos y, de sus hermanos, tres viven en otras ciudades y Sátor, que sí vive en el pueblo, ya tiene setenta y cinco años y tan solo puede aportar escasos cincuenta kilos frente a los casi noventa de José. Sátor no puede, está más que cansada, está agotada, está para que la cuiden a ella.

Mañana de sábado santo. Día claro y frío. José se ducha solo.

—Anda, llévale ese calzoncillo y esta camiseta, que no le gusta que entre yo —me dice Sátor.

Luego desayuna y toma su medicación. También se afeita él solito con una Philips HQ6946 de hace veinte años. Tengo que repararle el defectuoso afeitado con una cuchilla.

Cuando voy a buscarle para llevarle a la residencia, sale a mi encuentro vestido, aseado y con los dos bastones.

—¿Adónde vas? —le digo.

—Por ahí... No encuentro la gorra.

—Espera, que yo creo que la he visto.

Efectivamente, estaba encima de la ropa metida en una caja grande de cartón; la caja donde lleva su ropa y útiles para el ingreso en la residencia Villa del Milagro. En su pueblo no hay plaza. Rápidamente, voy a la farmacia a por Lyrica, que hay que completar el pastillero de la semana y entregarlo a la que será, a partir de hoy, su nueva enfermera.

Una vez todo preparado y montados en el coche, nos dirigimos junto a Sátor y Elena a la residencia. Allí nos espera Ángeles, la directora, que, aunque la conozca poco, es como una araña saltadora, te la encuentras en cualquier lugar.

—Esta va a ser tu habitación. Esta tu cama, un poco más alta que esa que es para Valentín, tu compañero de habitación. Es del pueblo y seguramente ha salido y se ha ido a su casa. Hace muy poco falleció su mujer y me dijo que quería venir aquí.

Y, dirigiéndose a José y a mí, nos dice que la acompañemos a dirección porque hay que cumplimentar la documentación de ingreso. Sátor y Elena se quedan en la habitación colocando todo el equipaje en el armario respectivo.

Ángeles es jovial, pelirroja, con el pelo cortado al dos. Una camiseta negra de tirantes le subraya con descaro sus pechos. En el tránsito hacia su despacho, con desparpajo se encara a dos ancianos quejosos. «Os lamentáis porque tenéis un agujero... ¡Yo que tengo dos...!»

La comida es a las 13.20 horas. Nosotros no podemos pasar al comedor. José camina sobre sus bastones y se coloca a la cabecera de una mesa de seis comensales.

El señor Valentín, el compañero de habitación, tiene 92 años. También lleva bastón. Tiene voz ronca. Es moreno y con el pelo canoso y lleva unas gafas gruesas oscuras. Nos dice su hijo que no ve tres en un burro: por un ojo porque realmente no ve; por el otro, porque es vago.

Al encontrarse con José, Valentín le pregunta que de dónde es y le dice, mirándole de frente y con voz firme:

—Bueno, José, aquí estaremos bien... De aquí al infierno, que yo no quiero ir al cielo, que va mucha gente buena y santa y yo soy malo y me gusta divertirme...

Por la tarde, a las seis, volvemos de visita. Le llevamos sus gafas ralladas y la caja de su dentadura postiza ya desbastada.

Está sentado en un banco, le da el sol, está solo y cabizbajo, en camisa. Yo creo que triste. Al ver a los niños de los que es tío abuelo, se le enciende la mirada y abre los brazos para abrazarlos.

La tarde se vuelve fresca. Subo a su habitación y le bajo una cazadora. Vamos a caminar y nos dirigimos hacia la iglesia de San Martín, modelo de románico, modelo de sencillez, de armonía, de maravilla, de belleza.

—Mira, José, cuando tengas tiempo y no tengas nada que hacer, ven aquí y contempla este monumento, no te cansarás de mirarlo. Es único en el mundo.

Se aproxima la hora de cenar. Volvemos a la residencia. Antes, le vació la bolsa que contiene una pequeña cantidad de orina. Y lo llevo a la sala de televisión, una sala con veinticinco sillones en U. José se sienta enfrente del televisor de pantalla plana. Doy las buenas tardes; nadie me responde, pero todos advierten nuestra entrada en la sala. Otros ancianos también escuchan. Hay silencio. Yo creo que hay resignación.

José es de vista fija, seca, rigurosa. Ojos algo saltados. Ancho de rostro, pelo corto canoso. De mediana estatura, cheposo, comedido, taciturno, risueño.

—José, cuando salgas a pasear, no te vayas por los andurriales. Y ponte la capellina que la Semana Santa, este año, es soleada y hasta calurosa. Y no olvides que no tienes ya pies ligeros ni piernas firmes.

Nos vamos. Mientras ellas hablan, le veo pasear por la acera amplia, sin gente, con un andar inconfundible, con la espalda inclinada, hincando los bastones atrás. No sabe utilizar los bastones.

Yo creo que está triste. No le gustaría quedarse solo, pero tampoco quiere estar en el campo visual de los que le dejamos; si pudiera correr, correría y se escondería detrás del murete, agazapado...

«Voy por el mismo camino de todos mis antepasados, de mis padres, de mis abuelos...», piensa. «En casa, no me pueden cuidar, todos se cansan, ya no soy útil. Ya se acabó la paciencia-cariño y la paciencia-compasión. Cuando Dios quiera, me iré. ¿Para qué los voy a mandar a la mierda?»

LA VIDA ENTRE HILO BLANCO

Cecilia Álvarez González

Nació la dulce Lucía con todo el peso de la vida sobre su espalda, desde su humilde cuna. No hubo hadas a su alrededor que vaticinaran para ella una existencia feliz. Algunas que asistieron, callaron llevadas por la pena y fue el silencio el que rubricó que aquella niña iría creciendo hasta envejecer sin conocer la alegría o lo más parecido a la felicidad.

No la ayudó el tiempo en que le tocó vivir. No la favoreció abrirse a la vida con ansias de saber y aprender conocimientos en un entorno rural de los años veinte. Aun así, se consideró privilegiada habiendo aprendido a leer y escribir y, con ello, a sentirse más libre que muchas mujeres de su época que no tuvieron la misma suerte.

Su casa era el refugio perfecto para su nieta, aquella que escuchó por primera vez de su abuela los nombres de Neruda, Lorca y Miguel Hernández, cuando aún la niña no sabía que había algo llamado poesía y que cada tarde cumplía el

añorado ritual de visitarla. Allí, entre su sonrisa amable y su abnegado amor, entre las frondosas margaritas de su jardín y aquel acogedor parral de uvas tintas que abarcaba todo su portal, la niña se sentía feliz y segura. Más allá de aquel patio, de la compañía de su abuela, el mundo era algo incierto, como si no le perteneciera.

No sabía entonces aquella niña de corta edad que, tras la imagen sonriente de su abuela, se escondía una vida de penas, soledad y desamparo. Tardó en comprender que su sonrisa era el espejo de su tristeza y aprendió, con el paso del tiempo, a interpretar la hondura de su mirada.

A la vez que la abuela se hacía mayor, su nieta se adentraba en su adolescencia y fue surgiendo entre ellas una íntima complicidad que las acercaba mutuamente a sus vidas. Fue así como, pausadamente, aquella nieta, ya con alma de mujer, fue escuchando con asombro la historia de su abuela, los entresijos de una vida injusta y doliente que fue dejando en su rostro los surcos de la angustia y las huellas que esta fue dejando en la languidez de sus ojos y su triste sonrisa.

Su abuela fue llevándola de su mano a la antesala de la Guerra Civil. Manuel, su marido, se sintió seriamente amenazado por sus ideales políticos nada más producirse el alzamiento y, ante el temor inminente de ser apresado o fusilado, optó por huir hacia el monte y dejar su suerte en escondites remotos, entre arboledas, guaridas construidas por sus manos y el follaje con que se cubría y escondía su cuerpo.

Nueve largos y tortuosos años pasó Manuel en el laberinto de aquel monte, en el que cada día se jugaba su supervivencia, los mismos nueve años que su mujer luchaba por mantener, sin apenas recursos, a sus dos hijas pequeñas y sacarlas adelante en la más cruda soledad y bajo la presión constante de ver cómo su casa era vigilada con regularidad por la Guardia Civil, a la espera de que Manuel sintiera la debilidad de salir de su escondite para ver a su familia. Y no se equivocaba, la astuta Benemérita. Algunas noches, huyendo de la luna llena, se acercaba con extremo sigilo hasta su casa y permanecía allí un breve espacio de tiempo, antes de despuntar la madrugada, en que volvía a convertirse en una sombra escurridiza en busca de una nueva guarida.

Aquellas visitas furtivas en medio de la noche suponían para Lucía una dura prueba de entereza. Reencontrarse con su marido y tenerle a su lado apenas unas horas no le compensaba superar el miedo que sentía a que fuera apresado en su propia casa y pusiera en peligro la vida de sus hijas, así que Manuel tuvo que optar por alejarse del entorno familiar y buscar sus refugios secretos en lugares más lejanos.

Con infinita resignación, aquella mujer desprotegida y sumida en el desconcierto fue sacando fuerzas desde el fondo de su alma y arremetió contra la vida para conseguir sacar adelante a sus hijas. Cada tarde, sentada junto a una ventana que le facilitaba la luz, Lucía bordaba, por encargo, todo tipo de piezas de ajuar: manteles, sábanas, paños para cubrir las mesas... Y entre hilos blancos, presillas y bodoques, vio pasar

los peores años de su existencia, esperando inútilmente que la vida fuera más benévola con ella.

Tras nueve años, supo que su marido tenía la oportunidad de salir de sus múltiples escondites y volver a su casa, respaldado por una amnistía. Él tardó en fiarse de la noticia, pero pasado un tiempo decidió dar el paso de enfrentarse a la realidad, aunque, ante la sospecha de que seguía siendo vigilado, decidió dejar clandestinamente su tierra y huir a Cuba.

Lucía seguía sola ante sus adversidades. Volvía a faltarle el apoyo que necesitaba para salir adelante y supo que la lucha por la vida era su destino. Después de Cuba, Manuel emigró a Venezuela, esta vez para trabajar entre cañaverales y conseguir el dinero suficiente para rehacer su vida.

Pasaron los años y aquella mujer, hecha ya al infortunio y la desolación, recibió al marido ausente, eternamente ausente, y cayó en la cuenta de que entonces era una persona casi desconocida para ella. Lejos de sentirse dichosa, le costaba reconocer que su marido había adoptado un carácter tosco y severo, alimentado por las secuelas de sus desventuras, que iba empeorando con el tiempo.

Su nieta, ya en su madurez, dejaba que su abuela desplegara las agrias alas de su memoria en una larga charla de azotea, mientras caía la tarde y el cielo se vestía de ocaso. Escuchaba, conteniendo sus lágrimas, la dolorosa historia de la persona que había querido tanto desde su infancia y que merecía toda su admiración y respeto, todo su amor, aquella

abuela que, al terminar de relatar los difíciles retazos de su vida, exclamó con la mirada extraviada: «Si volviera a nacer, me gustaría ser maestra».

Y se fue de forma inesperada un año después, silenciosa y serena, como siempre vivió, dulcemente.

Una tarde de julio, su nieta le propuso dar un paseo por la playa y aceptó gustosa, añadiendo que le hacía mucha ilusión, pues nunca había estado en ella. Una vez allí, la acercó hasta la orilla del mar cogida de su mano y dejó que la espuma rompiera en sus pies descalzos. Lucía miraba con asombro aquel inmenso mar que por primera vez veía tan cerca.

Dejaba que el agua llegara lentamente a sus pies y los cubriera y seguía con inusitada admiración la forma en que el agua retrocedía y volvía a cubrirlos de espuma y arena, una y otra vez. Su rostro, por unos instantes, se iluminó como nunca lo había hecho y volvió a la niña que nunca fue.

Apenas unos minutos más tarde, aún con la arena adherida a sus pies, Lucía se sintió mal repentinamente y, de pronto, la playa pasó a ser una habitación de hospital, en la que días después se iría para siempre. Su nieta, atrapada entre el dolor y la culpa, entre una maraña de preguntas sin respuesta, sintió un tímido sosiego al caer en la cuenta de que aquella tarde, de estío y sombras, su abuela fue feliz.

PÁNICO

Ana Delia Castro Esteban

Llevaba ya más de una hora agazapado tras el seto, con el pinar de fondo y la alameda a su derecha. Desde allí su vista alcanzaba una gran extensión y la valla a lo lejos rodeando el recinto. «No saldré, me quieren matar.» Sentía el cuerpo entumecido por la larga inmovilidad y la tensión. Las piedras y la pinaza se le clavaban en las rodillas. «Esos son los que hacen cosas como poner astillas bajo las uñas. Me quieren pegar para que confiese.»

Unas voces femeninas a su espalda le hicieron dudar por unos segundos. «Ella me viene a ayudar.» Después la mente le quedó en blanco y ya no sabía de qué lado debía protegerse, de dónde le vendría el mayor peligro. Sintió como las lágrimas le resbalaban por las mejillas y se las secó con el dorso de la mano.

Añoraba a su madre y la llamó mientras lloraba, muy bajito para que no lo oyese nadie.

Cambió de posición. Se había quedado entumecido y la espalda le dolía. Al sentarse en el suelo con dificultad, vio que se le habían mojado los pantalones. Se había meado. Ahora lo castigarían.

Oyó unas voces cada vez más próximas. «Me vienen a buscar.»

—Era como si en su vida hubiese comido —decía una voz de mujer que a él le pareció muy dulce.

—Es un comportamiento típico. Solo hay que vigilar un poco —repuso el hombre que caminaba a su lado.

No entendió apenas lo que decían. ¿Estarían buscándolo? ¿Era mejor pedir ayuda? «No me moveré porque ellos me quieren encontrar para arrancarme las uñas. Para sacarme los ojos y ponerme dos piedras en el hueco. Saben lo que tienen que hacer conmigo. Se lo han hecho a otros. Lo hacen todos los días. Si no me encuentran se cansarán y se irán.»

Se bajó el pantalón para mirarse las heridas de las rodillas. Le sorprendió no ver sangre en ellas a pesar de que le dolían mucho. Se lo acabó de quitar para estar más cómodo. Se sentó sobre él.

Por un instante olvidó por qué o de quién se escondía, pero cuando levantó la cabeza por encima del seto quedó horrorizado. Veía acercarse a cuatro de ellos. ¡Lo habían visto y venían a por él! Apretó fuerte los ojos y se hizo un ovillo. Totalmente rígido quedó a la espera de lo que viniese. De pronto notó una mano que se aferró a su hombro. Dio un grito, casi un alarido.

—¡Por Dios, Mariano! No te asustes, que soy Eva.

—¡Mira quién ha venido a verte! Sal de ahí. Dame la mano y levántate, que vas a coger frío.

Se puso en pie con dificultad. Le miraban los ojos atónitos y al tiempo tristes de los recién llegados. Él apenas los miró. Su mirada enfocaba al suelo. Parecía avergonzado y culpable. ¿Había hecho algo malo?

—Son tu hijo y tus nietos. ¿Los recuerdas, Mariano?

REDENCIÓN

María Del Carmen Mestre

La alternativa a la música era el silencio y, acaso por ello, nunca la palabra inútil, vulgar o hueca escapó de sus labios; tan solo un débil susurro, suave como un rezo, continuaba el ritmo de la frase con la precisión del orador que ha preparado su discurso o la del profesor que no deja a la improvisación la explicación de sus lecciones. Era conciso, medidor de sílabas, artesano de un estilo en el que el equilibrio ponía su rúbrica. De la mano de una prudencia adquirida por el tiempo de la reflexión, jamás se saltó la raya de lo necesario y, así, sus mensajes quedaban siempre claros porque se había adiestrado en el oficio de analizar sus pensamientos mucho antes de expresarlos.

Y, tal vez por ello, sus silencios y su música resultaban gratificantes, armoniosos ambos, los unos pausa necesaria para disfrutar la belleza de la otra, que dominaba con maestría. Y entre tanto la manifestación sincera de su fe. Estaba tan convencido

de sus creencias que sus palabras jamás titubeaban al confirmarla. Como un moderno Cándido creía en la honradez del género humano, en el hombre por el hecho de ser hombre, en la esperanza de una paz universal, en la bondad de lo creado y en la pureza que se contempla en las cosas cuando los ojos son transparentes.

Las vibraciones de la música religiosa lo transportaban a un mundo ideal que iba más allá de sí mismo, donde su personalidad se convertía en la de un místico presto a alcanzar el éxtasis, y de esta forma, pegado al teclado del órgano, como Maese Pérez, producía una energía casi celestial.

Y, de pronto, el silencio se convirtió en voz tentadora y la pretensión de acallarla en un intento vano. Ni las más altas notas de su espiritual música pudieron vencer los sonidos de la desconfianza, del desaliento y de la duda. Se preguntaba dónde tenían sus raíces aquellas ideas fantasmales que se empeñaban en torturarlo, el porqué de unas extrañas preguntas cuyas respuestas siempre habían sido evidentes. El desconcierto le gritaba directamente al corazón de forma clara y cruel: «Tu Dios te quiere en otro lugar.» Pero ¿adónde ir cuando los años de tanta renuncia y tanta penitencia han puesto sobre la piel unas huellas imposibles de borrar?

Zarandeado entre la antigua fe por un lado y las incomprensibles razones por otro, no tenía más salida que la de darse de bruces con un horizonte abierto a lo mundano sin apenas un rincón para el recogimiento.

Y tener que buscarse la vida, porque aquella que le pertenecía por derecho adquirido en sus largos años de convento y

soledad se había evaporado en las altas bóvedas de las iglesias y enterrado junto a los mausoleos de insignes monjes que lo precedieron.

La alternativa al silencio era la música y a ella tuvo que acogerse como medio para sobrevivir.

Empezó entonces el peregrinaje por las iglesias ofreciéndose como organista. Marchas nupciales y avemarías pasaron a formar parte de un repertorio interpretado sin ayuda de partitura. Eran los últimos ecos de unas vivencias que conservaban el recuerdo de su espiritualidad, pero era consciente de que las invitaciones a los banquetes, las propinas y agradecimientos no le permitían subsistir. Urgía encontrar un trabajo estable, aunque fuese desagradable. Y desagradable le resultó la firma del contrato para interpretar melodías bailables en una *boite* sabiendo lo que le esperaba entre aquellas paredes tapizadas de rojo como una antesala del infierno.

Y allí, una noche, mientras bailaba con un cliente, la muchacha se dio cuenta de que al pianista, que estaba interpretando un alegre pasodoble, se le deslizaban por las mejillas unas lágrimas que adivinó de pura tristeza. Y quiso confesarle que lo entendía porque también ella sentía ganas de llorar, de huir de sí misma, de dejar de ofrecer una comprada felicidad.

Hasta que, al fin, una madrugada, cuando se disponían a salir se quedó esperándolo y le contó el dolor por el que estaba pasando. Con toda la sinceridad de la que fue capaz le habló de sus ansias de escapar de aquel ambiente a donde fue llevada con el engaño de un trabajo digno al que acudió

con la esperanza de ayudar a los suyos, a los que dejó en la miseria, allá en su tierra injustamente marginada, donde hasta parece que la naturaleza se ensaña para hacerles más difícil la existencia, allá donde la esperanza habita lejos de sus fronteras, por lo que es preciso escapar, arriesgando todo porque ya no hay nada que perder. Y cuando terminó de explicarle su situación, tuvo el presentimiento de que aquel hombre, que la había escuchado con un silencio casi reverente y que la había animado con unas precisas y consoladoras palabras, podría ser el principio de su redención.

*H*ISTORIAS
FINALISTAS
DE 2018

EL COMPROMISO

Javier Báez López

Todos los días, a punto de sonar el timbre que anunciaba el fin de las clases, Leo se preparaba para salir el primero. A paso ligero bajaba las escaleras, cruzaba el patio y abandonaba el recinto del instituto con la sensación de recuperar un cachito de libertad. Después caminaba hacia casa siguiendo el sendero entre el río y los eucaliptos, hasta llegar al mar. La visión de la playa, alargada y dorada, lo fascinaba, y si la marea estaba baja, se alejaba de la ciudad y los ruidos caminando sobre la arena. Esa fácil soledad y el horizonte incierto y lejano le provocaban la sensación de que su vida era algo misterioso y fantástico que él debía descubrir.

Había comenzado el curso con buen pie, siguiendo el último consejo de su abuelo: Leo, cambias de centro, nadie te conoce, muéstrate como quieras. Él pensó cómo le gustaría manifestarse ante sus compañeros, pero no llegó a ninguna conclusión; le parecía que fingir cualquier actitud

o apariencia le haría sentirse como un actor y finalmente quedaría en evidencia. Así que durante el primer trimestre decidió pasar desapercibido, lo que le reportó alguna ventaja: los que abusan de los nuevos terminaron por pasar de él y, por otro lado, notaba con agrado que alguna compañera le observaba con curiosidad.

Ahora que el abuelo ya no estaba, su ausencia y el aislamiento voluntario que había adoptado permitieron que brotara en su interior una percepción de la realidad desconocida hasta entonces. De pronto las palabras de su abuelo adquirían su significado verdadero y él las iba haciendo suyas a medida que acudían a su mente en sus ratos de estudio y soledad. Tan solo tenía que cerrar los ojos y recordar cuando le hablaba: «Entrena tu atención, respira, observa tu interior, tus sensaciones, las emociones que se originan, los pensamientos que llegan a tu mente, date cuenta de que todo está en continuo cambio.» El abuelo pensaba que la mayoría de nuestros pensamientos son basura y había que ejercitarse para estar alerta. Le enseñó una práctica sencilla en la que perseveró aún con más empeño desde que el abuelo faltó, y de esa forma fue configurando un mundo interior desde el que iba descifrando la realidad exterior. «Abre tu corazón y cultiva la inteligencia», le había explicado, «tienes que entrenarte para llegar a conocer, entender el mundo y convertirte en un héroe, un hombre digno de su humanidad. Y no olvides nunca que eres mortal.»

El abuelo había pasado los últimos años de su vida analizando la evolución de la humanidad y había llegado a la con-

clusión de que estamos en el punto de arranque de una nueva etapa. Estaba convencido de que una sola generación podía llevar a cabo un gran cambio en la sociedad, si la mayoría de los jóvenes se ponían de acuerdo en abandonar la tradición milenaria anterior y se comprometían con esa dignidad que se deben a sí mismos en cuanto hombres y mujeres, como Aquiles había hecho al abandonar el gineceo y renunciar a su inmortalidad para poder salvar la ciudad de Troya y a sus gentes.

A él las teorías del abuelo le parecían un poco abstractas, pero le prometió que llegado el momento adquiriría el compromiso de ser responsable.

Ahora era invierno. Una mañana en la que el frío se había apoderado de la ciudad, de vuelta a casa por su recorrido habitual y antes de llegar a ver el mar, Leo percibió que alguien le seguía. Poco propenso a la simple sugerencia, la intuición de estar siendo acompañado llegó a su atención despierta como la tenue hoja que llega al suelo después de un leve vuelo desde la rama. Miró hacia el río y por el rabillo del ojo, lo que el abuelo llamaba visión periférica, vio a cierta distancia una mujer muy abrigada caminando tras él con paso tranquilo. Se detuvo e inclinado sobre la barandilla simuló mirar aguas arriba. La mujer también se paró, sujetaba con ambas manos el nudo de una espesa bufanda que le rodeaba el cuello y le ocultaba la cara. Pasados unos instantes, emprendió la marcha ahora ya con la atención puesta en la mujer que seguía sus pasos.

Cuando llegó al mar se alegró al ver la marea baja, así que descendió a la arena húmeda y siguió las huellas de un

perro que a lo lejos seguía a su amo. Un rato después se volvió y observó a la mujer, que continuaba caminando a su altura por encima del muro que contiene la playa. Leo prosiguió, se entretuvo un buen rato contemplando las olas, tratando de no pensar en esa mujer y sin mirar a donde sabía que ella le acechaba. Continuó andando hasta el final de la playa, donde la arena se encuentra de nuevo con las rocas, bajo el muro que frena las olas. Alzó la vista y la vio, esta vez bien cerca; desde arriba llegaba su mirada enigmática y cálida, acogedora. Después la mujer se volvió y desapareció.

Esa noche soñó que era su abuelo quien caminaba por la playa acompañado de la misteriosa mujer mientras él, desde lejos, los contemplaba. Ambos hablaban gesticulando con las manos y deteniéndose a ratos. Leo sabía, en su sueño, que él era el motivo de la conversación. De forma imprevista el abuelo se había quitado la ropa y corrido hacia el mar. La mujer le esperó en la orilla y, cuando el abuelo finalizó su baño y salió del agua, ella le recibió con un reluciente lienzo blanco con el que le secó cuidadosamente con ademanes lentos, como se haría con un niño. Él les observaba con envidia y deseaba que su abuelo le viera y le explicase todo aquello. Despertó con la certeza de que su sueño tenía un significado oculto y con el deseo de encontrarse de nuevo con la intrigante mujer.

El día siguiente era sábado, hacía frío, pero desde temprano la luz de un sol radiante bañaba la ciudad. Después del desayuno Leo salió de casa vestido para correr. Le gustaba correr, no hay que ir a un sitio especial, no se necesita equi-

pamiento ni hacen falta contrincantes ni compañeros. Quería trotar varios kilómetros junto al borde del mar, sentir en el rostro el viento del norte, no pensar, simplemente correr en medio de ese silencio y dejar que el cansancio se mezclara con todo lo que pasaba por su cabeza. Los fines de semana es normal que personas de casi todas las edades corran como Leo junto al mar, por ello no le sorprendió cuando una mujer le adelantó con zancada ágil, pero sintió un ligero abatimiento al sentir esa energía ajena tan potente, cuyos restos parecían escaparse por los bandazos que daba su coleta.

Decidió seguir su ritmo y adelantarla, le costó, y cuando lo hizo se fijó en el pañuelo blanco atado a su cintura. No había duda, tenía el mismo brillo especial que el lienzo de la mujer de su sueño. Ahora sí tuvo que hacer un esfuerzo mayor para continuar adelante, de nuevo perseguido por aquella mujer. Corrieron unos kilómetros, Leo no necesitaba mirar atrás, oía las pisadas firmes y constantes, pero no estaba dispuesto a bajar el ritmo ni a rendirse. El corazón le latía de una forma insólita; hasta dónde, se preguntaba, estaba dispuesto a llegar.

Por fin, en una cuesta, detuvo la carrera agotado y siguió caminando. Respirando, trató de aminorar el ritmo frenético de su corazón. Ella detrás de él, llegaron a un lugar alto desde donde el mar se mostraba extenso y magnífico. Leo se sentó en un banco a la orilla de la senda costera y ella a su lado; desanudó el pañuelo de su cintura y dulcemente le limpió el sudor de la frente.

—¿Por qué? —preguntó Leo—, ¿quién eres?

Ella le miró con ternura y no respondió. El pañuelo recorría su rostro, la emoción le invadió.

—Te envía mi abuelo, ¿verdad?

—Sí —respondió.

—¿Y crees que estoy preparado?

La mujer sonrió.

—Sí, lo estás. No temas, sois muchos, ya lo verás.

EL HOMBRE DEL TRAJE AZUL

Tomás Izquierdo Minguéz

Nueve de la noche del tercer día de nuestras vacaciones con el Imsero. Entro en el restaurante del hotel. Las personas que lo abandonan lo hacen sonrientes y al parecer bien cenadas. Mientras mi mujer se acerca a por el pan, yo voy a por el vino fresco que suelen dejar encima de un mostrador. Me fijo en una mesa que otros días ha estado vacía. Hay un hombre cenando solo, ¿habrá llegado hoy?

—Buen provecho —le digo al pasar mientras él esboza un ademán como de irse a levantar, y me da las gracias.

Estoy en la cafetería, ya he cenado, bien, por cierto; supongo que él también. Se acerca a mí y me pide por favor que le marque el número de teléfono de un sobrino porque él se ha dejado las gafas en la habitación, y no puede distinguir bien los números. Termina de hablar y me vuelve a dar las gracias, acompañadas de una sonrisa; la sonrisa de un hombre que está solo. Las mujeres que viajan solas, como las cuatro que comen

en nuestra mesa, según he podido apreciar, tienen otro tipo de sonrisa; dejan las preocupaciones en sus casas.

Diez de la mañana. Ya he desayunado, salgo del hotel acompañado de mi mujer y observamos al hombre sentado en un banco del parque, con el mismo traje y la misma corbata del día anterior, con el periódico en la mano, que aún, supongo, no ha leído. Mi mujer y yo nos percatamos de que en estos momentos mira al cielo. Así que ella, haciendo usos de sus poderes, me dice:

—Mira, continúa con sus pensamientos lejos, muy lejos de este lugar. Quizá lejos de este mundo.

Con la mano derecha él acaricia su corazón y mi mujer continúa:

—El ayer puede con él, los recuerdos le invaden. Quiere pero no puede apartarlos de su mente.

El hombre del traje azul observa la raya de sus pantalones y levanta la vista al cielo como queriendo buscar algo. Saca las gafas de la funda y vuelve a mirar al cielo. Las limpia con una pequeña bayeta. No le gusta cómo han quedado y repite la operación, lo que aprovecha para volver a mirar al cielo como si el aumento de los cristales le pudiera mostrar lo que le está esperando allí. Mi mujer continúa con el uso de sus poderes, y me larga:

—Debe de llevar dos o tres años sin su mujer. ¡Como espere encontrarla ahí arriba está bueno!

Una lágrima se desliza desde su ojo izquierdo y humedece un cristal de las gafas, esta llama a la segunda, y de sus

ojos comienzan a fluir lágrimas que caen lentamente sobre ambos cristales y le impiden leer el periódico. Esto último mi mujer me lo quiere comunicar, pero yo me adelanto y le digo que para darse cuenta de eso no es necesario tener poderes, y continuamos nuestro camino.

Dos menos cuarto, el hombre del traje azul aún no ha llegado al comedor. No puedo alejar de mi pensamiento la escena del parque, así que hablo con Raúl, el jefe del comedor, para que siente al hombre del traje azul en nuestra mesa.

Con mucha amabilidad y con la alegría que corresponde a un joven de treinta y un años, Raúl coloca unos cubiertos donde yo le indico, entre los de Olga y los míos. Ella es la más simpática y amable de las cuatro mujeres que comen con mi mujer y conmigo. No hay mucha charla. El hombre del traje azul se ha presentado al grupo y aunque ahora conozco su nombre, para mí continuará siendo «el hombre del traje azul».

Al acabar de comer pregunto a todos qué postre quieren. Olga y el hombre del traje azul piden lo mismo. Me levanto, traigo los postres y me encuentro con que el hombre del traje azul está tratando de contar su vida, lo que interrumpo sin miramientos.

Comenzamos a cenar, pero el hombre del traje azul no aparece. Pregunto a Raúl y me dice que ya lo ha hecho, que le ha visto salir del comedor antes de que nosotros llegásemos.

Llego a la cafetería del hotel con mi mujer y las otras cuatro mujeres de la mesa y nos sentamos, como todas las

noches, con el ánimo de jugar al bingo. Cristina, la animadora, reparte cartones y se dispone a cantar los números. Cuando canta el 25, una voz grita «¡Bingo!». Conozco la voz, es la del hombre del traje azul. Cristina le invita a acercarse, comprueba que el bingo es correcto y le da unos besos que el sonido del micrófono amplifican por todo el local. Le entrega el premio: una camiseta, un collar y una botella de champán.

Le invito a sentarse con nosotros para celebrar su triunfo. Sitúa una silla entre la de Olga y la mía. Y cuando digo «sitúa» es porque él mismo va a buscarla y la coloca, sí, la deposita donde yo se la hubiera puesto, para mi satisfacción.

Nos enseña sus trofeos. Abro la botella y entre el sonido del corcho recibe nuestras felicitaciones. Una botella es poco para tantos. Pido otra, él quiere pagar al camarero pero se lo impido. Mientras él la descorcha pido a Olga que se pruebe el collar. Bebemos. Mi mujer se levanta para ir a bailar. Ruego al hombre del traje azul que se quite la chaqueta y a Olga que no se quite el collar. Bailamos todos a lo suelto; el hombre del traje azul, sin su chaqueta, va despojándose de su timidez, su rostro refleja primero extrañeza y luego poco a poco seguridad. Las compañeras de Olga se van a sentar. Es un tango lo que están tocando. Él baila con ella. Yo con mi mujer. Olga luce el collar. Una pieza, dos, tres, ellos hablan, no me interesan las palabras que intercambian, me da que no le está contando su vida, los veo mover los labios y mirarse a los ojos de vez en cuando, cada vez más juntos.

Acaba el baile. El hombre del traje azul vuelve a por la chaqueta. Olga, mi mujer y yo le esperamos en la puerta del

ascensor. Le preguntamos por las otras tres mujeres y sin dejar que conteste Olga dice:

—A buenas horas nos acordamos de ellas. ¡Se habrán ido a sus habitaciones!

El hombre del traje azul se baja en la segunda planta. Olga, aún sin quitarse el collar, en la cuarta, y nosotros en la sexta.

Ya en nuestra habitación, una vez más mi mujer usa sus poderes y me dice:

—Esta noche el hombre del traje azul, al meterse en su habitación y cerrar la puerta, llorará por última vez y tomará una decisión.

EL RELOJ

María Dolores Lúquez Ibáñez

Hubo un tiempo en que yo colgaba muy alto en la pared del salón de una casa de montaña; frente a mí, la chimenea gris. A cada lado, un sillón de terciopelo azul manganeso, con reposapiés a juego, mesitas auxiliares y lámparas de lectura. Cara a la chimenea, como a tres metros y medio de esta, un amplio sofá, también azul manganeso, cubierto de mantas estampadas con motivos florales, colocadas en pico. Delante del sofá, una amplia mesa baja de centro de forma ovalada y superficie de mármol rosa. El suelo, enmoquetado en azul acero, cubierto por alfombras persas con dominantes rojos. Las paredes estucadas, verde ultramar; la de la izquierda, llena de cuadros de diversos estilos: Renoir, Cézanne, Van Gogh, Rembrandt, Vermeer, Picasso... La de la derecha, con un amplio ventanal, un secreter lleno de cajoncitos y un espejo; en la mía hay un banco de madera a mis pies, cubierto de cojines granate; a mi derecha, una puerta.

Oigo un murmullo cercano de voces, el crujido de la puerta y entran dos personas. ¿Cuánto hace que no viene nadie? Aparte del dueño de la casa, que llega con paso furtivo y silencioso. Una vez a la semana, con sus medidores de temperatura y humedad, aspirador de agua, la mirada intensa recorriéndolo todo.

Los nuevos visitantes son un hombre y una mujer... otra vez. Él, moreno, de unos treinta y tres años, vestido de negro; ella, de blanco, aparenta una edad aproximada a la de él, es alta, rubia, pelo lacio; me mira y luego observa su muñeca, compara, se acerca a mí, se sube al banco y me toma; puedo verle el rostro con detalle, los ojos de un color indefinido entre gris, azul y verdoso, las cejas amplias, depiladas pero frondosas, formando una suave curva; frunce el entrecejo mientras me mira. Es tremendamente bella. Yo estoy parado desde hace tiempo, desde aquel día... Llevo años en suspenso, esperando que un humano indague en mi interior. Ella dice en voz baja, como para sí: «¿Funciona este reloj?» Gira la mariposa de mi cuerda y mis agujas se aceleran y comienzan a girar sin sentido. Ella se sorprende, me ajusta y me cuelga, sus manos me acarician con infinita paciencia, manos de seda, blancas y largas.

Él, como movido por misteriosos propósitos, se aproxima, me mira, sus ojos son oscuros, casi negros, con abundantes pestañas. Me inquietan. Paro, me quedo en suspenso, puedo ver en su interior y sus objetivos me paralizan.

—Creo que no funciona bien, tan pronto se acelera como se para, vamos a tener que deshacernos de él.

Tengo que concentrarme, cumplir mi cometido de contador de tiempo. Parece que me va a descolgar, pero se limita a darme unos golpecitos que hacen que se desprenda parte del polvo que llevo adherido. Vuelvo a funcionar a trompicones.

Recuerdo aquella otra escena, allá por 1991, cuando Pedro, el amo, entró en esta misma sala con Elisa. Hablaron durante largo rato; fue la primera vez que lo vi contento, pletórico; ella era culta, sensible, bella; se prometía una gran velada; bebieron, rieron. Él encargó una cena al mejor restaurante de la zona y, cuando la trajeron, salió al vestíbulo a recogerla. Fue en ese momento cuando todo cambiaría.

Ella sacó de su bolso un recorte de periódico y leyó la noticia: «Obras de arte robadas en el Museo Isabella Stewart Gardner de Boston» Mi museo... mi casa. Se acercó a los cuadros y pudo comprobar que eran los mismos: *La tempestad* de Rembrandt, *El concierto* de Vermeer, los tres Degas, el Manet... allí estaban todos, los había encontrado. No escuchó los pasos a su espalda, no tuvo tiempo de esconder el recorte de periódico de 1990.

—¿Qué escondes ahí?

—Nada.

Ella apretujó el papel y lo guardó en su bolsillo, pero ya era tarde, la había descubierto. Pedro se limitó a salir y cerrar con llave; no volvería a verla, ni él ni nadie excepto el hombre ancho y alto que se presentaría dos horas después. Elisa pasó los instantes más angustiosos de su vida, esperando en aquel encierro, buscando una salida, planificando, revisando la

habitación palmo a palmo, escondiendo papelitos con mensajes, gritando, pero nadie podía oírla. El matón no pronunció palabra; sujetó a una Elisa suplicante, exhausta, y le inyectó la sustancia que acabaría con su vida. Así... limpio... sin sangre.

Durante años el salón ha estado vacío de personas; Pedro pasó a ser la sombra de su alma, lo único que le consolaba al principio era la contemplación de los cuadros, pero ya ni eso. Ahora desearía volver atrás, cambiar los hechos. Se empieza a repetir la historia, aunque esta vez es distinto; a este hombre no lo mueve la admiración por esta nueva Elisa, sino el deseo de poseerla y destruirla. Este Pedro es hijo del anterior, pero carece del refinamiento de su padre, es burdo. Pide por teléfono unas pizzas; sale al vestíbulo, igual que la otra vez. Esta Elisa saca el teléfono móvil, hace unas consultas rápidas, rebusca en el secreter, fotografía los cuadros y manda un mensaje a su compañero de trabajo: «He encontrado una pista.» Él entra con las pizzas, la sorprende frente a los cuadros, pero no sospecha; es tan alto, tan guapo... tan presuntuoso e ignorante... Se limita a preguntarle que si le gusta la pintura. Ella trata de contestar con naturalidad y disimulo.

—No mucho —miente.

—Son copias —dice él, y en verdad lo cree así.

La velada avanza y él la besa, pero ella se resiste. «¿Qué se ha creído esta tonta?»

Yo me paro, no quiero ver las torturas que vienen después... tanta violencia... varias horas hasta llegar al final... hasta el último gemido de la mujer de seda, la segunda Elisa. La

sonrisa de él me paraliza aún más. Llama por teléfono y permanece en la sala. Aún vuelve a violarla después de muerta. Mis agujas giran y giran sin control, mi tictac agiganta el volumen; él se pone furioso, me arranca y me arroja al suelo.

Esta vez vienen dos matones. Tardan poco en envolverla en las mantas que cubrían el sofá. Se la llevan. Este segundo Pedro me agarra y les dice:

—¡Entiérrenlo con ella!

Cuchicheando burlas, me colocan entre las manos de la mujer y así somos sepultados.

El silencio nos rodea en la montaña, a pocos metros de la casa. Pasamos ¿días?, ¿meses?, ¿años? Ella y yo. Es un tiempo descontrolado, vacío, hasta que por fin oigo voces. Me acelero, acrecienta el sonido... ¡Tienen que encontramos!

—Aquí hay algo, se oye un tictac —oigo que dicen. ¡Me están escuchando!

Nos desentierran. Nos rodean los policías, luego llega el juez, fotógrafos y periodistas, uno lanza un grito desgarrador; es Carlos, el compañero de ella, la segunda Elisa. Aún no saben quién es la otra mujer, encontrada unos metros más allá. Llevan a las dos a la sala de autopsias. Todo se precipita.

Varios días después vuelvo a estar en el salón, descanso sobre la mesa ovalada. Rodolfo, el policía encargado de la investigación, conversa con Carlos, el compañero de Elisa; recapitula acerca de la búsqueda. Esperan a la directora del Museo de Boston, que va a recoger los cuadros y a entregar la recompensa, aunque habrá que dirimir a quién le corresponde.

Suena el timbre; es ella, Peggy Fogelman, una mujer muy joven, debe ser recién estrenada en el cargo; la acompañan dos hombres, un policía del FBI, el periodista Stephen Kurkjian y una mujer, Anne Hawley. A esta le tiemblan las manos, tiene que sentarse, asimilar el descubrimiento, es la antigua directora, llevaba seis meses en el puesto cuando se produjo el robo. La recuerdo y ella me recuerda a mí, a juzgar por su mirada. Me toma en sus manos, busca mi resorte secreto, me abre. Dos papelititos, con sendos mensajes, escapan de mi interior, el primero es de ella misma.

«Soy Anne Hawley y hoy comienzo mi trabajo como directora del Museo Gardner. 15 de septiembre de 1989.»

El segundo, fechado el 18 de abril de 1991, dice así:

«Soy Elisa Rodríguez y voy a morir por haber descubierto el robo del Museo de Boston. Si alguna persona de bien encuentra este mensaje, por favor, busque a mi hija Elisa, solo tiene cinco años. Dígale que la quiero y nunca la abandoné.»

ESPERANDO EN EL AEROPUERTO

Marisa Amigo Fernández de Arroyabe

Le gustaba llegar con tiempo al aeropuerto. Siempre era puntual, pero especialmente cuando esperaba a su hijo. Dejaba el coche en el aparcamiento exprés y subía rápida al mirador de llegadas.

Desde allí lo vería aparecer. Cuando aterrizaban varios aviones casi a la vez y se juntaba mucha gente, tenía la sensación de que no iba a verlo, que pasaría inadvertido entre todas las personas que salían con sus carritos y sus bultos de mano. Eso no pasaba nunca, pero siempre lo temía. Miraba fijamente a los pasajeros bajando por las escaleras mecánicas hacia los pasillos de salida. Para hacer más corta la espera, jugaba a adivinar la procedencia de los aviones por la ropa que traían los viajeros. Los que venían de las islas y del sur se reconocían fácilmente por su ropa playera, el color moreno de su piel y la alegría de sus caras. También reconocía con facilidad a los ejecutivos con sus trajes, sus corbatas y sus maletines, ya can-

sados tras pasar el día en la capital. Andaban con premura sin tener que aguardar el equipaje, con el deseo inmediato de salir a la calle deprisa y subir a un taxi. En el mirador de llegadas algunos niños se impacientaban tratando de ver a su padre o a su madre, sin poder parar quietos, preguntando constantemente a qué hora aterrizaba el avión.

En el entorno de Navidad, la emocionaba observar el reencuentro de los estudiantes con sus familiares. Le gustaba especialmente ir al aeropuerto en esos momentos. Desde que su hijo se había marchado a trabajar fuera, anhelaba su regreso. Aunque no veía muy bien de lejos, en cuanto aparecía por el pasillo de llegadas reconocía su pelo, su forma de andar y su sonrisa, que, más que ver, adivinaba. Entonces, bajaba corriendo al atrio de salidas para ir hacia él en cuanto se abrieran las puertas.

Siempre le habían gustado los encuentros y detestaba las despedidas. Las primeras veces que lo había acompañado al aeropuerto, luchaba para que no se notara la emoción. No podía hacerle más difícil la marcha y casi no hablaba en el corto viaje desde la ciudad. Solo le salían algunos deseos o preguntas inoportunas:

—¡Cúidate! ¿Has cogido el chaquetón gordo? Enseguida llegará el frío.

Frases que hasta le daban un poco de vergüenza porque no quería parecer una madre pesada y protectora. Se fue acostumbrando a las visitas cortas, a saborear el anuncio de su llegada, a no pensar que a los dos días tendría que marchar de nuevo.

A veces recordaba a sus padres. En la otra punta del país, habían vivido lejos de sus hijos y sus nietos. Todos los años habían pasado con ellos las vacaciones, sobre todo la Navidad, para que los pequeños compartieran con sus abuelos al menos unos días al año. Cuando el coche enfilaba la última curva y entraba en la recta que llegaba al pueblo, los niños daban gritos de alegría al reconocer el lugar. Enseguida, el sonido del claxon anunciaba el coche en la puerta de la casa. Los abuelos aguardaban la llegada y se apresuraban a salir, a pesar de sus años y la torpeza de sus movimientos. Los abrazos escondían la emoción que luchaba por hacerse visible en los ojos.

—Vendréis hambrientos —lograba decir la abuela disimulando las lágrimas—. Os he preparado lo que os gusta. Podéis adivinarlo. —Y miraba a los niños, asombrada de lo que habían crecido durante aquellos meses. Estaban allí y en un momento desaparecían todas las inquietudes que los habían acompañado desde su marcha en el verano: si caerían enfermos, si el pequeño había entrado contento al colegio, si comían bien... tantas preocupaciones que les venían a la mente cuando se acostaban pronto aquellas noches frías del inicio del invierno. Desde que tenían teléfono, hablaban los domingos. Antes no había y las noticias les llegaban en una carta semanal, a veces escueta, escrita con rapidez, con la conciencia de tener que hacerlo y no romper ese hilo con ellos. Era mejor poder hablar por teléfono y, sin embargo, había algo en aquel medio que les intimidaba, que les hacía sentirse extraños, quizá al escuchar su propia voz y no reconocerla o quizá no saber muy

bien qué decir sin estar delante. Era tan distinto tenerlos al lado y ver a los niños correr por la sala o desayunar con tanto apetito... Entonces no hacían falta las palabras. Trataban de imaginar cómo sería la vida en aquella ciudad del norte, tan lejana. Les habían explicado que los niños iban en autobús al colegio y a ellos les costaba pensar que tan pequeños tuvieran que hacer ese recorrido todos los días. Las vacaciones pasaban pronto y la cercanía de la marcha se hacía presente los últimos días.

Tenían que partir después de desayunar porque el viaje era largo. Los abrazos en el portal, los ojos húmedos de la abuela, la conciencia de que quizá no los volvieran a ver y, sobre todo, el peso de la distancia que sobrevenía en aquellas despedidas las hacía difíciles.

—¿Habéis cogido las magdalenas? —preguntaba la abuela, que las había preparado la víspera para que las llevaran recién hechas—. Abrigaos bien, que estas mañanas de invierno son muy frías.

Y las últimas recomendaciones:

—Mamá, no dejes de llamar al médico, que te vea ese catarro, no sea que vaya a más.

—Descuida, hija. Así lo haré. No quería hacerlo estos días que estabais aquí.

Los últimos besos de los niños, antes de subir al coche y el último abrazo.

—No os olvidéis de llamar en cuanto lleguéis. ¿Lo haréis de día? El día es muy corto ahora.

—No te preocupes, papá, que la carretera está muy bien. Llegaremos por la noche.

Los abuelos salían a la calle para verlos partir. El coche arrancaba, suave, sin correr, rodaba los primeros metros y ella sacaba la mano por la ventanilla diciéndoles adiós. Los niños, en el asiento trasero, se arrodillaban para mover sus manitas y tirarles besos. Ellos cada vez más pequeñitos iban quedando atrás, como las figuras de los nacimientos que se ponen en las montañas del fondo. Llegaba la curva y desaparecían de la vista. ¡Qué lejanas las siguientes vacaciones!

—¡Mamá!

Su voz, tan familiar, le devolvió al presente, disolviendo los recuerdos.

—¡Ya estás aquí, qué alegría! —consiguió decir al tiempo que se abrazaba a él—. Vamos. Tengo el coche aquí al lado.

Se encaminaron hacia el aparcamiento. No quiso pensar en los días que su hijo se quedaría. Estaba allí, era suficiente.

HUELLAS

Fátima Castro González

Con gesto áspero me hablan tus piedras y como un libro roto que cuenta la historia a retazos. Los campos mustios, ya desde lejos, me dicen que nadie brega esta tierra que, aun siendo madre, ya no es nutricia. Pero un misterioso atractivo me lleva a pisar estas calles sin vida, llenas de silencio elocuente. El empedrado tiene un desgaste de siglos rozando alpargatas y herraduras. Las ventanas, afónicas de desamparo, me cuentan historias de sus casas huecas. Derrumbes a medias me dejan ver los aperos de labranza comidos por el sol y el abandono. También descubro que alguien resistió haciéndose testigo de la desesperanza.

Apenas empujo la puerta desvencijada, la penumbra me huele a membrillo. El sol de mediodía ha entornado mis pupilas y bajo los párpados para ver el olor. «Esta humilde fruta tiene el poder de hacer un hogar en cualquier sitio», pienso, y el olor me recuerda al armario de la ropa blanca que la abuela perfumaba

de amarillo. Al abrirlos, mis ojos me acusan de intrusión, porque parece que quien allí vivía fue a un recado y no volvió. Un pudor repentino me expulsa de allí y una emoción apremiante me empuja hacia adentro. Estoy segura: en esta casa no hubo mudanza. Los muebles, llenos de polvo, habrán olvidado quién los colocó de esta manera y siguen igual.

¿Y la cocina?, pregunta mi curiosidad.

Allí no hay desorden. Las vigas del techo tienen dos filas de membrillos que cuelgan de un bramante fino. Ya están maduros. Otra vez quiero irme. Me censuro por allanamiento; siento vergüenza, pero esta casa tiene aún más que contarme.

Quien sabe que las respuestas están siempre en lo profundo busca hacia allí. Empujo otra puerta donde las contraventanas abiertas iluminan una cama de matrimonio. Es de hierro; está vestida, como si alguien la hubiera arropado por la mañana; bajo el somier, unas botas con barro seco; a la cabecera, un bastón inclinado, como si se hubiera movido por sí solo. Colcha y almohada tienen la huella de un cuerpo que se dejó caer mirando a la ventana; las piernas dobladas, en posición fetal.

JACOBO

Desiderio Guerra Gonzales

Sí. Nada que ver con el auténtico Papá Noel, Santa Claus o San Nicolás, porque él no reparte regalos, aunque le gusten los niños, sino que los recibe en forma de monedas.

Menudo y rubicundo, tiene los ojos entre verdes y azulados según la luz y una mirada bondadosa que, en ocasiones, parece echar chispas de colores sobre sus gafas.

Se llama Jakob Surek y lo considero ya como de la familia. Hace tiempo que lo conozco y asiste a alguna de mis celebraciones. Creo que no me confundo si digo que me tiene en alta estima, como yo a él.

Nació en Viena hace setenta años, pero se considera ciudadano del mundo o de un país donde no haya fronteras. Ha viajado por media Europa y ahora vive entre nosotros, debido quizá a que le gusta nuestra manera de ser y de pensar. Diríase que es una persona libre que no soporta ninguna atadura.

Llegó a España y se quedó, no sé si para siempre. Ejerce de mendigo profesional, oficio del que se siente muy orgulloso. También ha sido pintor callejero durante años y como tal está registrado en algunas redes sociales.

Ferviente literato, es capaz de ponerse una lámpara de minero en la cabeza para ganarle horas al día y poder seguir leyendo. Lo hace sin problema en cuatro idiomas: alemán, francés, inglés y español. Le gustan las novelas largas, tiene todo el tiempo del mundo, pero se emociona también con la brevedad de la poesía.

Su lugar de operaciones es la calle, que es lo que más le gusta, y se entretiene mirando al pasajero que se detiene a su lado para hablar con él. Nunca se fija en el óbolo que cae sobre la gorra o especie de kipá que reposa sobre el suelo. Debido a sus limitaciones físicas, ya no camina como le gustaría, sino que se desplaza en coche de ruedas, a veces ayudado por un amigo. Ahora tan solo vuela por los caminos de la imaginación.

Fuma de manera moderada, aunque no piensa dejarlo, y es muy goloso. Me di cuenta cuando lo visité en el hospital cuando le cortaron la pierna y me pidió que le llevara magdalenas. A lo mejor pensaba en Proust. Ahora, sin embargo, ha descubierto las milhojas del obrador de la acera y han pasado a ser su dulce preferido.

Nunca he querido saber dónde vive, hay que respetar la privacidad, pero sé que el invierno lo pasa bajo techo por el frío.

Hubo una temporada en que estuve muy preocupado por él, pero un buen amigo mío, que lo conocía bien, me dijo: «Desengáñate, Desi, y no sufras, no vale la pena. Jacobo es un *clochard*, un gran profesional.» Y le hice caso, tenía razón, y ya duermo tranquilo porque él ha elegido lo que le gusta de verdad.

Si acaso, solo deseo que llegue de nuevo el buen tiempo para que, si quiere, pueda dormir otra vez bajo las estrellas.

LA «ANÉCDOTA»
DE MARTÍN CIENFUEGOS
José Javier Canasco Álvarez

Arranca de la explanada y se extiende serpenteando monte abajo como una cinta a la que faltan algunos trozos que el intenso sol del mediodía transforma en un río de acerados reflejos grises. La carretera que comunica ambas partes de la ciudad apenas tiene tráfico a aquellas horas. Ver descender los automóviles es una de mis ocupaciones favoritas. Salgo del despacho, me siento en la terraza y desde allí admiro el mar, que siempre me recuerda una alfombra azul extendida al pie de la parte nueva de G**. A la explanada que comunica con la playa de los Tilos van a desembocar, indefectiblemente, los coches, después de asomar por alguna de las callejuelas del laberinto de calles que forma el recinto viejo, tras tomar con infinitas precauciones —los acantilados bordean en algunos tramos la carretera que comunica ambas partes de la ciudad— las mil y cerradas curvas de la carretera ciñéndose obediente al capricho de la naturaleza que diseñó

para este rincón de la costa una geografía imprevisible, caprichosa y nada favorable al conductor inexperto. Con un vaso de Martini en la mano, jugando con él, mis ojos dejan la carretera para posarse en la rodaja de limón, esperando un tiempo hasta que el automóvil reaparece al borde de un nuevo acantilado como una gota de lluvia que resbala en la distancia, indiferente por el contorno de la hoja de una planta de color intenso y triste. Mi nombre es Martín Cienfuegos, uno de los «Terceros», y la historia que debo relatarles se me presenta ahora igual de angustiosa que el descenso de esa carretera. Mi caprichosa memoria impone también algunos cortes en los que la narración, lo esencial de ella, desaparecerá para prestar atención a anécdotas que son como las rodajas de limón de mis Martinis. Deberéis ser pacientes conmigo y las voces que me acompañan, como a todos los viejos, añadiendo al discurso de mi pensamiento inútiles disquisiciones, algunas matizaciones y una también forzosa interrogación sobreentendida que es uno de los rasgos más sobresalientes de mi carácter, más propio de la juventud que de mi edad. Cuento con la venerable edad de ochenta años y ya debiera por mi experiencia haber aprendido a resaltar únicamente lo esencial de los acontecimientos. Quizá lo consiga esta vez. En ocasiones mi pensamiento sobrevuela majestuoso y en otras se muestra infinitamente más asequible a resaltar minucias —fáciles de disculpar por mi afán ilustrador— con la secreta intención de transmitir esa experiencia de lo vivido a quienes dan sus primeros pasos en la vida adulta. ¿Dónde acabo yo y comienzan

mis personajes? ¿Dónde podría haber guardado silencio y presuponer de mi interlocutor la suficiente sabiduría como para extraer sus propias conclusiones?... Así todo, nada, una vez vivido, asoma en nuestra memoria como realmente fue. Nada es del todo blanco o negro. Y nada nos aparta de buscar inmisericordes el sentido negativo de la existencia. Yo soy un pesimista bien informado para colmo de males. Si alguna virtud tengo es la de la paciencia y si algún defecto censurable, la indeterminación para actuar en un sentido u otro cuando las circunstancias lo requieren en un tiempo dado, con un plazo determinado. Quizás para compensarlo, cuando actúo lo hago sin permitirme hacer concesiones... Pero ya está bien de hablar de mí mismo. Tengo que relatarles algo esencial por una vez en mi vida. Viajo en un coche fúnebre, ahora soy yo el que desciendo la cuesta en dirección a la ciudad nueva y será otro quien me observa jugando con un Martini entre las manos. He muerto hace unas cuantas horas y sin embargo les puedo hablar de ello con toda naturalidad, como si fuéramos un grupo de amigos sentados ante un mate. Que es lo que hacía cuando sentí cómo mi corazón se encogía como exprimido por una mano furiosa. Caí al suelo y el perro, Copito, se acercó a olerme. Había volcado sobre parte de la alfombra de mi cuarto, para dar un último sinsabor a mi hija Mercedes, la vasija de mate que me disponía a beber y Copito lameteó el líquido vertido sin gustarle. El sonido de un jarrón al romperse trajo a mi habitación a Rosario, la fámula de la casa. Se sorprendió al verme tirado en el suelo, creyendo que era otra

de mis bromas y que estaba representando al indio Jerónimo tratando de adivinar, con la oreja pegada al suelo, la llegada del próximo autobús para bajar con ella a la playa a pasear como hacemos —perdón, como hacíamos— todos los días. Ella dio la voz de alarma al ver cómo Copito me lameteaba la frente sin que yo protestase, pues odio —mejor, odiaba— las muestras efusivas de los animales. Después llegó Mercedes con su pincel aún en la mano (no me reprochen haber traído otra pintora al mundo antes de ver su última exposición). El paréntesis hasta que me depositaron en el ataúd no lo tengo del todo claro, pues me distraje con el informativo que se dejaba oír desde el salón y que tenía puesto mi nieto Raúl, que prefirió aguardar a que estuviese amortajado antes de mirarme en mi nueva condición de hombre ya realmente acabado. Ante el féretro se pasaron algunos vecinos que no conocía del todo bien; entre ellos creí adivinar a Rosana Lucca —otra integrante de los «Terceros»—, que no sabía que parase por aquí, y parientes olvidados. Me dejaron un rato a solas con Rosario. Me contó entre sollozos —curiosamente fueron calmando la ansiedad que sentía por mi nuevo estado— cómo le hubiese gustado que conociese a su novio, Tino, en otras circunstancias; un hombre emprendedor, el mismo que ahora conduce el coche fúnebre. Quizá les haya llamado la atención la referencia a los «Terceros», un grupo de ácratas que suscitó la curiosidad de la opinión pública hace muchos años por acciones puntuales de gran impacto: atracos, secuestros, boicots. Tuvimos la suerte de no manchamos las manos con sangre y

por eso gozamos de cierta simpatía entre la gente de ideas progresistas (eran indudablemente otros tiempos más permisivos con la disidencia). Rosana Lucca fue una de las últimas en incorporarse al grupo. La recuerdo con sus atuendos oscuros y su flequillo tan personal, en un cabello cortado a lo *garçon*, siempre animosa y emprendedora. Se lió con Roberto Gual, el líder de los Terceros (elección que a mí me entristeció y hasta me deprimió un poco, pues estaba secretamente enamorado de ella, y no era yo el único). Al final todos los miembros de los Terceros, excepto Roberto y Rosana, acabamos con nuestros huesos en la cárcel. Una amnistía nos devolvió a la calle curados de nuestra fiebre revolucionaria (al menos ese fue mi caso). Probé fortuna con varios oficios hasta que la suerte me sonrió en la de agente de seguros (una paradoja más de las muchas de mi vida). Sin nubarrones delante de mí, con un futuro prometedor, decidí casarme y tuve una hija, Mercedes, con el mismo nombre que el de mi mujer, que, he de confesarlo, tenía cierto parecido físico con Rosana Lucca, aunque en lo espiritual eran polos opuestos. En mi matrimonio no fui plenamente feliz pero tampoco del todo desgraciado, un soportable y anodino término medio que contrastaba con el extremismo de mi juventud, aunque yo mitigaba las contradicciones con algún que otro Martini más de la cuenta. Cuando murió mi mujer viví algunos años solo, a salto de mata, desorientado y ensimismado sin querer saber nada de nadie. Tras un encuentro casual con Roberto Gual en un balneario estuvimos a punto de retomar la historia de los Terce-

ros. Nos compramos dos revólveres y pusimos ojo a un banco, pero tras una borrachera, en un momento de lucidez, desistimos de nuestros planes. Quizá para que no fuera una compra baldía decidí usar la pistola contra mí. Ya tenía el arma en mi boca, cuando a la puerta llamó Mercedes, que se acercaba a interesarse, en compañía de Raúl, por la suerte de su padre después de una de mis largas y voluntarias reclusiones. No dejó de parecerme una señal providencial su llamada —nunca fui un ateo militante— y llorando a lágrima viva me abracé a Mercedes y Raúl en la puerta. Creo que mi hija vio el revólver, que había quedado sobre el aparador, y unos días después me propuso que me fuera a vivir con ella. Me costó adaptarme a un horario estricto —desayunos, comidas, cenas—, pero una vez habituado me sentí otra vez miembro útil de una familia a la que aportaba mi experiencia y unos sustanciosos ahorros. Hasta que la indeseada Parca, que me respetó por suerte en mis peligrosos devaneos de juventud, vino a reclamarme esta mañana. Ahora, mientras el crepúsculo avanza, desciendo bordeando los acantilados en compañía del novio de Rosario y de un gato negro que se coló en el último momento sin que nadie se percatase, excepto Copito, en el coche fúnebre. Es una de esas anécdotas que hubiera divertido a los Terceros y que solíamos contar antes de entrar en acción. No soy supersticioso, pero no deja de resultarme curiosa la aparición imprevista a mi lado, aunque ya estoy muerto y amortajado y poco mal puede hacerme, de este gato siniestro, pues es tuerto como buen gato callejero; tal vez el suceso tiene que ver con el juego

del karma, o eso diría mi nieto, y algo por lo que debo pasar necesariamente a causa del tipo de vida desarreglada que llevé en mi primera juventud. El gato se pasea parsimonioso arañando el ataúd, mientras descendemos entre chirridos de frenos y bandazos, como el que inaugura los pasos de un minué, un tanto macabro, con esa atribulada alma mía, que flota ingravida y acongojada a pocos centímetros de mi cadáver (desde esa azulada emanación es donde les hablo). Tino conduce demasiado rápido para mi gusto. Quizá teme que no haya tiempo suficiente y que la noche descienda sobre nosotros antes de llegar al cementerio donde van a incinerarme. No desearía que este último viaje fuera también el suyo, privando a la buena de Rosario, que tanto hizo por mí, vivo como muerto —ella me lavó y me enfundó en la mortaja—, de su valiosa compañía. Pero en cuanto al gato debo decir que sería agradable arrastrarlo conmigo al infierno de los acantilados, aunque así me condenase a soportar su lúgubre minué toda la eternidad...

ME CASO

José Luis Sevillano Fernández

Doy vueltas y más vueltas en la cama, pienso tanto que me duelen las sienes, me resuena en el cerebro una claqué de regüeldos de las pintas con oreja de la noche pasada que sintonizan con el caos de mis pensamientos solo suavemente alterados por el ruido del tráfico lejano, apagado por las persianas completamente cerradas que me separan del calor de la noche y del resplandor de las farolas del jardín, permitiendo que mis ideas bullan sin interferencias dejándome a solas con mi confusión. ¿Tengo insomnio porque pienso o pienso porque no puedo conciliar el sueño? ¿Qué hora será? Las tres y media de la mañana. Mejor apago otra vez la lámpara de la mesilla para seguir velando, pensando a oscuras. Así, en la oscuridad, el rompecabezas de imágenes no tiene el contrapunto perturbador de los contornos de la alcoba. Tengo que ordenar mis ideas. ¿Por qué siempre tiendo a enrollarme, a crearme líos innecesarios? Hasta en mis sue-

ños se me complica todo, cuando estoy a punto de conseguir a una mujer se convierte en siamesas, abortando inminentes y satisfactorias poluciones nocturnas. Y cuando me recupero de la frustración y empiezo a hacérmelo con las dos, me caigo por un agujero negro e interminable, otra polución abortada, siempre me despierto angustiado y sudando. Tengo que ordenar mis ideas. Veamos. ¿Qué, cómo y dónde digo a mi padre lo que tengo que decirle? El qué parece sencillo, me caso con Margarita. Bueno, tampoco es tan fácil, pero sigamos el proceso, luego volveré sobre el qué y sobre Margarita. El cómo digo el qué es más complicado. Puedo decirle: «Papá, te voy a hacer abuelo», pero está el peligro de su tercer infarto, el primero cuando le rompí aquel cheque y el segundo cuando le dije que me iba a tirar por la ventana y vio mis zapatos en el alféizar mientras yo me tomaba unas copas en el bar del hotel. Descartado. Un anuncio en la prensa. «Don Manuel Cantalejo García debe saber que su hijo Antonio se casa. Detalles se darán en persona. Remitido.» Mi padre no lee los anuncios. Descartado. Además, es una tontería. Avanzaré en el proceso. Ya volveré sobre el cómo. ¿Dónde? En la cocina, no, que ya me estoy imaginando a mi padre blandiendo el cuchillo de cortar jamón sin que nadie le conmine «¡Detén tu mano, Manuel!» mientras a mi madre le entra la risa tonta y se sujeta las ancas para no descoyuntarse y yo pongo cara de conejo a punto de ser apuntillado, que mi padre es fuerte y mi cerviz débil. No, en la cocina, ni hablar. ¿En la sala, bien repantigados los dos en nuestros respectivos sillones favoritos?

La estatuilla del delfín de bronce que le regaló una empresa de detergentes en las bodas de oro de su fundación constituye un peligro evidente, pero dejando la puerta abierta siempre habría un escape y yo soy más ágil. Pero ¿decírselo cara a cara? Me imagino la de mi padre como una máscara maya con una lengua sonrosada de un palmo y ojos echando centellas y la mía de imbécil, babeando entrecortadas estupideces. ¿Y por qué no desde una cabina telefónica? «Soy yo, papá. Nada, que me caso.» Temprano, para cogerle medio adormilado y con menos reflejos. Tampoco. Seguro que contesta: «Pero ¿usted que se ha creído, caballero? ¡Gástele usted bromas a su señora madre! ¡Y a estas horas!» Y cuelga. Descartado. Quizás deba volver al qué y a Margarita. Puede ser que ahí resida el problema. Me está entrando el sueño, debo mantenerme despierto, esta noche debo tomar una decisión. Concéntrate. Demos el problema por resuelto. Donde y cuando sea le espeto a mi padre: «Papá, me caso.» «Cuándo lo decidiste?» «La semana pasada.» «¿Con quién?» «Con Margarita.» Aquí la cara de mi padre se vuelve suspicaz, el cuello comienza a acortársele y la próxima pregunta llega con voz cavernosa. «¿Margarita qué?» Le veo y me veo con la claridad con que se proyectan las imágenes del pensamiento en la pantalla negra de la noche. Mi cara es el paradigma de la estulticia con la mandíbula un palmo por debajo del maxilar superior. «Pedroza de la Jara.» Apenas un hilo de voz, qué digo, un hilillo. Mi padre ya no tiene cuello y el carmesí de su cara presagia un grave accidente cardiovascular. Su voz, antes cavernosa, es ahora espeleológica, el eco

fragoroso de corrientes bravías en el fondo de una sima. «¿La que llaman la Traviesa Pechugona?» Y ahí empieza el jaleo. Cuando, si soy capaz, contesto que sí. No creo que me fuese de ninguna utilidad argüir que es una artista, una verdadera y gran artista. Ni que se dedica al *striptease* a la espera de una oportunidad en el mundo del teatro clásico. Y que si se acuesta con tíos es porque tiene un corazón que no le cabe en el pecho, que ya es decir. La verdad es que, para dar la Doña Inés, con su masa pectoral, tendría que encorsetarse con tantas ballenas que las llevaría definitivamente a la extinción. Pero eso no es lo peor. El mayor problema reside en otro aspecto de la cuestión. Mi padre es uno de los clientes más asiduos de Margarita y, según esta me dijo, tenía la intención de retirarla y ponerle un piso. ¿Qué importa, entonces, cómo y dónde le digo a mi padre que me caso con su querida? El infarto es inevitable. Y mi defenestración. O apuntillamiento. El sueño ahora es invencible. Seguiré pensando mañana. Esta noche, quizás, la operación de separar a las siamesas sea un éxito. Quizás...

NIEVE

Miguel Núñez Ballesteros

«**P**apá, me aburro. Haz algo conmigo.» Esa era la frase. Yo remoloneaba en el sofá con los ojos cerrados, esperando a que se cansara. Pero ella insistía, me levantaba los párpados hasta que veía asomar las pupilas para gritar: «¡Estás despierto!» Ahora estoy en su casa, el piso de General Ibáñez que le presta su exmarido, cerca de la estación de Las Rozas. Llegué hace dos días, pero apenas hemos mantenido una conversación que no sean monosílabos o preguntas sin respuesta. Su regalo sigue en la mesa de comedor envuelto en papel de colores. Lidia lleva puesto el pijama, se muerde las uñas y balancea un pie sobre la alfombra.

—Va a nevar —le digo señalando las cumbres de Guadarrama, las laderas ya cubiertas de nieve, el cielo de un blanco apagado, casi gris.

—Anoche hubo tormenta —me responde sin cambiar de postura. Una suerte no tener que ir a trabajar.

No trabaja desde hace años. Le dieron una indemnización y dijeron que la llamarían. Ahora mira el televisor, un modelo antiguo con pantalla de cristal y colores desvaídos. Apenas se distingue a Maribel Verdú dedicando su Goya a los que perdieron el futuro. La recuerdo en Burgos después de la nevada, suplicando a Jorge Sanz que no estaba dispuesta a vivir sin futuro o, al menos, sin ese futuro que él representaba para ella. La lluvia disolvía la nieve mezclada con sus lágrimas y su saliva.

—Podríamos ir a ver la nieve —sugiero.

—Ve tú si quieres —responde, sin apartar la vista del televisor.

Enciende un cigarrillo y lo mantiene entre los dedos mientras continúa mordisqueándose las uñas. Estoy tentado de decirle que no haga eso, pero vuelvo la vista al televisor. De joven Lidia se parecía un poco a Maribel Verdú, sobre todo en los hoyuelos a los lados de la boca y en la vitalidad de los ojos. Todavía mantiene la foto de Berlín, ampliada y enmarcada en aluminio. Unos niños asustados miran al otro lado del muro. Ella estuvo allí aquella noche, se trajo una bolsa con trozos de mortero pintado y esa foto que salió en todas las portadas. La contrataron por dos años, abandonó psicología, se hizo testigo de Jehová para casarse y después se colocó de empleada en el mercado de Leganés, donde trabajaba su marido. Y ahora esto: él la deja vivir en su casa, pero ya no puede seguir pagando. Observo las cajas apiladas bajo de la mesa, como si hubieran decidido el traslado por sí mismas. Quizás fuera más fácil si

le dijera recoge tus cosas, nos vamos. Esta no es tu casa. Voy a la cocina y bebo un vaso de agua. Ella dijo que no tenía que haberme molestado, que estaba bien. Yo le respondí que no tenía nada mejor que hacer. «Estaré solo unos días, hasta que aparezca la nieve.» Le di el regalo y ella lo soltó sobre la mesa sin abrirlo.

—¿No lo abres? —le pregunté.

—Luego —respondió.

No recuerdo en qué momento dejamos de hablarnos. Quizás en la adolescencia cuando compensaba con castigos su desinterés y sus malas notas o cuando descubrí que daba igual lo que le dijera, ella siempre daba por hecho que estaba equivocado. «¿Tú no te equivocas nunca? ¿Cómo es posible que alguien que nunca se equivoca pueda recordarte continuamente los errores que has cometido y anunciarte los que estás a punto de cometer?»

Es difícil reconocer los errores, aunque intuyo que ella espera que vuelva su exmarido, que entre una mañana por esa puerta y le reconozca que estaba equivocado.

—¿Quieres que compre pan para el almuerzo? —le pregunto desde la puerta con el anorak y la bufanda ya puestos.

—Me da igual —responde sin volver la cabeza.

Ahora no puedo quererla. Ni siquiera la reconozco como algo mío, ni que esta sensación de ahogo tenga que ver con su dolor sino más bien con mi propio fracaso, mi propia pérdida de tiempo. No logro identificarla con la niña que fue, la que corría a mi encuentro cada tarde, a la que no dejaba de imaginarle el

futuro, lo extendía como una alfombra mullida bajo sus pies.

—Cuando esté muerto me echarás de menos y entonces me querrás —le dije una vez al final de una discusión.

Ella me miró asustada; sin entenderlo o, quizás, porque sí era capaz de entenderlo, me echó los brazos al cuello y dijo: «Yo te voy a querer siempre.»

En la calle vuelvo a sentir esa sensación de frío, la inminencia de la nieve. Yo nunca he visto nevar. Hace años estuvimos en Madrid esperando la nieve. Hizo tanto frío que nos metimos en un cine para calentarnos, en el Alexandra de la calle San Bernardo, el ciclo Bogart. Cuando salimos ya había pasado todo.

Camino calle abajo y entro en el vestíbulo de la estación. Compruebo los horarios de trenes y me acerco a una de las ventanillas para preguntar por los descuentos de los días azules. Aún no me he decidido, estamos en ese punto en el que es difícil que podamos dejar de comportarnos como extraños.

El supermercado está prácticamente vacío, las dos cajas mantienen una acalorada discusión sobre el aumento de la jornada de trabajo. Cargo las bolsas y me detengo en el portal del asador de pollos. El dependiente es un hombre mayor con delantal grasiento y bigote. Me prepara un menú de pollo con patatas y pimientos fritos. Cuando me devuelve el cambio pregunta si vivo por esta zona. Le respondo que no y salgo.

Cuando llego a casa Lidia no está en el salón. Coloco en la nevera el contenido de las bolsas y dejo el pollo asado sobre la encimera, junto a la barra de pan. En el cubo de

basura encuentro mi regalo, todavía envuelto. En realidad no era mi regalo, fue su regalo un día del padre. Una foto en la que estamos mirándonos cara a cara y riéndonos de nuestras narices de payaso. Ella le pegó un marco con lentejas y judías blancas y un letrero que decía «Para mi papá», con su letra de siete años.

No voy a esperar a mañana. Cogeré un tren a Madrid y buscaré un hostel cerca de la Puerta del Sol. Meto mi ropa en la maleta, el pijama y las medicinas y busco mi cepillo de dientes en el armario del aseo. Me quiero ir. No sé qué otra cosa puedo hacer.

En el dormitorio la encuentro echada en la cama, con la cabeza metida bajo uno de los almohadones. Me siento en el borde y no hago caso de sus lágrimas. Tampoco voy a acariciarle el cabello, ni a decirle está bien, ya pasó todo. Contemplo su cuerpo acurrucado y siento ese ahogo que me afloja los músculos y me hace pensar que todo ya es inevitable. Le levanto el almohadón de la cabeza y ella vuelve la cara hacia mí con los ojos arrasados de lágrimas.

—Por favor, haz algo conmigo —le digo sin apartar la vista.

Ella esboza una sonrisa que devuelve por un momento sus hoyuelos a ambos lados de la boca.

—¿No tienes hambre? —me pregunta—. Creo que deberíamos comer algo.

NO TE ENTIENDO

Santiago del Castillo Alvarez

Detesta que me saquen por la mañana del módulo de trabajo. Es el único momento del día en que disfruto de la prisión.

Aquí paso horas reparando en silencio todo tipo de aparatos, solamente con ese zumbido permanente en el interior de mi cabeza que, paradójicamente, me aísla del entorno.

Desde niño he tenido mucha habilidad para reparar cosas. Lo que más me gustaba de recibir juguetes era que llegara el momento de desarmarlos para conocer su funcionamiento. Después siempre conseguía que volviesen a funcionar con normalidad, pero con algún deterioro estético, eso sí, sobrevenido durante el desmontaje.

Creo que esta cualidad mía es buena para nuestro planeta. La acumulación de basura es lo que va a acabar con nosotros. La cultura de usar y tirar es lo más pernicioso que ha inventado el capitalismo, al tiempo que es la mejor

manera de que ellos acumulen beneficios, pero a costa de jodernos a los demás. Y lo más sorprendente es que se produce con nuestro consentimiento, ya que aceptamos, como corderitos, comprar aparatos con acreditada obsolescencia programada tirando los anteriores a la basura. Y encima ni siquiera están estropeados, sino solamente programados para que dejen de funcionar.

Pero aquí estoy yo, poniendo mi granito de arena para la conservación del planeta. Es verdad que lo que arreglo luego casi nadie lo utiliza. La gente prefiere el olor a plástico nuevo que desprende la caja de embalaje al abrirse, y que supone más desperdicios para la basura. Pero siempre habrá alguien que decida ahorrarse unos euros utilizando un tostador que yo haya reparado y cuyo único desperfecto era que se había partido un cable. Solamente he necesitado conectarlo y está funcionando de nuevo. Me proporciona una íntima satisfacción esa regeneración de lo obsoleto. Me siento como esos héroes justicieros de los cómics de mi infancia.

Hoy nuevamente toca «reconstrucción de los hechos» y me llaman para sacarme del módulo. Coloco las piezas, a medio desmontar, perfectamente ordenadas en cajitas en mi mesa de trabajo y me apresto a seguir al individuo adusto que me han enviado hoy y que espera impaciente frente a mi mesa.

La calle es ruidosa y esos ruidos se mezclan con los que yo tengo dentro de mi cabeza, produciéndome un desasosiego al que cuesta sobreponerse. A veces creo que no me gusta la libertad, es exigente.

Hoy me ha traído al parque donde sucedió todo. Habla sin parar, pregunta pero yo no contesto. Me divierte verlo exasperarse ante mi mudez.

—¿Es que no piensas hablar?

Mi boca sigue cerrada. Al menos en el parque no se oye el ruido del tráfico y, al sempiterno ruido de mi cabeza, solamente se añade el sonido de nuestras propias pisadas en el sendero de arena, por el que caminamos entre parterres, mezclados con las preguntas de mi acompañante, que cada vez se vuelven menos insistentes. Mi estrategia produce resultados y se va cansando de preguntar.

Me gusta ver los surcos que han trazado en la tierra las últimas lluvias. Siempre zigzagueantes. Ni un solo surco adopta una línea recta cuando lo más lógico sería que así fuera. El agua más elevada debería buscar la zona más baja por la línea recta, que es el camino más corto, como proponía Euclides. Pero el agua de lluvia, como la mayoría de los humanos, parece regirse por unas reglas no euclidianas, más relativistas diría yo, donde la curva es la reina. Sería todo mucho más sencillo si humanos y agua de lluvia utilizásemos caminos más directos y evitásemos esos otros caminos tortuosos que solo aumentan la confusión. Confusión será mi epitafio, cantaba King Crimson.

Súbitamente el cancerbero que llevo al lado aferra mi brazo con más presión y me dirige hacia la puerta del parque. Se ha cansado de mi mutismo y me lleva de nuevo a la prisión para que llegue al turno de cena.

Todos los días, al entrar, me hace pasar por delante de la

puerta entreabierta del despacho de la directora de la prisión, que me echa una ojeada triste mientras emite un exabrupto que mi carcelero encaja sin parpadear.

Pero hoy no va a ser así. Llevo mucho tiempo planeándolo. La salida del parque da a una avenida por donde los coches circulan con gran rapidez. Nos paramos en el paso de peatones cerrado, esperando sobre el borde de la acera el cambio de luz de la figurita ahora iluminada en rojo. Desde hace tiempo mi acompañante tiene la deferencia de no esposarme cada vez que me trae a estas «reconstrucciones». Antes llamábamos mucho la atención de los viandantes al verme esposado a este individuo, aunque él siempre vaya de paisano, y ahora, al ir retenido solamente por el brazo, nuestras salidas se hacen más llevaderas con el anonimato. Y es justamente eso lo que yo pienso aprovechar para escaparme.

Con la mirada calculo mentalmente la velocidad de cada coche que circula hacia nosotros por el carril de la derecha y que, instantes después, nos pasa rozando y provoca una brisa que nos hace entrecerrar los ojos para protegernos del polvo en suspensión que trae y que golpea sutilmente nuestras córneas. Solamente su mano aferra mi brazo y solamente necesito zafarme y darle un empujón hacia la calzada en el momento que pase un coche para, con el revuelo que cause el atropello, escabullirme.

Apenas a cincuenta metros veo acercarse un todoterreno, blanco y grande, a más velocidad que el resto del tráfico y que viene por el carril de la derecha. La decisión está echada, quedan pocos segundos para que cambie el semáforo y no voy a

tener otra oportunidad como esta. Menos de diez metros para llegar a nosotros y pego un fuerte tirón de mi brazo para soltar la mano de mi carcelero. Pero algo falla. Su zarpa aprieta aún más mi brazo cuando percibe la maniobra y se cierra como una tenaza que impide mi movimiento y que me dejará unas marcas moradas que, en los próximos días, se fundirán con las otras que el maltrato en la prisión ya han producido.

Me mira y con una voz grave me dice:

—Ya está bien, abuelo. Tranquilízate un poco que ya llegamos a casa. Si no te llego a sujetar nos podíamos haber caído. Y además te saldrán cardenales en el brazo por el Sintrom.

El todoterreno blanco pasa de largo y con él se aleja mi posible fuga...

—No sé por qué mamá se empeña en que te traiga por el parque cuando te recojo del hospital de día. El paseo se hace más largo y tú, en vez de disfrutarlo, te pones más intranquilo.

¿De qué hablas? No te entiendo.

NOCHE BLANCA DE MAYO 1960

Kamal Albedri Abdullah Noori

Salem Wini vio a su novia por primera vez en su noche de bodas y su novia vio a Salem Wini por primera vez aquella noche también. Un mes antes, ambos se habían prometido fidelidad y amor eterno en presencia del clérigo, para unirse en matrimonio. Lo hicieron por separado, siguiendo los cánones de la rigurosa tradición de nuestra ciudad.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, cuando Wini se presentó en casa del señor Hashem, de la mano de su padre, para pedir en matrimonio a su hija Melika. Padre e hijo iban acompañados por un hombre notable, como refuerzo para la formal petición de mano. La presencia de este mensajero distinguido, sin embargo, es meramente ceremonial, ya que apenas desempeña papel alguno en este evento. Después de los saludos de cortesía, los cafés y una larga charla ajena al propósito de la visita, el padre de ella dio su consentimiento con un gesto cordial, sin mediar palabra alguna. El señor Hashem conocía

muy bien el motivo de la esperada visita y sabía de antemano que el pretendiente disfrutaba de buena posición en el escalafón de la Administración. La fecha de la boda se acordó para el primer viernes del mes de mayo.

Wini, joven apuesto de treinta y cinco años, llegó para instalarse en nuestra ciudad, procedente del sur de la región destinado como secretario del gobernador civil. A los pocos días de su llegada labró buena reputación, lo que le valió para entablar amistades con todos los ambientes sociales. Wini aspiraba a emparentarse con una casa de buenas aldabas en su nuevo destino. Ansiaba tomar esposa y así terminar con su soledad y las largas noches de soltería cuando pasaba interminables veladas sin poder pegar un ojo. Desde el primer momento de anunciar su intención de contraer matrimonio, sus colegas comenzaron a bombardearle, en serio o en broma, con todo tipo de comentarios sobre los inconvenientes de la vida del casado: «La convivencia en la pareja es como una carrera sin rival, como un campo de batalla abierto, un remar contra corriente», y otras cosas por el estilo que le inquietaban, pero no refrenaban su fervor. Le advertían del enfriamiento de la pasión con el paso del tiempo y, sobre todo, de las interminables discusiones matrimoniales: «Las personas encuentran mil razones para ver su propio punto de vista, pero ninguna para considerar la opinión del otro, incluidos los seres más cercanos.» Wini prestaba oídos sordos a las advertencias de sus compañeros y ninguno de estos razonamientos templaba su ardor para tomar esposa. Estaba decidido a apostar en esta lotería.

De los primeros recuerdos de su adolescencia, todavía le sonaban los diálogos de un dúo cómico que escupía la caja de madera marca Philips colocada en un rincón del patio. Los cantantes, que eran pareja en la vida real, se quejaban el uno del otro en sus canciones; el hombre le decía a la mujer que el pollo del almuerzo estaba soso y la mujer replicaba, con picardía, que: ¡Más soso era él que no jugaba con ella bajo el dosel! Probablemente harían las paces fuera de los micrófonos. También se acordaba de los encuentros deportivos en la escuela, en particular del ritual torneo del tiro de la cuerda entre sus profesores casados y solteros. Siempre ganaba el equipo de los casados.

En la noche anterior a la boda, mientras su prometido celebraba la obligada despedida de soltero con los amigos, Melika estaba sentada en el salón de su casa con un espejo en la mano. Se decía mirando su reflejo en el cristal: «No tengo por qué preocuparme; el ojo del ser amado a menudo hace de cirujano plástico al igual que el ojo de una madre. El amor es poderoso. Tirano. Sus mandamientos van a misa. Ciego y loco, pero, una vez echa raíces, se instala en el alma cual dedos en la palma de la mano. Al fin y al cabo, los corazones se inclinan por quien le brinde cariño. Amar a un hombre desconocido no me puede hacer daño.» Su madre le decía: «No le des más vueltas a la cabeza, todos los hombres son iguales y no hay diferencia alguna en emparentarse con uno o con otro. Al fin y al cabo, el roce hace el cariño y con el paso del tiempo seréis una pareja bien avenida. Y no olvides que a veces hay que esperar años para

ver una señal de amor, que en ocasiones resulta ser una ilusión, un instante de fulgor como el destello de un relámpago.» Ella misma conoció a su marido en su noche de bodas y no por ello han dejado de ser felices durante toda su vida.

Desde el primer momento que su pretendiente atravesó el umbral de su casa para la formal petición de mano se despertaron los sentimientos dormidos dentro de ella durante largos años. Algunas veces trataba de esbozar una silueta en su imaginación de su futuro esposo, pero desistía al momento diciéndose: «No debo impacientarme, en pocos días será mi marido, el hombre con quien pasaré el resto de mi vida.» Cada vez que su imagen ficticia se le aparecía de repente, sentía un escalofrío que atravesaba su cuerpo desde la nuca hasta los pies y, cuando la imagen la visitaba mientras dormía, se despertaba sobresaltada, estremecida como un pájaro empapado por la lluvia. Pasaba noches interminables en vela cambiando de mejilla sobre la almohada, esperando que un rayo de luz penetrara por la hendidura de la puerta. Pero era insomnio deseado. Feliz. Tiempos atrás, para pedir novio, recurría a pie, en compañía de sus amigas, el camino hasta el mausoleo de san Elías, a orillas del Éufrates, con el propósito de plantar siete velas en un tablón de madera que luego lanzaba en las aguas del legendario río. Seguía con la vista las llamas de las velas hasta verlas desaparecer en el horizonte, murmurando oraciones y ruegos, prometiendo al santo que su primer hijo varón se llamaría Elías. Sus súplicas se vieron recompensadas y una semana después de su última travesía llamaron a su puerta.

Es la noche del primer viernes del mes de mayo. Los recién casados están a solas... por primera vez. Se encuentran en el dormitorio principal de su nueva casa. Una cama grande está colocada junto a un cabecero de barras dorados, con dos elegantes mesillas de noche a ambos lados. Cuatro columnas, en cada esquina de la cama, a juego con el cabecero, sostienen un dosel cubierto de tul blanco con estampillas en color rosado. El dormitorio desprende un aroma exótico a sándalo, desde la inmensa vela colocada en un rincón, que a la vez ilumina la estancia con sugestiva luz tenue. Fuera, en el patio, los asistentes a la boda disfrutaban de un banquete de cordero asado a la menta, mientras un grupo de músicos contratado para la ocasión interpreta a todo volumen piezas alegres que alcanzan el último rincón de la ciudad. La música eufórica despierta la pasión. Y los artistas lo saben.

La novia permanece en medio del dormitorio envuelta en el amplio vestido blanco con un velo que cubre su rostro. En una mano sujeta un ramo de flores. Está perturbada pero feliz... la felicidad de una novia en su noche de bodas. Esta mañana se bañó con shinan, que dejó su piel tersa y suave como una rosa; se ha perfumado y depilado todo su cuerpo para dejarlo como recién nacida. El novio, en el otro extremo del dormitorio, se encuentra perturbado al igual que ella, pero se siente fuerte y poderoso, consciente de ser el protagonista de esta noche. Está excitado por el alboroto, la música, el insomnio de la noche anterior y, sobre todo, por la presencia de sus amigos con sus picarescas bromas. La sangre hierve en sus venas. Da unos

pasos con determinación hacia su novia deseoso de levantar el velo. Ella, al igual que una jugadora de ajedrez a la espera del movimiento del adversario, tiene los ojos clavados en el suelo deseando que su marido la tome en brazos y la bese con pasión como tantas veces ha soñado en sus largas noches de soltera. Wini da unos pasos más. Se planta delante de ella y, con detenimiento, levanta el velo. Contempla la cara de su esposa. Se queda inmóvil al instante. Se le petrifican los ojos. La sangre se hiela en sus venas. Deja caer el velo y sin mediar palabra se marcha con pasos apresurados hasta abandonar la estancia. Ella, desconcertada y sin dar crédito, le sigue con la mirada hasta verle desaparecer detrás de la puerta.

Los rumores de la desaparición del novio corren como la pólvora entre los invitados, que comienzan a abandonar la casa de los recién casados, preguntándose unos a otros por lo sucedido, sin que nadie sepa dar respuesta alguna. Los músicos recogen sus instrumentos y empiezan a bajar del estrado, tristes por no haber vivido el momento cumbre de la noche, cuando tenían que interpretar el esperado himno de la alegría en las noches de bodas de nuestra ciudad; cuando aparece la madre de la novia con un pañuelo blanco en la mano.

Melika deja caer el ramo sobre la cama para acto seguido caer ella misma, rompiendo a llorar con el desconsuelo de una madre que acaba de perder a un hijo. Ha visto como su sueño se desvanecía como un hilo de humo, en un instante. En su noche de bodas. Está sola. La soledad de quien emprende o termina un viaje.

PERFILES

Antonio Maya Gato

Perfil I

Si buscáis un tipo con suerte, ese soy yo. Acabo de ganar los treinta millones del bote de la Primitiva. ¡Ahí es nada! Aunque inmediatamente debo aclarar que no ha sido solo suerte, me lo he currado. He dedicado los últimos doce años de mi vida a perseguir con un método de mi invención todos los botes, a partir de cierta cantidad. Nada de loterías de Navidad, ni cupones, ni chorradas, solo cantidades importantes, digamos de quince millones en adelante. Es entonces cuando entraba yo en juego, semana tras semana, jugando una combinación en la que me gastaba setecientos euros de golpe. Si no ganaba lo dejaba hasta la siguiente oportunidad, y vuelta a empezar una y otra vez todos estos años. Pero he demostrado que mi método es infalible, científico. Solo es cuestión de tiempo y fe.

Y ahora a disfrutar de la pasta. Empezaré por dejar mi trabajo en el banco y luego ya veré. Como soy soltero, bueno,

divorciado, no tengo que repartir con nadie. Aún no lo sabe mi familia, alguna vez tendré que decírselo a mi madre y a mi hermano. Con la vieja no hay problema, ella no pedirá nada. Pero Eduardo es un jeta de cuidado. Seguro que me dice que le subvencione alguno de esos proyectos en los que trabaja de vez en cuando, ese Indiana Jones de pacotilla. Lo peor, lo que no soporto, es el aire de intelectual, afectado y pedante, con el que va por la vida. «Hemos excavado en Luxor una tumba de la XVIII dinastía», dice el gilipollas. Y luego es un muerto de hambre que vive en un apartamento de cincuenta metros cuadrados, cuyo crédito hipotecario le conseguí yo, gracias a mí se lo dieron. Porque, a ver, adónde va con esa mierda de nómina. Además, es rencoroso como él solo. Todavía estoy esperando que me felicite cuando me ascendieron a jefe de zona. No sé, unas palabras, un detalle. Nada. Menos mal que apenas nos vemos, porque cada vez le aguanto menos, bueno, ya literalmente no le aguanto. Me voy a morir de risa cuando le diga: «Me han tocado treinta millones y no te voy a dar ni un euro, so capullo.»

Perfil II

No sé cómo se puede vivir haciendo un trabajo triste y rutinario, que no te guste. Ya sé que así se encuentra la inmensa mayoría de la gente, y muchos se dan con un canto en los dientes porque al menos tienen un sueldo al que agarrarse para sobrevivir. Qué pena me dan, lo siento. Yo, en cambio, soy de los pocos afortunados que trabajo en lo que me

gusta. Para mí no representa ningún sacrificio estar seis o siete meses fuera de casa, normalmente en lugares inhóspitos, alejado de las ciudades y pasando incomodidades. Soy arqueólogo, siempre quise serlo, desde niño, y disfruto entre ruinas haciendo hablar a las piedras y desentrañando misterios de tiempos pasados.

Gracias a mi experiencia y a los idiomas que hablo, entre ellos el árabe, todos los años me contratan para alguna excavación, como una especie de *freelance* que trabaja por encargo. Claro que me gustaría dirigir mi propia excavación, pero para eso se necesita mucho dinero y yo siempre estoy sin blanca. Me conformo con lo que hago y, aunque no tengo un gran sueldo, tampoco necesito más. También carezco de pareja estable, imposible tenerla con este ritmo de vida. No paso más de cinco o seis meses en casa, y para eso me basta con un pequeño apartamento donde recogerme por las noches. Mi familia se compone de mi madre, a la que veo poco, es verdad, y el imbécil de mi hermano Carlos, el «don importante», que se cree alguien y no es más que un burócrata chupasangre al servicio de un banco. Menudo cretino, encima se molestó conmigo porque no lo felicité cuando le hicieron jefe de no sé qué. No envidio a los pobres desgraciados que están bajo su mando, con lo desagradable que es su trato. Por mi parte, si no fuera por las comidas obligadas en casa de nuestra madre, no haría nada por verlo. No es más que un miserable usurero, que vive obsesionado por el dinero y con ser alguien en su jodida sociedad.

Perfil III

Yo soy Lola. Tengo setenta y cuatro años y estoy viuda y jubilada. Pero me cuido y me encuentro estupendamente. Hago estiramientos y piscina dos veces por semana y ando hora y media casi cada mañana con mi amiga Puri. Ella es algo más que una amiga, es como una hermana para mí. Cuando enviudé, hace casi veinte años, fue un gran apoyo, y sin ella no sé qué hubiera hecho, porque estaba hundida. Desde entonces estamos más unidas aún. Y eso que no hice caso de sus consejos de que me buscara un rollete para tener algo de compañía y eso. Pero yo le dije: «Quita, quita, que no quiero aguantar manías de nadie ni pedos en la cama.»

Tengo dos hijos. El mayor, Carlos, es directivo de un banco y el pequeño, Eduardo, es arqueólogo y está todo el tiempo por ahí, con sus piedras. Ellos se llevan muy bien, se quieren con locura, y aunque nos vemos muy poco siempre nos juntamos a comer en mi cumpleaños y también en la cena de Navidad. Por ejemplo, Eduardo esté donde esté coge un avión y no falla ni un año a mi celebración. La verdad es que lo pasamos muy bien contando chismes y riendo. Ellos me dicen: «No hace falta que cocines, mamá, lo encargamos a un restaurante y ya está», pero claro, mientras yo pueda por supuesto que cocinaré, con lo que les gusta a los dos lo que les hago.

Los dos están solteros. Bueno, Carlos se casó, pero duró poco. Eduardo me ha presentado ya no a sé cuantas novias, y le tuve que decir que no me trajera más, que solo quería conocer a la definitiva, si la había. Así que ya me he resignado a no

tener nietos, con lo que me gustaría. Pero no se puede tener todo, ellos son felices así y yo también. Nos conformaremos con lo que hay. Por cierto, Eduardo ha vuelto hace poco de Egipto y lo primero que le he preguntado es si quiere algo especial para la cena de Navidad. Él me ha dicho, ¡cómo no!, que le haga canelones. Le encantan mis canelones, y siempre hago más de la cuenta para que se lleve un táper.

Perfil IV

Qué desgracia, Dios mío, ¡quién lo iba a decir! Cuando me llamó Lola no me lo podía creer, porque a mí me llamó antes que a la policía, y no me extraña, de lo nerviosa que estaba. Así que yo les avisé para que fueran a su casa y cuando llegué no me dejaron entrar, tuvieron que pasar varias horas hasta que pude hablar con ella. Resulta que cuando estaba en la cocina, preparando la cena de Navidad, escuchó unos fuertes golpes en el comedor, donde estaban sus hijos discutiendo. Cuando acudió se los encontró en el suelo, chorreando sangre los dos. Parece que Carlos le había clavado un cuchillo en la barriga a Eduardo, y este había sacado una pistola de no se sabe dónde (aunque un policía me dijo que en Egipto es fácil y barato comprar un arma) y le había disparado dos tiros a su hermano. Total, que Carlos ha muerto y Eduardo está en el hospital, acusado de fratricidio.

La pobre Lola está deshecha, rota. Peor aún que cuando enviudó, cuando no paraba de llorar y llorar y tuve que levantarle el ánimo. Y total, por un borracho putero, que eso era su

marido. Hasta a mí me tiró los tejos una vez, aunque esto no se lo he querido contar nunca a ella, para no hacerle daño, con lo sensible que es. Porque ella se monta su película y ya puedes tú decirle lo que quieras, que no te hace ni caso. Todos veíamos lo mal que se llevaban sus hijos menos ella, que no se entera de nada, y venga a organizar comidas y cenas para acabar así. Ahora tengo que acompañarla a todas partes para arreglar papeles y cosas, porque está como ida. Bueno, para eso somos amigas. Pero lo mejor de todo es que esta mañana, en el banco donde trabajaba su hijo Carlos, nos han dicho que puede heredar una barbaridad de dinero, treinta millones de euros o así.

Lola no sabe qué hacer con tanta pasta, y ahora parece más descentrada que nunca. Yo le diría que nos fuéramos a dar la vuelta al mundo las dos, tan ricamente, en plan bien, hasta que se le pase la pena, pero sé que no querrá. ¡Con la ilusión que me hacía a mí ir a Disneylandia, la de América, o a Las Vegas! Ella es más de ir a sitios como la India o Perú, que a mí ni puta gracia. Ya está pensando en donar alguna cantidad a asociaciones como Cáritas o Unicef. Me parece muy bien, pero es lo que le he dicho, un poco cabreada: «Mira, Lola, si quieres regalar dinero aquí hay una ONG que se llama Puri. Acepto donaciones, coño.»

ROMÁN MARTÍN RUEDA.
1907-1936
Elisa De Armas De la Cruz

Desde que le mataron al marido, Emilia empezó a acercarse a la iglesia. Al principio furtivamente, casi escondidas, como si guardase más lealtad a las ideas del muerto que al cariño indudable que aquel había sentido por el gemelo que se le había hecho cura después de haber fundado con él la sede del partido socialista en Valdesierra del Sabinar. Más tarde, cuando la tisis se empecinó en los pulmones de don Celestino, Emilia olvidó los prejuicios y se instaló en la parroquia. Y buena sustancia debían tener los caldos que le preparaba, pensaron los feligreses, porque cuando el enfermo reapareció después de unos meses, arrastrando una palidez de cirio, la tos había desaparecido.

Hasta la muerte del párroco, allá por el cincuenta y siete, la Emilia siguió cuidando de su casa, y algo de su sentido práctico parecía haber calado en aquel bendito, que, aunque seguía predicando como un san Juan Crisóstomo, abandonaba a veces sus oraciones para interceder ante el obispo y el gobernador,

volviendo al pueblo con algunas conquistas, magras al principio, mayores cuando pasó lo más duro de la posguerra: la rebaja en la condena de algún hombre enfermo, la beca para un chiquillo bien dotado, la primera escuela, el asfaltado de la carretera. El día del entierro, Emilia intentó malamente disimular un dolor de hembra que le subía del vientre y le apretaba la garganta como una sogá. Alguno hubo que quiso manchar el buen nombre de los cuñados, pero se impuso la fama de santidad del sacerdote, que fue enterrado con todos los honores en el atrio de la iglesia, a los pies de la patrona, la Virgen del Monte.

Cincuenta años después llegaron de la capital a exhumar los cadáveres de los fusilados del 19 de julio para darles una sepultura digna. El de Román Martín, el alcalde republicano, apareció junto a la tapia del cementerio, un poco retirado de los otros doce. Emilia, nonagenaria y temblorosa, reconoció la alianza que llevaba grabados los nombres y la fecha de la boda y, mientras revivía la angustiada muerte de aquel hombre, aseguró que no eran necesarias pruebas algunas. Salvo ella, nadie llegó a saber que el agujero que habían tenido la precaución de hacerle en el cráneo no era de bala, sino de berbiquí; ni que aquel muerto había logrado esconder a su marido en la cripta de la iglesia durante cinco años; ni que le había dado clases de teología hasta que la tuberculosis le arrancó el último suspiro; ni que los remordimientos por el sacrilegio que cometía le estuvieron rondando hasta que la propia Emilia, atea hasta las cachas, lo convenció de que un Dios que había creado el amor y la vida comprendería, por encima de todo, que se los regalase a su hermano y a ella.

WE'LL MEET AGAIN

Juan Porro

No parecían malos muchachos. Antes de subir al escenario, había estado bebiendo una copa de champán con el oficial que ahora la miraba mientras cantaba sin quitarle los ojos de encima, llevando el ritmo con el vaso y con la punta del pie. Estaba sentado en la mesa del medio de la segunda fila. O quizás era suboficial, no entendía muy bien de todo eso: tenía tres galones dorados ribeteados muy finamente de rojo. Sus ojos, aunque no dejaban de mirarla, apuntaban de vez en cuando también a otros sitios lejanos y ajenos a la sala de fiestas improvisada que habían empezado a construir aquella misma tarde, tres horas después de que ella aterrizara junto a los hangares en los que reparaban aviones que no habían tenido demasiada suerte en incursiones nocturnas anteriores. No; no parecían malos muchachos. Alguno quizás habría dado todas las pagas semanales que le quedaban por un paquete de cigarrillos rubios, o por otro vaso de *whisky*, o

por tres segundos más de mirada de tú a tú con ella, una vez repasada por enésima vez la raya del peinado y el tupé yendo hacia atrás y cayendo luego hacia el lado derecho, guiado infaliblemente por el fijador y el agua de colonia. Debían de ser incluso buenos; estaba segura de que cualquiera de ellos incluso habría matado, por ejemplo, por quitarle de encima un moscón medio borracho o por hacer retirar a cualquier otro de los que abarrotaba el local alguna palabra más grosera de la cuenta, dicha sin pensar en el silencio de aplausos entre canción y canción. Ella sabía fumar muy bien en boquilla y dominaba la mirada sensual tras el humo que hacía salir en bocanadas espesas y acompasadas, al ritmo de estribillos que se iban repitiendo una y otra vez hasta hacer creer a todos los soldados que, en realidad, estaban dentro de aquel hechizo; que, de verdad, aquellas paredes no existían y que ellos estaban escuchando la canción desde una sala de fiestas del Boulevard des Capucines, por ejemplo, en un París ya desocupado, liberado, lleno de alegría, de color y de chicas lindas y jovencísimas. Sabía controlar el avance de la pierna que, al empujar hacia adelante, dejaba ver más o menos carne por la abertura lateral que la dejaba moverse con soltura rítmica de un lado a otro del escenario dentro de aquel tubo negro y estrecho con un poco de vuelo por abajo que era su falda. Todo eso lo sabía hacer perfectamente, porque era su profesión y para eso le pagaban. Pero no había hablado con su hija Scarlett desde hacía ya más de una semana. «Mami, ¿dónde estás?», fue lo primero que le había dicho la última vez; y luego le había

pedido: «Cuéntame el cuento de Scarlett en la granja; cuéntamelo muy largo, porque quiero hablar mucho rato contigo.» Y ella le había respondido «Ok, cariño; te lo cuento luego porque hoy no vamos a poder hablar mucho, ¿sabes? Ahora mismo salgo en un avión a cantar para unos soldados muy valientes, pero te voy a llamar en cuanto llegue.» Y de eso hacía ya diez días por lo menos. No era tan fácil conseguir un rato sin nadie alrededor, y luego una línea libre y todo lo necesario antes de que la operadora marcara el número mágico, y por eso no iba a hacerse mala sangre; porque a aquella hora, tan buena, tan ideal, lo que tenía enfrente eran esos doscientos hombres entregados a su música, y ella tenía que entretenerlos y hacerles olvidar el sitio en el que estaban y la razón por la que estaban allí con unas canciones que tenían unas letras que provocaban oleadas de compañerismo, amistad y entusiasmo. Como siempre, cantó una vez *We'll meet again, don't know when, don't know where* y a la siguiente vez ya el pequeño murmullo que lo tarareaba desde las últimas filas fue avanzando hasta las primeras e incluso el oficial dejó de mover su pie al compás de la música para continuar con los demás sin ningún tipo de pudor *But I know we'll meet again some sunny day*. Siempre ocurría así; era una canción infalible. Todos estaban allí juntos, pero querían encontrarse en otra parte, y en ese momento ella entonaba *don't know when, don't know where*; porque lo único que importaba era poder encontrarse otra vez; daba igual todo lo demás. Y para que el sentimiento se instalase hasta en el menos predispuesto, ella sabía muy bien modu-

lar los énfasis y los gestos. Su objetivo era que ninguno dejara de emocionarse. Entornaba los ojos, los cerraba; miraba a un infinito interior tristísimo y resignado al que le confiaba su deseo secreto y su certeza, y decía *don't know when, don't know where*; y sonreía muy levemente al oficial que le sonreía, seguro también él de que volverían a encontrarse otra vez en cualquier sitio. Y entonces quizás ya el uniforme sería un signo de un pasado, pero no una obligación inmediata del presente, sin tanta gente alrededor impidiendo confesiones íntimas y sinceras, quién podría saber, y entonces quizás él se atrevería a llevar un ramo de mimosas amarillas, o de flores azules y violetas, o rojas, silvestres, llenas de colores, de alegría y de mensajes cómplices; y entonces ella quizás le retendría los ojos contestado a su mirada intensa pidiendo una respuesta a la petición de compañía para su soledad; y entonces él tal vez respondería apartando las flores hacia un lado, tendiéndole la mano sin dejar de mirarla un solo instante; y entonces dejarían de existir París, y Berlín, y todas las ciudades que ella había atravesado como si fueran los años de la gran guerra, casi sin detenerse porque otros lugares lejanos la esperaban llenos de muchachos y de hombres como aquel oficial que desde el primer instante la había magnetizado solo con su mirada intensísima. Y entonces las sirenas de las alarmas antiaéreas rompieron el último compás cuando todos iban a gritar y a abrazarse terminando entre aplausos, bravos y lágrimas, y lo que iba a ser un final apoteósico como todos los finales anteriores, como todos los finales previstos y ensayados, se con-

virtió en una estampida amarga de muchachos uniformados a los que el deber impedía sentir el miedo que ella empezaba a reconocer agarrotándole la garganta, los brazos y las piernas. Era evidente que cada uno sabía dónde acudir corriendo, y en un minuto eterno la sala de espectadores quedó vacía, silenciosa y apagada, con las sillas caídas o descolocadas mirando cada una para un sitio, como si se hubieran quedado petrificadas por aquel pánico estridente. Todos habían desaparecido, pero las sirenas seguían subiendo y bajando sin parar. Cuando iba a preguntarse desconcertada qué hacer o a dónde ir, vio al oficial que volvía a por ella atravesando la cortina que servía de puerta de entrada al fondo, haciéndole gestos y gritándole para que fuera corriendo con él a refugiarse. Obedeció despacio, pero automáticamente, como sonámbula. Recordó como si la tuviera dentro de su oído la voz de Scarlett pidiéndole hablar mucho tiempo por teléfono y sintió una tristeza irremediable. Debía de estar hojeando en ese momento algún libro de cuentos bien arropada en su camita, vigilada por Beth. Le vino a la cabeza sin que ella quisiera pararse a escuchar lo que todos cantaban minutos antes llenos de esperanza: *we'll meet again, don't know when, don't know where*, y sollozó amargamente abrazándose al oficial que tiraba de ella casi a la fuerza, arrastrándola para sacarla de allí. Decía en alto sin podersele creer: «Dios mío, que vuelva a verla siquiera otra vez, siquiera otra vez.» Y el hombre trataba de consolarla empujándola hacia la entrada del refugio entre sus compañeros que tomaban posiciones en las baterías antiaéreas.

«Cálmese, cálmese», repetía; «claro que va a existir esa vez; cálmese y piense en otra cosa», le decía en medio de un ruido que parecía haberse solidificado. Pero en lo único en que podía pensar era en los torrentes de lágrimas dulcísimas y amargas que bajaban desde sus ojos enfangando de rímel su rostro que había ensayado tantas veces otros gestos bien distintos. Y en que diez días antes había aplazado un rato de conversación con la vocecita de su querida Scarlett para poder tomar a tiempo el avión que la había llevado hasta aquel infierno.

10^a

edición
Concurso
de Relatos
2018

SI TIENES
UNA VIVENCIA,
TIENES UNA
HISTORIA

rne

CON LA COLABORACIÓN DEL PROGRAMA *JUNTOS PASO A PASO*



"la Caixa"